



Metodologías en contexto

**Intervenciones
en perspectiva feminista/
poscolonial/latinoamericana**



Mariana Alvarado y Alejandro De Oto (Editores)

Alejandro De Oto | Mariana Alvarado | Karina Bidaseca
Claudia Anzorena | Paula Ripamonti | Valeria Fernández Hasan
Natalia Fischetti | Pablo Chiavazza



CLACSO



METODOLOGÍAS EN CONTEXTO

Metodologías en contexto : intervenciones en perspectiva feminista, poscolonial, latinoamericana / Alejandro De Oto ... [et al.] ; editado por Mariana Alvarado ; Alejandro De Oto. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2017.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-294-4

1. Metodología. 2. Investigación. 3. Feminismo. I. De Oto, Alejandro II.

Alvarado, Mariana, ed. III. De Oto, Alejandro, ed.

CDD 305.42

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Metodología de la investigación | Crítica poscolonial | Epistemología |

Teoría feminista | Filosofía Práctica | Estudios culturales | Sociología

METODOLOGÍAS EN CONTEXTO

**INTERVENCIONES
EN PERSPECTIVA FEMINISTA/
POSCOLONIAL/LATINOAMERICANA**

Mariana Alvarado y Alejandro De Oto
(Editores)

Alejandro De Oto
Mariana Alvarado
Karina Bidaseca
Claudia Anzorena
Paula Ripamonti
Valeria Fernández Hasan
Natalia Fischetti
Pablo Chiavazza



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Rosario Conde - Asistente de Programación Informática

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición

Metodologías en contexto. Intervenciones en perspectiva feminista/poscolonial/latinoamericana
(Buenos Aires: CLACSO, diciembre de 2017)

ISBN 978-987-722-294-4

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

ÍNDICE

Mariana Alvarado y Alejandro De Oto Junturas		9
Alejandro De Oto Notas metodológicas en contextos poscoloniales de investigación		13
Mariana Alvarado Interrupciones en Nuestra América, con voz de mujeres		33
Karina Bidaseca Lenguas insurgentes y justicia cognitiva. ¿Es posible liberarse de la violencia epistémica del discurso etnográfico y etnológico?		49
Claudia Anzorena Lecturas feministas para el análisis teórico y empírico de las políticas públicas		63
Paula Ripamonti Investigar a través de narrativas: notas epistémico-metodológicas		83

Valeria Fernández Hasan

Comunicación y género: el devenir del campo en el entre/ siendo comunicóloga feminista. Algunas herramientas para pensar objeto y métodos

| 105

Natalia Fischetti y Pablo Chiavazza

Narrativas. Arte y ciencia en los márgenes de la academia

125

Sobre los autores

| 147

Mariana Alvarado y Alejandro De Oto

JUNTURAS

ESTE LIBRO ES DERIVA de algunas conversaciones situadas en contexto, de problemas prácticos que cada uno de nosotros enfrentó a la hora de escribir una tesis de doctorado, de presentar una postulación a alguna beca o simplemente diseñar un proyecto de investigación, como por ejemplo, los planes de trabajo en CONICET. Como somos un grupo heterogéneo cada una de esas instancias estuvo presente.

Los problemas comunes que teníamos en ese momento se referían a ¿cómo formular un plan de investigación? ¿dónde encontrar modelos? ¿a quiénes recurrir para poner en valor dicho plan? ¿cuáles serían los criterios para anticipar las probabilidades de su ejecución y cuáles los indicadores para descartarlo?

La posibilidad de vincular trayectorias académicas diversas nos permitió ver que la estructura de un proyecto de investigación tenía pasos y procesos comunes con distintos niveles de complejidad en todas las instituciones donde trabajamos, la universidad, el CONICET e Institutos de enseñanza superior.

En ese marco, aparecieron entonces algunas otras preguntas vinculadas a entre quiénes -graduados, becarios, tesis, docentes, investigadores, etc.- se gestaba un plan de investigación y en qué medida

esos vínculos eran prioritarios al momento de producir colectivamente. Por ejemplo ¿cuál es la complejidad requerida para un proyecto de un becario de investigación? ¿Cuál es componente colectivo en ese trabajo? De otro modo ¿cómo podría el plan de trabajo de una tesista ser el eje articulador de un proyecto plurianual?

Más allá de todas estas cuestiones que remiten al escenario práctico de legitimidades y criterios de validación en los procesos burocráticos de la investigación pensamos que era necesario poner en escena otras articulaciones que apuntaran a cuestiones si bien no más relevantes si más vinculadas a lo concreto de la investigación. Al hacer eso nos preguntamos qué es lo que en los proyectos o planes había de investigación y tuvimos que vérnosla con preguntas mucho más “simples”: ¿cómo es eso que llamamos investigación?, ¿por qué lo que desarrolla una investigadora en el campo de la filosofía práctica y la historia de las ideas se “solapa” con lo que produce otra en los estudios de género? o, ¿por qué lo que uno investiga en contextos poscoloniales se vincula con lo anterior y con reflexiones de otras en el marco de la epistemología o de la narrativas biográficas? ¿Dónde está la investigación? ¿Qué hacemos cuando decimos que investigamos? ¿Quiénes son los que adscribimos como investigadores?

Todas estas preguntas forman un gesto colectivo para nombrar un problema que, lejos de pretender definir o describir, procura abrir nuestras propias prácticas. Así, la primera deriva con la que cobró hondura este problema, para hablar de lo que hacemos cuando investigamos, fue la de habitar el espacio del ejercicio docente. A propósito de una convocatoria abierta por CLACSO para la plataforma de educación virtual hacia el 2015 gestamos un espacio de co-formación en el que pusimos en movimiento nuestras propias indagaciones para pensar en planes y proyectos de investigación en contexto, los dominios discursivos en juego, las formas en las que esos dominios se cristalizan, se obturan o se reproducen en el propio relato disciplinario, las formas en las que nos vinculamos con materiales, con los cánones, con las prácticas de lectura-escritura desde donde asumimos y articulamos las directrices medulares que nos sitúan en la reproducción de ciertos vínculos, de ciertas prácticas académico-afectivas. Con el Seminario “Epistemologías críticas y metodologías poscoloniales en contexto: genealogías, procesos, temas y materiales” que pudo replicarse al año siguiente con muchas variantes, avanzamos con estas preguntas y problemas. No es casual ni anecdótico este puente entre investigación y docencia: da cuenta de un hacer en el nivel más concreto, para lo cual no nos servían demasiado los manuales clásicos de metodología y epistemología.

Encontramos allí un primer nudo. ¿Es posible investigar sin enseñar? ¿Es deseable enseñar sin investigar? ¿Cuándo y cómo enseña el que investiga? ¿Cómo (des)aprende el que enseña? ¿Qué implicancias tienen estas trayectorias para el sistema científico tecnológico? ¿Y para la Universidad?

En el momento en el que investigar ligó con educar surgió la idea de armar un libro que presentara escenarios atravesados por preguntas concretas y por algunos de los problemas listados arriba. Los escritos que este libro reúne en parte han querido bordear esas (des) apropiaciones espontáneas y abrir un espacio que interroga a nivel metodológico las formas de convocar y producir la teoría, la epistemología y los modos en que todo ello se implica en las investigaciones, sean planes de trabajo en ciernes o sean desarrollos con un mayor despliegue. Nuestra intención, esperamos se cumpla, es incidir en las “obligaciones” de un programa de “metodología de la investigación” en cualquier carrera de grado.

Aquí damos cuenta de nuestros propios recorridos poniendo énfasis en la “cocina” de la investigación. Intentamos, de algún modo, mostrar -al modo de una *puesta en escena* al modo de *Semiotics of the kitchen* (Martha Rosler, 1975) o un *ensayo visual* del tipo de *Il corpo delle donne* (Lorella Zanardo, 2009)- que es preciso desarmar una cocina para cada torta. Un desarmado que requiere desmontar la ilusión de que en una cocina se puede cocinar cualquier receta siguiendo simplemente los pasos aprendidos -por fuera de la propia práctica culinaria y en el mejor de los casos imitativamente- que anticipan qué torta se comerá.

Los escritos aquí presentes pueden agruparse desde varias entradas, las cuales no son sino un ordenamiento relativamente arbitrario pero indican, de manera general, el rango de problemas que abordamos.

Por un lado trabajamos con temas y problemas de investigación ligados especialmente a la crítica teórico-política del colonialismo asumiendo con ello algunas marcas de las genealogías poscoloniales que circulan hoy en el espacio extenso de las ciencias sociales y las humanidades pero al mismo tiempo sospechando de los automatismos que portan cuando se las discute en contextos específicos.

Por otro, se da una discusión de la mano de los feminismos. En tiempos en los que los feminismos hegemónicos (sobre todo los producidos en el Norte global) se han vuelto objeto de distribución y consumo para acumulación del saber de la academia blanca, burguesa y heterosexual -algunas de las aperturas- proponen un feminismo situado, comprometido críticamente con el cuestionamiento a los privilegios de raza, sexo y clase, contra toda forma de violencia epistémica y/o epistemicidio.

En otro momento, y en conexión, desde perspectivas críticas y en el marco del *Pensamiento Latinoamericano* aparecen cuestiones vinculadas a cómo, qué, quiénes y desde dónde preguntamos, en qué contextos y espacialidades, cómo nos vinculamos con ciertos materiales y de qué manera los intervenimos, qué dominios generamos con su manipulación, cómo trabajamos con ellos en relación con eso que llamamos, desde la crítica cultural, práctica-teórica y que en su versión más básica es construir conceptos correlacionados sobre prácticas discursivas.

Ese marco nos sirve para enfocarnos en los problemas de la investigación socio-educativa, dado que la pregunta por la docencia asociada a la investigación es un eje sobre el que se despliega en casi todo nuestro trabajo. Allí discutimos en torno de las posibilidades de construcción narrativa de la subjetividad en los escenarios educativos y la reconstrucción crítica de la memoria. En un plano equivalente se da la discusión sobre las narrativas científicas y artísticas acerca de los modos en que imaginamos nuestros mundos y experiencias.

En estas tramas ponemos a disposición claves epistémicas para revisar las condiciones de producción y de legitimación del conocimiento, su extensión y circulación, las formas en las que nuestras lecturas (muchas veces sesgadas) impactan sobre los materiales concretos de investigación y los modos en los que algunas categorías obturan la experiencia de pensar ciertos problemas.

Alejandro De Oto

NOTAS METODOLÓGICAS EN CONTEXTOS POSCOLONIALES DE INVESTIGACIÓN

CONTEXTOS Y PROBLEMAS

El presente capítulo está enfocado en dimensiones de mi trabajo de investigación en contextos poscoloniales de reflexión y pretendo con él desagregar algunos planos implicados en ese escenario. Cuando hago mención de contextos poscoloniales de investigación me refiero concretamente a trabajos realizados en el dominio discursivo de las teorías y discursos poscoloniales. Las genealogías poscoloniales han tenido un impulso sostenido en la investigación social y en las humanidades desde los tempranos años ochenta y con mayor intensidad desde la década de los años noventa del siglo pasado hasta el presente. No es este el espacio para realizar una historia de estos despliegues pero en términos generales se podría decir que hay dos grandes movimientos vinculados. Por un lado, lo que genéricamente se llama crítica poscolonial (aunque admite otras denominaciones) que emergió en el contexto de estudios el “discurso colonial”. Esa línea se puede trazar desde los trabajos seminales de Edward Said, (1978, 1983, 1993), de Homi Bhabha (2002 [1994]), Gayatri Spivak, (2009 [1988]) entre otros, y se conecta también con el desarrollo de los estudios subalternos en India, en especial con el grupo de Subaltern Studies Collective vinculados a la tarea historiográfica. Las tramas teóricas que convergen en la crítica poscolonial son muy heterogéneas y en general responden

a las disciplinas de origen de sus practicantes. Así, se pueden seguir lecturas gramscianas, psicoanalíticas, marxistas, etc., en el entramado conceptual, pero el dato destacado en conjunto es la pregunta por los procesos de subjetivación que el colonialismo produce en la cultura contemporánea. El otro despliegue de la palabra poscolonial, aunque con matices y diferencias que dependiendo de los/as autores/as pueden ser de fondo o no, se da en giro decolonial. Este último en general sostiene que los colonialismos en América produjeron una matriz del poder que funciona como estructura de larga duración en la conformación de lo que llama la colonialidad la cual se estructura en la triple relación entre sexo, raza y clase. Como tal, entonces, esa colonialidad es constitutiva de las formas sociales históricas de la modernidad, es su correlato. En el momento afirmativo del giro se propone lo que se denomina el desprendimiento de esas matrices del poder colonial las cuales no sólo afectan las relaciones sociales sino también las dimensiones epistémicas y filosóficas. Lo común de ambas perspectivas, además de que están desplazadas temporalmente una de la otra (fue primero la crítica poscolonial), es que ambas consideran el colonialismo, sus formas históricas, como una dimensión central para pensar el mundo moderno y crucial para entender los procesos que se dan tanto en el orden de los discursos sobre la cultura y la sociedad como para entender las formas de subordinación/borramiento/desplazamiento que sufrieron las formas nativas de conocimiento y experiencia. Al mismo tiempo, pero con mayor énfasis, en el giro decolonial hay un intento concreto por configurar y relacionarse genealógicamente con momentos de resistencia a los colonialismos en el pasado¹.

En tal contexto de reflexión he privilegiado aquí un objetivo más conversacional sobre el problema de la metodología. No hay por ello notas concluyentes ni guías de trabajo sino preguntas que aparecen en mi experiencia de investigación y que he preferido mantenerlas, cuando me fue posible, en el tono de cuestiones abiertas antes bien que hacer de ellas una prescripción. Asumo las afirmaciones (contingentes), en especial de la parte del texto referidas a las epistemologías, como un problema presente y en absoluto cerrado. Es muy probable que las cosas que digo aquí vinculadas a esos contextos poscoloniales en los cuales desarrollo mi trabajo tengan similitudes

1 El término decolonial/descolonial evoca con notable claridad una filiación con el proceso de descolonización iniciado a mediados de siglo XX en África y Asia centralmente. Los trabajos relevantes son varios pero se destacan Walter D. Mignolo (1995, 2003), Aníbal Quijano (2000a, 2000b), Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel (2007) entre otros y para una revisión crítica del giro continúa siendo muy útil el libro de Eduardo Restrepo y Axel Rojas, *La inflexión decolonial. Fuentes, conceptos y cuestionamientos* (2010).

y hasta recorridos idénticos en otras experiencias. No excluyo esa posibilidad, por el contrario, sólo la aclaro para señalar que no he hecho un ejercicio comparativo sino que intento describir mi ambiente de trabajo y los problemas que veo en él en relación con la metodología de investigación.

También quiero señalar que las notas siguientes surgieron a partir de un doble proceso que se vinculó al diseño de un curso de metodología y de epistemología² que se centrara en las experiencias prácticas del trabajo de investigación por un lado y que señalara en esa especificidad los modos en que se producen afectaciones del dominio teórico-político, por otro.

En esa dirección y entre las varias cuestiones a considerar la más importante de todas es la de pensar la especificidad, en lo que respecta a los problemas metodológicos y epistemológicos, cuando se indica de entrada que se trata de un trabajo que acontece en el espacio reflexivo definido por genealogías teóricas poscoloniales y latinoamericanas³. En lo que respecta a esta experiencia lo identifico como un ítem central porque pone en primer plano las relaciones entre los temas, los problemas, las teorías (entendidas como marcos conceptuales) y los materiales de investigación. Con ello pretendo señalar que las dos palabras, “poscolonial” y “latinoamericana”, componen un complicado sintagma que conduce a preguntas tales como: ¿de qué manera influye en nuestros análisis pensar en términos de genealogías latinoamericanas y/o poscoloniales? ¿tienen un impacto directo esos dos términos en la manera en que se producen relaciones entre problemas, materiales y conceptos o son simplemente contextos generales de enunciación sobre los cuales se referencia un conjunto de prácticas heterogéneas?

Debo aclarar aquí que mi campo de trabajo se sitúa decididamente en la crítica poscolonial, es decir, en el horizonte conceptual que ella produce y en sus relaciones con genealogías críticas del pen-

2 Me refiero concretamente a la organización de un seminario que dictamos con algunas de las participantes de este volumen en la red de posgrados virtuales de CLACSO en 2015 y 2016. AL mismo tiempo hago referencia a la cátedra de Metodología de la Investigación Filosófica de la cual soy responsable en la Universidad Nacional de San Juan.

3 Hay una extensa bibliografía para el pensamiento latinoamericano cuyo despliegue en cuanto a temáticas y problemas haría imposible desarrollar esta nota. El campo filosófico constituye un capítulo aparte. Si sólo se recuperan las discusiones de fines de los años sesenta y principios de lo setenta sobre la naturaleza de la filosofía latinoamericana habría suficiente material para varios libros. En mi caso, la mención de este espacio reflexivo es pertinente porque en mi trabajo de investigación conecto los pensadores caribeños francófonos con el las problemáticas relevadas por la filosofía latinoamericana y porque es en ese contexto principal donde entiendo que están sus resonancias más significativas.

samiento latinoamericano. Sin embargo, una cuestión importante al momento de pensar las metodologías de investigación es si ellas dependen o no de esa instancia. Es decir, la tensión que subyace en esta pregunta es si la metodología responde más al género metodológico de conocimiento o si responde a un problema específico de investigación en dichos contextos.

La idea de cierta condición universal de la metodología de investigación para estudios situados, por ejemplo, en la historia de las ideas o en clave poscolonial, tiene complicaciones adicionales que son evidentes en la crítica epistemológica pero dichas complicaciones son más profundas a la hora de pensar metodológicamente. Esto es así porque resulta relativamente fácil detectar los modos en que un discurso teórico/cultural deviene en la premisa organizacional de un conjunto de materiales heterogéneos, y ello se ve tanto en los escritos considerados filosóficos por una genealogía crítica del pensamiento latinoamericano como en los trabajos críticos de los colonialismos históricos considerados como la base de las posiciones fundacionales dentro del universo poscolonial de reflexión. Es decir, hay un grado de dificultad menor en situar y marcar los enunciados que se interponen frente a una consideración y análisis contextual de cada experiencia. Por ejemplo, en los trabajos sobre el llamado discurso colonial (utilizo el singular por una cuestión expresiva pero correspondería en rigor pensarlos en plural dada la variedad de prácticas que se subsumen en cada caso) lo relevante es el hecho de que rápidamente se llega al punto donde se vuelve evidente que su función central es constreñir realidades históricas diversas a una sola matriz de conocimiento y poder. Gran parte de la literatura poscolonial con mayor o menor énfasis define esta encrucijada como punto de partida. Así entonces, las representaciones que los discursos coloniales dispensan sobre los sujetos del enunciado son al mismo tiempo las que validan los criterios de universalidad, de estabilidad categorial y conceptual del conocimiento y de los subsecuentes dominios generados.

El vínculo entre representación y universalidad (autoasignada) de las categorías es objeto de una larga reflexión en el campo filosófico pero reconoce una crítica de la misma intensidad y profundidad en las escrituras anticoloniales de mediados de siglo XX, las cuales fungen como una suerte de antecedente⁴. Mucho y parecido podría decirse

4 El problema de la crítica de la representación es un tema caro al pensamiento filosófico contemporáneo. Lo que me interesa señalar aquí es que tal crítica, presente en los años noventa del siglo XX, reconoce antecedentes en procesos ocurridos en campos no especializados. Los trabajos de Frantz Fanon, en especial sus textos centrales, *Piel negra máscaras, blancas* y *Los condenados de la tierra* (1994) y algunos de los poemas de Aimé Césaire (1984), por poner dos ejemplos sobre los que hemos

del debate filosófico que alienta gran parte del pensamiento latinoamericano⁵. En él se distinguen, con matices e intensidades diferentes, sobre las autorizaciones ideológicas y epistemológicas de la disciplina filosófica, la crítica a una razón eurocéntrica que funciona de modo similar al discurso colonial.

Ahora bien, cuando la discusión pasa al terreno metodológico más concreto, en particular al de una investigación, la posible claridad de una posición epistémico política aquí desaparece o, al menos, da paso a una zona brumosa donde no es tan simple dirimir dominios y pertenencias. Ello ocurre así porque la metodología lidia directamente con los materiales de investigación y su organización. En esa instancia lo que podríamos llamar, sólo metafóricamente, efecto de proximidad, hace que los vínculos con niveles considerados habitualmente como más estructurales de la investigación, tales como los marcos teóricos, no estén tan presentes y haya una sobre-representación de los materiales. Por materiales me refiero al conjunto de recursos con los que se lleva adelante un estudio, pero en particular aquellos que tienen el carácter más preciso de fuentes, tal como en el

trabajado, dan cuenta de que el proceso de crítica del colonialismo constituye una puesta en cuestión de la estructura representacional del colonialismo desde el punto de vista simbólico. Estos autores advierten que el vínculo productivo entre representación y modernidad se tensiona de un modo único cuando aparece el colonialismo en escena, ya no como una suerte de derivado de segundo orden de las historias modernas y sus formas de sociabilidad sino como una parte inextricable de su constitución. En ese momento, la crítica al colonialismo prefigura y compone el cuadro de lo que luego serán esfuerzos sistemáticos por minar el edificio de la representación en la filosofía. Sobre esta discusión remito a los siguientes trabajos que hemos realizado en el marco de la investigación sobre las relaciones entre las filosofías llamadas genéricamente postestructuralistas y los trabajos críticos del colonialismo en particular en Frantz Fanon: Leticia Katzer y Alejandro De Oto (2013), Alejandro De Oto y Leticia Katzer (2014a), (2014b), Alejandro De Oto y Cristina Póslleman (2016).

5 En las discusiones y propuestas de varias zonas del pensamiento filosófico latinoamericano más que haber una crítica de la representación en el modo en que se experimentó en el movimiento postestructuralista (para usar una denominación general de un fenómeno complejo), hay críticas que ponen en primer plano los procesos de exclusión que los hegelianismos habían producido en la imagen misma de América Latina. Al respecto refiero nuevamente a la saga entre Augusto Salazar Bondy y Zea. Ellos argumentaron alrededor de la idea de si un continente no emancipado podría tener o no un pensamiento filosófico establecido. Las posiciones de uno y otro revelaban grandes contactos con los pensadores anticoloniales de mediados de siglo XX, en particular Frantz Fanon, quién, no por causalidad, es una pieza crucial tanto de la crítica poscolonial como del giro decolonial. No obstante, es preciso decirlo, tanto en la trama de la Filosofía de la Liberación como en la trama de la Historia de las Ideas latinoamericanas, la concepción de la historia remite con no poca intensidad a marcos hegelianos aunque sean objeto de disputa. Los deberes que impone la dialéctica cuando se entroniza como metacategoría no son pocos.

lenguaje historiográfico se denominan. Dependerán esos materiales de la naturaleza del trabajo, en mi caso en el campo genéricamente descrito como historia de las ideas⁶ ellos presentan la característica de estar acuñados dentro de la ciudad letrada⁷. Ello implica que debo pactar con materiales que por lo general se presentan con un grado de formalización muy alto, cuyas configuraciones son propias de las reglas de enunciación en las que fueron producidos y que se encuentran dispuestos en procesos discursivos precisos, los cuales adquieren los nombres generales que aquí he mencionado, “pensamiento latinoamericano”, “crítica poscolonial”, “giro decolonial”, etc. Por otro, dada la relación que sostienen con respecto a tal formalización no siempre su emergencia responde a las dimensiones de la ciudad letrada, dado que se intersecan en ellos prácticas específicas de lectura, de uso podríamos decir, que responden de modo diferente a la de un conjunto de textos especializados en una temática. En otras palabras, no atienden a las reglas de un campo de conocimiento sino, por ejemplo, a urgencias morales y políticas más extensas.

El caso de la escritura anticolonial, como la de Fanon, constituye un buen ejemplo de situación. Ella se mueve en registros estéticos, filosóficos técnicos e incluso disciplinarios reconocibles pero las demandas organizacionales para esa escritura desbordan dichos límites y hacen suyas zonas innominadas de las experiencias sociales que le son sincrónicas. En un sentido, participan de la ciudad letrada pero también establecen líneas de fuga con las que conectan con otras experiencias más allá de ella. En mi trabajo entiendo que tales operaciones hacen que estos materiales sean restos no integrados a un corpus relativamente estable dentro de un dominio discursivo o disciplinario.

Sin embargo, a la par de avanzar sobre estas implicaciones de la relación con los materiales quisiera extenderme también señalando una serie de problemas y dimensiones adicionales comunes que se inscriben entre epistemología y teorías siempre en el marco de la investigación situada, en particular en mi propia tarea de investigación. Por ejemplo, el problema de la concordancia entre la red o trama de conceptos y categorías con los cuales trabajamos aún en el momento mismo de imaginar una investigación hasta incluso en el pleno de-

6 Utilizo esta denominación por una convención expresiva más que por creer que con ella designo un campo estabilizado de trabajo. Por el contrario, los debates sobre los límites y dificultades que enfrenta tal disciplina se emparentan directamente con el tipo de problemas que intento poner en juego en este escrito.

7 Recomiendo expresamente el trabajo de Laura Catelli (2013) que hace un uso crítico de este concepto de Ángel Rama. Catelli lo discute y profundiza de manera sugerente y lo relaciona con la ciudad colonial de Guaman Poma de Ayala y los esquemas corporales en Frantz Fanon.

sarrollo de la misma. Es preciso señalar allí que el pensamiento teórico está vinculado a los objetos de estudio, pero más que nada a los materiales. Utilizo la expresión pensamiento teórico con la intención explícita de marcar que si bien converge como parte del proceso global de una investigación y es al mismo tiempo una parte sustancial de la misma, el estatuto de una forma de pensar la teoría excede ese marco y en más de un instancia compone un género en sí mismo. En ese nivel funciona más como discurso que compone dominios, extensiones y escansiones en y de un cuerpo de materiales y fuentes antes bien que como operación productora de conceptos que intenta formalizar la configuración de determinado proceso. Hay un registro de la teoría como género reflexivo y analítico que tiene un extenso desenvolvimiento en los últimos años, en especial en las academias norteamericana e inglesa en el contexto de los estudios culturales y la crítica poscolonial.

Le aplico la denominación de género porque se recorta de otros campos al mismo tiempo que los atraviesa pero claramente se destaca menos por sus aspiraciones científicas y mucho más por sus operaciones narrativas e ideológicas. Como género produce intervenciones que disputan las formas de razonar y de organizar procesos culturales, sociales e históricos y centralmente afecta el universo de las metáforas y analogías con las que funcionan las ciencias sociales. El texto de Clifford Geertz de los tempranos años ochenta, “Géneros confusos o la refiguración del pensamiento social” (1991 [1980]), apunta con agudeza hacia ese escenario. Del mismo período es el escrito de Edward Said, “Teorías ambulantes”, capítulo de *El Mundo, el texto y el crítico* (2008 [1983]) y *Travelling theories revisited* (1999 [1994]), los cuales adoptan una noción de teoría como pensamiento organizado cuyas reglas reflexivas están delimitadas por procedimientos mensurables y que se pueden afectar si se desplaza de su contexto de emergencia a otro. Homi Bhabha es quién, tal vez, más explícitamente defiende la idea de que la teoría es un campo de disputa específico que puede entenderse más allá de los registros oposicionales. En el “Compromiso con la teoría”, capítulo de *El lugar de la cultura* (2002 [1994]) Bhabha se pregunta por cómo debe actuar la teoría crítica y propone que ella debe desplazarse de aquellas zonas donde se convierte en una expresión de oposiciones dadas por una idea de Historia que no requiere sino hacer explícitos sus fundamentos. Bhabha escribe contra las simplificaciones que él cree observar en los discursos oposicionales constituidos a partir de formas fijas de la identidad. La idea explícita que sostiene es que “cada posición es un proceso de traducción y transferencia de sentido” (47) y por ello, el problema de la representación de lo político deviene central para comprender la función de la teoría

porque no hay posibilidades de admitir una línea clara y autotransparente entre el objetivo político y sus medios de representación (47).

No obstante, para mi discusión sobre el problema de la teoría en relación con la investigación situada en contextos poscoloniales, que Bhabha describa la teoría crítica como occidental es muy importante. La idea en juego es que la teoría crítica para desplegar su carácter universal se mueve dentro de un grupo de textos que también alimentan a la antropología colonial. Ya sea para hablar de su carácter universal o para afectar el carácter logocéntrico de su configuración lleva a cabo un proceso de apertura de la diferencia y de contención que en realidad lo que hace es forcluir⁸ el conocimiento de la diferencia en el Otro. Las consecuencia directa de semejante operación es que el Otro no tiene posibilidad alguna de significar, “de negar, de iniciar su deseo histórico” (52). Entonces, los contenidos de una cultura otra pueden ser muy conocidos anti-etnocéntricamente pero ese no es el problema, el problema es “su ubicación como la clausura de las grandes teorías, la demanda de que, en términos analíticos, sea el objeto de buen conocimiento, el cuerpo dócil de la diferencia, lo que reproduce una relación de dominación, y es el motivo de recusación del poder institucional de la teoría crítica” (52).

Más allá de las distinciones sobre el potencial para el cambio que luego Bhabha describe para esta última, me interesa señalar que el carácter de género de la teoría así pensada no está dado por el hecho de moverse en registros expresivos y contenidos específicos, como podría caracterizarse cualquier otro género, sino por la operación que hace de la diferencia, casi en cualquier orden posible, un insumo de su propio despliegue. Este me parece un problema de primer orden porque los materiales pueden “responder” de manera muy distinta si ellos están allí para confirmar una operación que excede el campo de su despliegue performativo o si, por el contrario, ellos son los restos

8 Aquí la noción funciona como cierre en el Otro. De esa manera su agencia, su deseo nunca se inicia, como señala Bhabha (2002_52). El término reconoce una larga historia en el psicoanálisis que se inicia en Freud y se continúa en Lacan. De las muchas consideraciones que se pueden hacer al respecto me interesa la forma imaginativa en que Judith Butler lo asume para pensar la censura. Ella señala que el término define una acción que como tal debería tener un sujeto. Sin embargo, eso no sería sino un truco de la gramática. Para el psicoanálisis la forclusión es el efecto reiterado producido por una estructura que excluye y donde ningún sujeto lleva a cabo la acción. Así entonces la exclusión no acontece sobre un sujeto anterior sino que produce un sujeto performativamente en la misma exclusión. El resto o aquello que ha sido separado constituye lo ‘no realizable’ de toda performatividad. De ese modo, lo que está antes de la exclusión es algo afectado por la imaginación de eso previo y está, dice Butler literalmente, “invadido por ese a posteriori de lo imaginario mismo, su nostalgia frustrada” (Butler, 2004: 226-227)

y las marcas de prácticas significantes que pueden llegar a informar sobre los complejos procesos de negociación del significado social a los que remiten o aluden.

En tal sentido, si uno hace más explícito aún que el problema de la forclusión en el Otro también está presente en las teorías y dominios discursivos que se presentan a sí mismos como poscoloniales y decoloniales, tomando el registro lacaniano de Bhabha, el grado de complicaciones aumenta. El principal problema involucrado, como puede resultar obvio a esta altura, es que en realidad el trabajo de investigación situado se transforma en el ejercicio propio de la teoría en tanto ventríloquo de lo particular y las posibilidades performativas en juego se disipan dentro de un ambiente regulado por ese ventríloquo. La escritura de Fanon es un claro ejemplo de conflicto con tal funcionamiento de la teoría porque se tensiona entre lo que los datos de la observación producen y las demandas porque los mismos se inscriban en movimientos regulados y canalizados por una razón organizacional que proviene de inscripciones muy estabilizadas en los propios cuerpos teórico-políticos. Cómo entender, si no, el hecho simple y concreto de que Fanon retome al tiempo que desplace las tramas de la fenomenología y de la dialéctica para explicar el mundo colonial en el que su propia vida acontece. Me explayo en el ejemplo pero no quiero detenerme largamente en él, simplemente pretendo mostrar la tensión. Fanon es uno de los pensadores anticoloniales más enfáticos a la hora de no admitir simples transposiciones de conceptos, categorías y cuerpos teóricos completos a situaciones nuevas. Esa es tal vez la clave más importante para acceder a sus textos y para entender la relación flexible que tiene con sus materiales de trabajo, sus fuentes y el tratamiento que hace de ellos. Él trabaja con los procesos de repetición, con las iteraciones de los discursos sobre la raza, sobre la diferencia cultural, sobre lo civilizatorio. Es por ello que el colonialismo en su escritura aparece a partir de procesos iterativos que forman parte de sus propias estrategias de organización del material⁹. Al hacer eso ocurren dos cosas significativas. La primera es que presiona sobre los límites representacionales de las teorías y categorías. Por ejemplo, en el capítulo V de *Piel negra, máscaras blancas* lleva el argumento de la condición sustancial de la Negritud a un extremo, iteración mediante, para dislocar la dialéctica de la filosofía de la his-

9 En una comunicación personal Juan Pablo Cedriani (abril, 2017) me señaló un aspecto crucial de esta forma de trabajo de Fanon y ella es que él se sitúa en “una punta del hilo del fenómeno colonial, un dato, en una cita o en un axioma arraigado culturalmente y comienza a tirar de él, [y] muchas veces nos encontramos con una continuidad de este hilo, tramado en la propia lógica su texto”.

toria que Sartre defiende de manera no explícita cuando sugiere que el movimiento estético de la Negritud representa la antítesis de las tesis racistas de la sociedad colonial. No se trata de que Fanon sospeche por completo de la dialéctica, aunque justo es decirlo ella no sale indemne de ese trance, sino que combate con un argumento esencialista, empujado iterativamente hasta el límite mismo del sinsentido, el argumento esencialista de una filosofía de la historia residente de manera subrepticia en el texto de Sartre¹⁰.

Si lo pensamos con relación a los problemas listados antes aquí lo que ocurre es que detiene esa forclusión acentuando paroxísticamente todos los rasgos que hacen de la sociedad colonial un objeto disponible para el conocimiento metropolitano, sea de la naturaleza que sea en términos ideológicos. Este modo de proceder muestra, eso creo, un trabajo con los materiales y las teorías que es contextual, que afronta precisamente toda la carga de teorías altamente organizadas, contenidas en sí mismas, pero no se somete a ellas sino que las disloca con respecto a los dominios que organizan dando preeminencia a lo que emerge en contexto y ello es, precisamente, las articulaciones arbitrarias de significantes. En cierta forma y con no pocos argumentos a favor se podría decir que estamos en presencia de un contextualismo radical *avant la lettre*¹¹.

Quisiera volver ahora al problema de las analogías que mencioné antes en ocasión de referenciar el texto de Clifford Geertz. A mi juicio, el tipo de trabajo que llevaron a cabo intelectuales y activistas como Fanon en relación con el colonialismo ha permitido cuestionar extensamente los procesos de las teorías, sus cerramientos y límites representacionales. En un sentido extenso, ellos imprimieron a las teorías, por la naturaleza misma de sus objetivos políticos y sus marcas morales, menos deberes relacionados con los dominios que ellas expresaban y más articulaciones impensadas para las mismas. Para decirlo más claro, lo que le pasaba a sus cuerpos, lo que ellos creían que les pasaba, adquiriría preeminencia sobre otras dimensiones y eso determinó un tipo de actividad que dejó un resto significativo que ha estado presente de manera explícita en las genealogías poscolonia-

10 El texto de referencia aquí es *Black Orpheus (Orfeo negro)* (1976), que fue un escrito para la introducción del libro sobre poesía negra y malgache en francés organizado por Leopold Senghor.

11 Evoco esta noción muy extendida en los estudios culturales acerca del contextualismo radical. En particular me interesa asociada a ella la discusión sobre el desplazamiento de los significantes que postula Derrida y a la que Stuart Hall propone agregarle la noción de articulación, la cual sería una fijación más o menos arbitraria de esos significantes, lo que Hall entiende como el trabajo de la ideología. (Hall, 2010: 196)

les. Un resto que privilegia el contexto de articulación entre cuerpos, historias, discursos y teorías y por consiguiente que conjuga nuevos itinerarios para cada uno de los términos involucrados.

Ese resto se ha extendido en numerosos trabajos hasta alcanzar una forma equivalente a lo que Geertz describe como analogías en el pensamiento social. En un texto reciente trabajo sobre esta idea (De Oto, 2017) extendiendo los alcances de las indicaciones que Geertz había realizado con respecto al juego, al teatro y el texto en tanto analogías organizacionales de los modos pensar de las ciencias sociales, y que hago extensivas a las humanidades. A las tres primeras analogías le sumo, desde los tempranos años ochenta también, la cuarta analogía, la colonial, que ha impactado en varios escenarios concretos. El más significativo, sin duda ha sido el del número. Quiero decir con ello que el mayor impacto se ha dado al discutir la representatividad, casi en términos estadísticos, que los conceptos y categorías tienen en la teoría social y la filosofía si se toma en cuenta el problema de la relación entre colonialismo y modernidades que en el lenguaje metateórico de nuestro presente se configura con el nombre de colonialidad/modernidad. Es una pregunta relativamente simple y, por lo tanto, no exenta de riesgos la que se puede formular allí: ¿de cuántas experiencias hablan las categorías y conceptos en la teoría? Dicha de otro modo, cuántas experiencias y procesos vinculados a la racialización, a los cuerpos, a la subjetividad, al sexo y al género, a la explotación económica, quedan dentro de esa representatividad de los conceptos y categorías si se tiene en cuenta el colonialismo en sus formas históricas y si se traslada al universo reflexivo como analogía.

PROBLEMAS PRÁCTICOS

En todo este contexto, donde estoy tratando de mostrar los problemas con la teoría en investigaciones situadas en mi campo de trabajo y, en particular, en mis estudios, quisiera ahora señalar algunas cosas que remiten a un universo de cuestiones prácticas. Es verdad que aunque el pensamiento teórico puede confundirse con una abstracción no hay que perder de vista que sus operaciones representan una positividad en la investigación, producen efectos y se llevan a cabo sobre una o varias espacialidades y sobre una o varias temporalidades. Así deberíamos decir que está referido, o que predica con respecto a algo bien concreto aunque luego no se perciba de ese modo o se lo “operacionalice” en una dirección que crea el efecto anticipatorio de responder todas las preguntas antes de que ocurra cualquier indagación, como parece suceder, por ejemplo, sin que se reconozca con mucha frecuencia, en el llamado marco teórico de los proyectos de investigación.

El punto allí, interesante para una reflexión de esta naturaleza situada en los problemas prácticos, es detectar y mostrar la situación del pensamiento teórico en contextos específicos, en el sentido de que el mismo participa de una red de enunciados que son conocidos más allá del caso en cuestión, de la investigación en particular pero, a su vez, su significación está ligada inexorablemente a la particularidad dado que allí es donde, para evocar nuevamente la imagen de Edward Said de las teorías en viaje, se re-enciende. La reflexión sobre el modo en que Fanon hace la crítica de este problema está destinada a mostrar, además de la potencia crítica sobre la forclusión, el momento en que esas teorías pueden dejar de producir iteraciones y pasan a implicarse con lo que en un abordaje metodológico llamaría "soluciones de compromiso". En este nivel hay una diferencia y un desplazamiento de la teoría como género, tal como la discutí antes, aunque los riesgos de que se integre de ese modo estén presentes porque dicho re-encendido no debería ocultar el hecho de que su ocurrencia, llegado el caso, podría producir nuevos cierres. No obstante, más allá de ello, lo que quiero implicar es que el registro teórico, entendido aún como algo diferente de los problemas que se presentan en la investigación, problemas prácticos por cierto, sigue siendo útil para interpelar posibles relaciones entre los materiales y analizar formas de organizarlos. Pero también quiero indicar que cuando uno piensa ese registro teórico contextualmente, sus supuestos deberes representacionales hacia el dominio que configura discursivamente, sea en el plano de una epistemología, sea en el plano de una disciplina, o sea directamente en términos de cierta homogeneidad de enunciados con respecto a un objeto, ya no son los mismos y el compromiso ahora muta hacia los problemas a resolver en la escala específica de la organización de las fuentes, de los archivos (simbólicos y materiales) y de los objetos/sujetos emergentes de la investigación situada. Deviene en un problema de articulación. Para ser claro, la impronta general de un conjunto de conceptos y categorías provenientes de un universo teórico particular permanece y eso sin duda es crucial para definir el tipo de indagación que se llevará a cabo sobre un conjunto heterogéneo de materiales. Pero el contexto de la encuesta no está dado, por el contrario, él es un problema del propio proceso de investigación y de las posibilidades de articulación que allí se dan. De la intensidad y el modo con que nuestra tarea desagregue los pliegues en juego en la constitución de ese contexto, depende de que la teoría entendida como género no sea el ventrílocuo de la diferencia. Cuando señalo las espacialidades y temporalidades no lo hago con el espíritu de marcar instancias meta-teóricas con los dos términos sino precisamente para destacar la dimensión descriptiva necesaria para entender las capas,

niveles y pliegues en juego en una investigación. Cada registro participante se enlaza con tiempos y espacios diferenciales.

Del lado, si se me permite la expresión, del problema epistemológico no es muy distinto pero en un punto el pensamiento epistemológico, en un sentido más bien tradicional del asunto, no requiere de referencias tan contundentes como el teórico. Es decir, está mucho más desanclado de las condiciones precisas aunque uno podría leer a Bachelard y afirmar lo contrario. La idea, dicho de manera simple, es que la dimensión epistemológica parece tener implicaciones de un rango más variable que la teórica, la cual se despliega, por lo general y aún con las advertencias que he hecho, más circunscripta a los problemas precisos de la investigación dado que de un modo u otro debe relacionarse en la “cocina” del trabajo, allí donde se mezclan problemas, conceptos y fuentes. En cambio, el plano epistemológico apunta a los fundamentos del conocimiento, a su extensión, a su articulación cultural y, por todas esas razones se desancla de dimensiones micro y la presión que ejerce es, antes que molecular, más bien molar. Quiero decir que predica menos sobre el objeto de la investigación concreta, sus problemas particulares, y mucho más sobre las condiciones de la investigación en general, sobre lo que usualmente se piensa como sus fundamentos, al tiempo que sus legitimidades parecen producirse también más allá de la particularidad concreta. Ahora bien, esto es equivalente a decir que en ese nivel la mayor parte del tiempo se encuentra asegurando la reproducción antes bien que la creación o la invención. Estoy consciente de los riesgos que conlleva afirmar algo así pero asumo el carácter experimental que este libro propone y por eso no quiero dejar de decirlo. En ese sentido, tal caracterización no es discrecional o selectiva, sino que aplicaría tanto a las epistemologías tradicionales como a aquellas que se describen a sí mismas como críticas o alternativas porque lo que todas hacen es privilegiar el cuadro de conjunto, cierto momento ulterior del conocimiento pensado en términos contextuales pero también comprensivos. En el contexto poscolonial de discusión, y también en el del pensamiento latinoamericano, me arriesgaría a decir que las epistemologías enfatizan con mucha claridad su faceta discursiva y, al hacerlo, se distinguen de las “soluciones de compromiso” al tiempo que canalizan las premisas del método, pero del método muchas veces escrito con M mayúscula. Esta observación la derivo de mi propia práctica de investigación, es decir, de las concurrencias en ella de discursos que abren el horizonte epistémico al tiempo que lo regulan prescriptivamente.

En un tercer plano, está el problema bien concreto de cómo resuelvo un conjunto de datos, qué hago con ellos, cómo los agrupo o los correlaciono, qué dominios genero con su manipulación (no tiene

connotación negativa este término), cómo trabajo con ellos en relación con eso que llamamos teoría (sea en el modo de género o el modo de producción de redes conceptuales) y que en su versión más básica es construir conceptos correlacionados sobre una realidad compleja. Este para mí es el momento que describe el término “cocina”. Podrán decir, anticipando la objeción que no se puede pensar un plano sin el otro, y no desacuerdo con ello, pero también parece pertinente pensar los supuestos de articulación de esos planos. Una de las respuestas automáticas de las ciencias sociales y de las humanidades (filósofos incluidos) es que la fórmula mágica “relación dialéctica” nos ahorra el trabajo de pensar más allá de todas estas instancias descritas grosso modo. Entonces, imaginando una dialéctica entre epistemología, teoría, metodología y materiales se puede hacer un mapa de justificaciones cruzadas y legitimidades varias para proceder. No digo que no sea una posibilidad, lo que digo es que la fórmula resuelve poco a la hora de evaluar, por ejemplo, en qué sentido se asiste a una originalidad metodológica, si en vez de desandar las construcciones, cada pliegue en el lenguaje en las investigaciones, de los dominios objetuales que se constituyen en ellas (y subjetivos), de las filiaciones entre una dimensión no tratada y la tratada (pienso en términos hiperreales¹² que organizan la encuesta concreta), decimos que hay una dialéctica que más o menos explica o conecta todas estas diferencias. Yo preferiría pensar allí que es más productivo hacer un trabajo de desmonte de cada pliegue que se produce en los objetos de estudio y en los problemas investigados, justamente, pensando en las reglas de filiación que se generaron para unir elementos diversos. No resulta sorprendente encontrar que muchas metodologías no se legitiman en el plano de lo que predicán con respecto a las investigaciones concretas sino con respecto a otras dimensiones situadas en universos discursivos extensos, tal como lo intenté mostrar con respecto a la idea de la teoría como género.

Esta tarea puede ser muy útil para alguien que dicta o toma un curso de metodología de investigación o que lee un texto referido a esa temática, porque por lo general lo que ofrecen dichos cursos y

12 Hago un uso *sui generis* de la noción de categoría hiperreal que Dipesh Chakrabarty imaginó para explicar por qué, aún en las mejores condiciones críticas, la historiografía de los estudios subalternos insistió con preguntas sobre los procesos históricos de India, en especial los nacionales, que demandaban una respuesta culturalmente ajena a ese espacio sociohistórico. Chakrabarty atestigua en las tramas meta-teóricas la presencia de un significante llamado Europa (muy lejano de las realidades fácticas del continente) fuertemente codificado que funciona como categoría hiperreal organizando las preguntas historiográficas, más allá de la realidad empírica del pasado indio (1999).

los textos sobre la temática es, justamente, un recorrido por diversas metodologías con cierto grado de formalización y no un ejercicio de desmonte de los pliegues que se producen entre todos estos niveles y en especial sobre los materiales de trabajo.

NOTAS FINALES

Sé que suena algo obvio todo esto pero a veces creo también que resulta bueno decir lo obvio por lo que quiero hacer algunas breves notas adicionales sobre el problema de la escritura y el lenguaje. Por lo general, la tendencia es ignorar la escritura porque se ve en la mayoría de los casos como algo relacionado al vehículo expresivo antes bien como lo que afecta el propio proceso de poner juntas cosas disímiles entre sí o, para el caso, construir filiaciones y desafilaciones entre materiales, datos y conceptos. La escritura, en ese sentido, es crucial porque la podríamos considerar como la espacialidad por excelencia, al menos hasta ahora, de las humanidades y las ciencias sociales. Anoto simplemente este problema de la siguiente manera: luego de organizar los materiales referidos a un determinado espacio y una determinada temporalidad, a un grupo determinado de personas, o incluso si la investigación es conceptual (con más razón aún), exponemos los resultados en textos que tienen por lo general, salvo mejores noticias al respecto, una naturaleza muy distinta con respecto de lo que hablan. Es decir, hay una instancia en que la separación, pero más que nada el ámbito diferente de acción de la escritura de estas disciplinas frente a sus temas, objetos y sujetos no puede ser soslayada o remitido al cajón del armario con el rótulo “temas secundarios”. En todo caso, una acción de ese tipo, o la inversa, la no reflexión al respecto, constituye uno de los tantos puntos ciegos de la legitimidad metodológica.

Muchos han señalado esto, en especial en las discusiones que se suscitaron en el campo historiográfico luego de las tesis de Hayden White acerca de la escritura de la historia, las cuales privilegiaban el papel de la escritura en la constitución del campo de la explicación histórica mediante la advertencia de que el lenguaje expresivo cargaba los significados en juego (1992a, 1992b)¹³. Hay un deslizamiento adicional del problema en las reflexiones sobre el papel del lenguaje, la escritura y las categorías en uso que un autor como Fanon detecta con particular potencia en el espacio de las ideas críticas del colonialismo hacia mediados del siglo XX. Fanon, lector tenaz de Paul Valéry, evoca la imagen producida por este para el lenguaje, la del “dios extraviado en la carne”, para señalar que cuando se habla una lengua

13 Recomiendo para ampliar estas discusiones el libro de Verónica Tozzi, *La historia según la nueva filosofía de la historia* (2009).

no sólo se manejan sus reglas gramaticales y sintácticas sino también se lleva consigo “el peso de una civilización”(2009 [1952]: 49), que no es otra cosa aquí que los modos en que se estratifican en el lenguaje categorías, formas expresivas, distribuciones de seres, etc. Esta idea fanoniana pone en primer plano algo que Estela Fernández Nadal y Alejandra Ciriza señalan con respecto al modo en que funcionan las categorías en el análisis de Arturo Roig. Ellas dicen que Roig trata las categorías como epítomes semánticos que mediante procesos de abstracción constituyen poco a poco un sistema vivido. Y, entonces, “[e]l olvido del proceso de abstracción, una vez establecidas las categorías, hace que estas funcionen no sólo como modos de clasificar, ordenar y jerarquizar lo existente, sino como guías para la acción. Tal es el destino de las categorías de ‘civilización’ y ‘barbarie’” (1995: 124-135).

Bien, es poco probable que podamos pensar cosas semejantes sin tener con ello una dimensión concreta del campo semántico, de la retórica, de la poética y al final de cuentas, de la política implicada. No me refiero al análisis del discurso tal como lo concebía Roig, sino a dos cosas relativamente concretas: una, a la espacialidad que organiza la escritura alrededor de, o sobre, “civilización y barbarie”, de la cual la escritura de Roig participa. En otras palabras, me refiero al dominio que, con todas las advertencias del caso, puede estar en juego en una forma de escribir “civilización y barbarie”, dos, a la escritura de Roig como evento particular, como acontecimiento en ese dominio que afecta (de afeción) la manera en que aparece su consideración sobre las categorías que ordenan el espacio de las ideas.

Repasamos entonces. El punto es que tenemos al menos tres niveles, el epistemológico, el teórico y el de la “cocina”. Tal vez este último sea el más implicado con los problemas metodológicos porque es allí donde se dan las soluciones que en términos generales denomino de compromiso. Allí hay que pactar con lo heterogéneo de los materiales de investigación para lo cual no hay prescripción o nombre pero es dónde las categorías que han puesto en segundo plano el proceso de abstracción ejercen su mayor presión. En este último espacio creo que es donde la escritura y el lenguaje (y me refiero al lenguaje en su faceta instituyente en la cultura, como lo pensaba Fanon) se hacen presentes con mayor intensidad, porque si bien ellos son un problema más entre los muchos que resolvemos en la investigación, también queda claro que exceden, por lejos, este espacio y podríamos decir, envuelven completamente la construcción de conocimiento.

Por último, una breve anotación final que refuerza el carácter circular de este escrito, como sin duda resulta evidente. Dicha anotación es que en mi trabajo de investigación puedo detectar varios

predicados referidos al espacio y el tiempo de una metodología. Los dejo aquí señalados a partir de la inspiración que ofrece la noción de “operación historiográfica” de Michel De Certeau (1993) aunque no la sigo al pie de la letra. El primero, referido a aquello que es el problema investigado. Presupone a la vez que una articulación una dimensión acontecimental concreta. Uno estudia algo referido a alguien y tal actividad supone una diferencia con respecto a los tiempos y espacios de los objetos y sujetos en cuestión. El segundo, referido a la dimensión concreta en la que ocurre y se produce la investigación, los dominios de los que participa, si se tensiona o no, etc., de la cual he hablado en ocasión de reflexionar sobre la teoría como género. Este espacio es con frecuencia el más representado en la literatura especializada bajo el formato de historias del método, historias de una disciplina, etc. Y un tercero, que es más complejo, porque remite a una encuesta realmente amplia, y es a quién apunta el conocimiento, y toda la saga conocida sobre los por qué, para qué, etc. De todos modos, este predicado es muy interesante porque como resulta claro atraviesa de manera vertical y horizontal los tres planos y, hasta mejores noticias, parece seguir inquietando como lo ha hecho desde siempre.

BIBLIOGRAFÍA

- Restrepo, E. y Rojas, A. 2010 *Inflexión decolonial. Fuentes, conceptos y cuestionamientos* (Popayán: Editorial Universidad del Cauca).
- Bhabha, H. 2002 [1994]. *El lugar de la cultura* (Buenos Aires: Manantial).
- Butler, J. 2004 [1997] *Lenguaje, poder, identidad* (Madrid: Editorial Síntesis).
- Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. 2007 “Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico”, en Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (eds.) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, (Bogotá: Iesco/Instituto Pensar/Siglo del Hombre Editores).
- Catelli, L. 2013 “La ciudad letrada y los estudios coloniales: perspectivas descoloniales desde la ciudad real” en *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, pp. 56–56.
- Chakrabarty, D. 1999 “La poscolonialidad y el artificio de la historia: ¿quién habla en nombre de los pasados ‘indios’?”, en Dube, S. *Pasados poscoloniales* (México: El Colegio de México).
- Césaire, A. 1984 [1955-1983] “Le verbe “marronner” / à René depestre, poète haïtien”, en Eshleman, C. y Smith, A. (eds.) *The Collected Poetry* (Berkeley: University of California Press).

- De Certeau, M. 1993 *La escritura de la Historia* (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana).
- De Oto, A. y Katzer, L. 2014b “Tras la huella del acontecimiento: entre la zona del no ser y la ausencia radical” en *Utopía y praxis latinoamericana*, año 19, N° 65, pp. 53 –64
- 2017 “El estado de la deuda Notas sobre la analogía colonial en investigación” en Ortecho, M. y Romendino, G. ¿Pueden los planteos descoloniales prescindir de las metodologías?: límites, procedimentales, en las epistemologías críticas latinoamericanas (Villa María, Córdoba: EDUVIM).
- De Oto, A. y Katzer, L. 2014a “Rastros, restos y alteridad. Notas epistemológicas”, *Estudios Avanzados*, N° 22, pp. 68-85
- De Oto, A. y Posleman, C. 2016 “Malditos cuerpos. Filosofía, escritura y racialización” en *Astrolabio, Nueva época.*, N° 17, pp. 174-192.
- Fanon, F. 1994 [1961] *Los condenados de la tierra* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica).
- 2009 [1952] *Piel negra, máscaras blancas* (Madrid: Akal).
- Fernández Nadal, E. y Ciriza, A. 2012 Reseña “Rostro y Filosofía de América Latina” de Arturo Roig” en *Utopía y Praxis Latinoamericana*, vol. 17, núm. 59, pp. 134-137.
- Geertz, C. 1991 [1980] “Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social” en Reynoso, C.. (comp.) *El surgimiento de la antropología posmoderna* (Barcelona: Gedisa, Barcelona).
- Hall, S. 2010 “Sobre postmodernismo y articulación” en HALL, Stuart, *Sin garantías trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (Quito: Envión Editores/IEP/Instituto Pensar/ Universidad Andina Simón Bolívar).
- Katzer, L. y De Oto, A. 2013 “Intervenciones espectrales (o variaciones sobre el asedio)” en *Tabula rasa*, 18, pp. 127-143.
- Mignolo, W. 1995 *The Darker Side of Renaissance: Literacy, Territoriality and Colonization* (Michigan: The University of Michigan Press).
- 2003 *Historias locales/diseños globales* (Madrid: Akal).
- Quijano, A. 2000 “Colonialidad del poder y clasificación social” en *Journal of World-System Research*, N° 2, pp. 342-386.
- 2000b “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Edgardo Lander (ed.) *La Colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).

- Said, E. 1999 [1994] "Travelling Theory Reconsidered" en N. C. Gibson (ed.) *Re-thinking Fanon. The continuing dialogue* (Nueva York: Humanities Books).
- 2008 [1983] *El mundo el texto y el crítico* (Barcelona: DeBolsillo).
- Sartre, J. P. 1976 *Black Orpheus (Orfeo negro)* (París: Présence Africaine).
- Spivak, G. C. 2003 "¿Puede el subalterno hablar?" en Giraldo, S. *Revista Colombiana de Antropología*, Volumen 39, pp. 297-364.
- Tozzi, V. 2009 *La historia según la nueva filosofía de la historia* (Buenos Aires : Prometeo).
- White, H. 1992a *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica* (Barcelona: Paidós).
- 1992b *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, (México DF: Fondo de Cultura Económica).

Mariana Alvarado

INTERRUPCIONES EN NUESTRA AMÉRICA, CON VOZ DE MUJERES*

1. LA AUSENCIA COMO NORMALIZACIÓN FILOSÓFICA

El proceso de institucionalización que experimentó el saber filosófico en las primeras décadas del siglo XX en la Argentina remite, tal como lo ha entendido la historiografía filosófica, al periodo socio-cultural correspondiente al positivismo y su superación. Si bien hasta entonces la filosofía había sido desarrollada en vínculo con otras expresiones como el derecho o la historia, fue entonces, cuando los planteamientos filosóficos adquirieron una modalidad diferente que respondía a los marcos institucionales en los que se producía. La proliferación de cursos y conferencias, la circulación de revistas, la apertura de editoriales, la creación de cátedras especialmente dedicadas a ese saber situaron al ejercicio filosófico como función ordinaria de la cultura argentina. En el ámbito académico, particularmente en la Universidad de Buenos Aires, se instaló la disputa entre positivistas y antipositivistas como lucha de cátedras. Todo lo cual contribuyó a la delimitación y el ordenamiento de los saberes, a la diversificación

* Con el desarrollo de este escrito damos cabida y hondura a la re-lectura/escritura de dos artículos: "La ausencia femenina en la normalización de la filosofía argentina. Notas al epistolario de Francisco Romero." <http://www2.ual.es/raudem/index.php/Audem/article/view/85> y "Contrabandistas entre testigos sospechosos y autómatas parlantes" <http://filoesco.unb.br/resafe/numero014/>

entre prácticas y a la necesidad de legitimar el lugar de producción, tanto de saberes como de prácticas, mediante una normatividad que los “purificara”. Lo que llevó inexorablemente a desvincularlos de las condiciones en el marco de las cuales se producían.

En la segunda mitad del siglo XX las contribuciones en base a las cuales se juzgaba y decidía que Iberoamérica había alcanzado madurez intelectual en filosofía y, por ello, era posible hablar de una Filosofía Iberoamericana, eran aportes de la labor de los llamados patriarcas (Fornet Betancourt, 2009: 46). Francisco Romero (Sevilla, 1891- Buenos Aires, 1962) puso en valor el acontecimiento al hablar del *verdadero ingreso de la filosofía en Iberoamérica y de Iberoamérica en la filosofía* (1957: 14). Además de sus trabajos sobre autores particulares, Romero ensayó una cierta teoría de la Historia de la Filosofía y su método (Torchia Estrada, 1983). En *Sobre la Historia de la Filosofía* (1943) y *La estructura de la Historia de la Filosofía* (1962), el filósofo argentino habría presentado el desarrollo de la Historia de la Filosofía como un lento proceso en el que el esfuerzo colectivo confluyó en la constitución de una disciplina.

Un acontecimiento decisivo para las primeras décadas del siglo XX en la República Argentina marcaba un inicio andrógono en la constitución de la filosofía como disciplina. La valoración masculina de un acontecimiento en el que no se reconoció ningún nombre femenino. La tendencia a profesionalizar la filosofía como una tarea que exigía esfuerzo, aprendizaje y continuidad cobró fuerza en las primeras décadas del XX en la Argentina. El academicismo que supuso su institucionalización concibió una Historia en la que se suceden producciones de filósofos en las que un sistema teórico engendra a otro en el marco de un orden coherente y consistente. La tendencia a la “normalización filosófica¹” como fenómeno de institucionalización de la filosofía implicó el legado de los grandes filósofos, el estudio de sus doctrinas en su lengua original, su traducción, el rastreo de influencias y la identificación de categorías. El ejercicio público del oficio de filósofo como profesional académico adoptó los parámetros epistémicos europeos. Un filosofar “riguroso” que en términos de Francisco Romero² estuvo en manos de los “fundadores” de la filosofía, de los

1 Respecto de “normalización” puede verse el Diccionario de Filosofía Latinoamericana disponible en: www.ccydel.unam.mx/pensamientoycultura/biblioteca%20virtual/diccionario/normalidad_filosofica.htm. También a Eugenio Pucciarelli y su “Francisco Romero en la cátedra universitaria” (1975); Juan Carlos Torchia Estrada “Francisco Romero: hacia la filosofía” (1981) y Leopoldo Zea “Romero y la normalidad filosófica latinoamericana” (1983).

2 Puede considerarse a Francisco Romero como el iniciador de una tradición historiográfica cuando a través de las nociones de “normalización” y “fundadores”

“creadores de tradiciones”, de los “patriarcas” como los iniciadores de un proceso de reestructuración filosófica.

Romero entendía que este proceso que caracterizaba a toda Iberoamérica tuvo lugar en la República Argentina en la Universidad de Buenos Aires, donde comenzaron a circular las primeras posiciones críticas frente al positivismo. Este acontecimiento, que tendría un lugar tan decisivo para el destino de la Filosofía, habría sido una labor única y exclusivamente masculina, por tanto, sin la participación de mujeres, o más bien, en todo caso, sin el reconocimiento masculino de ningún nombre femenino³.

Los nombres de Antonio Caso (1883-1946), Alejandro Deustua (1849-1945), Enrique José Varona (1849-1933), José Vasconcelos (1882-1959), Carlos Vaz Ferreira (1872-1958), Raimundo Farias Brito (1862-1917) figuran entre los fundadores. José Ingenieros y Alejandro Korn (1860-1936) fueron –según la tesis romeriana– quienes sostuvieron, en Argentina el convencimiento de emprender el estudio filosófico sistemático, serio y autónomo, en lo que se dio en llamar Historiografía Filosófica Argentina.

Entendemos que esta situación supuso en principio una valoración respecto de quiénes eran considerados filósofos y de cuáles eran las tareas propiamente filosóficas. Esos sujetos y esas prácticas configuraron hacia dentro y hacia fuera de “la normalización” los límites entre disciplinas⁴ y los vínculos entre las mujeres y la filosofía. En el marco de la constitución de ese saber como disciplina se le asignaba discursiva y prácticamente un lugar a la mujer hija del patriarcado, a cada mujer escritora, invisibilizando una red de relaciones y prácticas entre mujeres que traficaban ideas (Alvarado, 2016).

La normalización filosófica que sostuvo la ausencia femenina como norma de una praxis netamente masculina y la invisibiliza-

propone una idea de filosofía y de su periodización. Se trata de categorías sociológicas que señalan un modo de organización institucional. Una ideología academicista que será retomada recurrentemente en los panoramas filosóficos argentinos (Ramaglia 2007: 65-69). El mismo panorama que delinea la normalización en la Argentina, lo visualiza en los países hispanoamericanos (Romero, 1957).

3 Al respecto, puede ampliarse a partir de los trabajos de Francesca Gargallo Celentani y Raúl Fornet-Betancourt, así como lo producido a partir de las disputas que tuvieron lugar en los intercambios que desde la década del '90 sostuvieron Horacio Cerutti Gulberg, A. A. Roig, Ofelia Schutte, María del Rayo Ramírez Fierro y Aralia López (Cfr. Fornet-Betancourt, 2009, Gargallo, 2004).

4 De aquí en adelante comenzarán a delimitarse los bordes entre filosofía, historia y literatura que conforman el campo de lo que ha sido conocido como filosofía argentina y filosofía latinoamericana, así como de las historias de estas filosofías y su constitución epistémica respecto de la filosofía occidental y mundial. Pero además las perspectivas en las que la historia de la filosofía es ya una filosofía y la filosofía un filosofar.

ción de mujeres que esa normalidad supuso, constituyó más que un olvido respecto de “lo femenino” y del lugar de las cuerpos, de las voces, de los rostros que esas mujeres dejaron ver e hicieron aparecer intersticialmente.

Se trata de una valoración falocentrada que se extiende en la periodización de la filosofía iberoamericana en el siglo XX propuesta por Francisco Miró Quesada (Miró Quesada, 1974:11-ss.). Es decir, en la “generación de los forjadores”, la que sigue inmediatamente a los “patriarcas”, la filosofía fue un asunto de varones.

Al parecer de Quesada y de Romero ninguna mujer tuvo un lugar con perfil propio entre los que fundaron y forjaron la filosofía latinoamericana. Más aún, quienes iniciaron su labor creativa entre 1940 y 1950, la tercera generación –Arturo Ardao (1912-2000), el mismo Quesada (1918), Arturo Andrés Roig (1922), Luis Villoro (1922) y Leopoldo Zea (1912-2004)-, llevaron a cabo, según estiman, una obra de varones con el agravante de que las mujeres no sólo no fueron tema ni problema filosófico a considerar (Fornet-Betancourt, 2009:46-ss.) sino que además no habían sido sujeto de (re)conocimiento como interlocutora válida desde donde legitimar el discurso andrógono –tesis que cae por sí misma si se atiende al epistolario⁵ que Francisco Romero intercambió con mujeres que adhirieron a la norma para sostener el discurso de quienes las silenciaron e invisibilizaron-.

“Normalidad filosófica” es la terminología acuñada por Romero para referirse al ejercicio de la Filosofía en el marco de lo que hasta ese momento los europeos entendían como tal. Los elementos desde donde construye la categoría de “normalidad filosófica” para referirse a la constitución de un *campus* disciplinar autosustentado, autoreflexivo y autónomo, instalaron la creencia que sostiene que ninguna mujer habría participado en la superación del autodidactismo, en la edición de escritos de autores varones, en la traducción de textos que

5 El epistolario ha sido rescatado mediante subsidio de CONICET, PIP n° 112-200801-00620 por el trienio 2009-2011: “Francisco Romero y su epistolario (1936-1962)”. El Proyecto de investigación acreditado ante la Secretaría de Ciencia, Técnica y Posgrado de la UNCuyo (bienio 2009-2011) “Redes epistolares en América Latina: Francisco Romero, la constitución de la filosofía como disciplina y la historia de las ideas”. En dichos proyectos me fue posible indagar la vasta red epistolar que algunas mujeres escritoras anudaron alrededor de Francisco Romero. La construcción de redes entre varones intelectuales abocadas al “americanismo filosófico”, es decir, a la filosofía iberoamericana que la escritura andariega de Romero anuda epistolariamente puede consultarse en el trabajo de Marcela Aranda publicado como “Francisco Romero: América en el diálogo epistolar” (2012). Las notas apuntadas a partir del intercambio con mujeres fueron publicadas en detalle en “La ausencia femenina en la normalización de la filosofía argentina. Notas al epistolario de Francisco Romero.” (Alvarado, 2014).

respondían a la noción de textos filosóficos, en el magisterio desde la cátedra de filosofía, en la producción de textos filosóficos, en el contacto entre especialistas de la región, en la producción del *canon* ni en el *canon*. Los intersticios visibilizados por el epistolario hacen de esta creencia una ilusión.

La “ausencia” de las mujeres tanto en los procesos de creación como de institucionalización de la filosofía fue concebida como regla de la normalidad filosófica. Una ausencia normalizada, normada y normalizadora ajena a los modos en los que las mujeres parían sus puntos de vista (Cfr Alvarado, 2016b).

La autorización del sujeto que produce conocimiento y el modo de intervención de las mujeres en la filosofía fueron tema en el pensamiento romeriano hacia la década del cuarenta⁶. Las mujeres estaban presentes aunque silenciadas. Aparecieron como tema de los hombres para las mujeres, manteniendo la discriminación sexista que fomentaba la educación. El patriarcado dijo qué mujer necesitaba, entonces educaron algunas mujeres para sostener las estructuras elementales de la domesticación que les daba razón de ser y el *canon* que las silenciaba. Se trataba de la mujer como complemento del orden varonil, esto es, una educación para ellas a partir de la cual ellas cumplían las expectativas, los usos y oficios asignados por el patriarcado (Cfr. Alvarado, 2010).

2. IDENTIDAD LATINOAMERICANA Y EXPERIENCIA DE MUJERES

En su *Qué es la filosofía* (1961) Francisco Romero distingue entre saberes para diferenciar entre culturas.

Hay dos clases de saber: el ingenuo (o vulgar o espontáneo) y el crítico (o reflexivo). Todo el saber del hombre de las culturas primitivas entra en la primera de estas dos clases. Trataremos de caracterizar ambos tipos de saber tal como se da en las culturas superiores. (Romero, 1961: 8)

El saber común, ingenuo, vulgar o espontáneo es el común a cada hombre, dirá, se trata de ese saber indispensable para la vida; aquel

6 Parte de nuestra investigación destina hojas a “La mujer y la filosofía”, una conferencia dictada por Francisco Romero entre 1945-46 y, publicada en 1997, como texto inédito con una presentación de Juan Carlos Torchia Estrada en la revista *Cuyo*. Allí Juan Carlos nos anoticia de un breve *corpus* que, hacia la década del ‘40, Francisco Romero destinó a “la mujer ‘en’ la filosofía”. Dos escritos de Romero formaron parte de ese corpus: un artículo de 1946 sobre el filósofo alemán que adhirió al Partido Nacional Socialista de Adolf Hitler, Ernst Bergmann (Colditz, Naumburg, 1881-1945) y, otro de 1947, sobre el filósofo austriaco Otto Weininger (Viena, 1880- 1903), considerado por la crítica académica como misógino y antisemita y cuya obra fue valorada como de alto vuelo espiritual por Ludwing Wittgenstein.

saber por el que se ordenan nuestros comportamientos; un tipo de saber al uso;

un vastísimo depósito de experiencias, la mayoría de ellas provenientes de la tradición, del contorno humano, masa que cada uno selecciona, organiza a su modo y complementa con su experiencia (1961: 8).

De este modo, Romero instala no sólo la conocida distinción entre conocimiento intelectual y conocimiento sensible y las fuentes de lo fiable y de lo dudable sino además las fuentes del error y la verdad. Algunos saberes se organizan por sedimentación otros arquitectónicamente; el ingenuo -espontáneo y efímero- vago e inseguro por acumulación; el crítico -planificado y perdurable- por comprobaciones, contrastaciones y validez. La actividad cognitiva nada tiene que ver con los deseos, la imaginación o los sentimientos, no es cosa de mujeres; vale en la medida en la que esté descorporizada, asexuada, ubicada en un no-lugar, sin color de piel ni clase, hablante de una lengua universal, es decir, no afectada por la vida misma, la lengua del *logos*.

En todo pensamiento primitivo proliferan los mitos, que proporcionan explicaciones arbitrarias -aunque con profundo sentido muchas veces- de la naturaleza, origen y destino del hombre y del universo, y también las concepciones mágicas, que presuponen misteriosas y ocultas relaciones entre las cosas, y pretenden aprovecharlas mediante ritos, fórmulas o claves que incidan en ellas y sean capaces de lograr efectos maravillosos. (Romero, 1961: 7)

Este dualismo entre el saber ingenuo y el reflexivo es la matriz que clasifica y pondera entre conocimiento sensible (*eikasía/pistis*) e intelectual (*dianoia*), entre experiencia y pensamiento, entre teoría y práctica, que degrada y subestima al cuerpo, los deseos, los afectos, la imaginación. La descalificación que se opera en el texto de Romero para justificar epistémicamente el lugar de la filosofía en relación a otros saberes indispensables para la vida es propia de la época y responde a la matriz iberoamericana, es decir, colonial, moderna, patriarcal, logocentrada.

El encuentro entre feminismo y epistemología hace puente entre lo que nosotras conocemos como activismo y academia, un espacio-tiempo entre el compromiso político y la producción discursiva. Desde ese cruce en el camino es posible articular preguntas que de otro modo no tendrían lugar. La que conoce es alguien que se encuentra en una situación concreta y desde esa posición de sujeta pregunta con "*a view from somebody*". Esas preguntas se articulan desde la experiencia de cada una y por la experiencia de mujeres, desde un saber afecta-

do que nada tiene que ver ni quiere tener que ver con la universalidad, la abstracción, la neutralidad, la eficiencia y la eficacia propias del “a view from nowhere” patrimonio de cuerpos desmarcados que institucionalizan una lista de autores y obras como *canon* consagrado y, por lo tanto, transmisible.

Cierto saber común a algunas ha sido construido sobre la base de los cuerpos que habitan “vidas ordinarias” (Alvarado, 2016). La elaboración de ese conocimiento sobre nuestras vidas articula un saber especializado aunque no sistematizado -epistemologías feministas-difuminado en prácticas teóricas como narrativas, ensayos, testimonios, (auto)biografías, relatos de viaje (Richard, 2001). Ambas formas de saber aunque no siempre se implican no son excluyentes, del mismo modo en que academia y activismo tampoco. Allí, radica para nosotras la particularidad de la producción discursiva de las mujeres que supera la pretendida neutralidad y objetividad del saber científico al que la filosofía argentina en los términos romerianos adosa la ausencia de los discursos de mujeres como normalidad filosófica.

Este viraje propio de la filosofía feminista (Bach, 2010) que acopla experiencia de mujeres y conocimiento compartido en comunidad -dimensiones del saber negadas por epistemologías tradicionales- ha trastocado los órdenes de los saberes, interrumpido el monólogo falocentrado, des-centrado al sujeto de conocimiento -varón, blanco, heteronormado, privilegiado económicamente-, y parido formas y géneros de escritura abortadas por la filosofía institucionalizada. Reconocer que las mujeres también podemos escribir lo que pensamos sobre lo que conocemos e intervenir los discursos científicos como filosóficos implica visibilizar que la producción discursiva es sexuada y que el *standpoint* es un lugar desde donde se produce conocimiento situado y en contexto. Esa situacionalidad del conocimiento puede estar animada por el amor. Esa *loving perception* (Longino, 2010) o *love perspective* anuda de otro modo los vínculos entre las sujeto de conocimiento, las relaciones con aquellas y entre quienes (se) conoce. Nuestras cuerpos situadas no pueden separarse de aquello/as por lo/as que preguntamos.

Hacer audibles las voces de mujeres articuladas en Nuestra América nos permite restituir un *locus* de enunciación colectivo -atentas a sus condiciones de producción, de tránsito, tráfico y sentires- que invierte la lógica de la (re)producción y circulación de los discursos de identidad latinoamericanos, (des)articulando el *canon* y abriendo otros canales.

La normalidad filosófica en la Argentina, parte de la producción de pensamiento latinoamericano, ha dado cuenta de un *corpus* de ensayos de identidad falocentrado, efecto de urgentes y emergentes

interpelaciones, impugnaciones, sospechas y denuncias subalternas⁷. Estos ensayos de identidad (Pratt, 2000: 74) nombran los escritos de varones latinoamericanos que han circulado en los últimos 150 años -Sarmiento, Rodó, Vasconcelos, Mariátegui, Retamar- quienes quisieron vérselas con la identidad latinoamericana como problema. Las mujeres escritoras no encontraron allí su lugar, puesto que la identidad latinoamericana sitúa la pregunta a un Nosotros construido por el discurso del varón, blanco, burgués, heterosexual que niega a las mujeres pero también a los no-blancos y no-occidentales. Pese al restringido lugar que ellas y aquellos pudieron habitar, algunas pudieron legitimar su posición como sujetas de conocimiento desde la experiencia de mujeres. Con ellas es posible visibilizar un proyecto ensayístico, el ensayo de género (Pratt, 2000: 76). Anudamos en el pensamiento latinoamericano, entre los discursos de identidad y la emergencia de los ensayos de género, discursos indigenistas/indianistas/andinos; interculturales; discursos de mujeres; discursos liberacionistas con los que operamos un andamiaje teórico conceptual para la deconstrucción de la matriz moderna-colonial-patriarcal-occidental de construcción del saber, el género, la clase y la sexualidad (Alvarado, 2016).

3. ENTRE EL CANON Y LAS COMUNIDADES ACADÉMICAS

La filosofía ha sido la historia de la filosofía de occidente; tal que la filosofía argentina puede contarse como la historia de la misoginia. Sin embargo, el *canon* filosófico no es la historia de la filosofía aunque pudo hacerse eco de aquel epistemicidio que supuso la ausencia de los discursos de mujeres como normalidad filosófica.

El *canon* filosófico es finito y variable, de ningún modo eterno e inmutable; mucho más estrecho que una historia de la filosofía y seguramente más angosto que la filosofía de occidente, sin embargo es la maquinaria que introduce los parámetros y criterios de exclusión y/o consideración, de reconocimiento, legitimación y prestigio. Esa maquinaria -sostenida por prácticas concretas y acuerdos implícitos- se institucionaliza en el currículo de pre-grado, en carreras de grado y programas de posgrado, en el número de cursos, en tesis de graduación, en proyectos de investigación, en cátedras concursadas y cargos ofrecidos, en movilidad académica de especialistas formados para dirigir tesis, en cursos y seminarios de verano presenciales u *online*, en la aprobación de informes de investigación, en los subsi-

7 Insisto en esta conjetura de trabajo. Los ensayos de identidad propios del pensamiento latinoamericano son efectos y no causa de las interrupciones de mujeres de Nuestra América. Con esta conjetura las relaciones entre monólogo e interrupciones se subvierten.

dios destinados a temáticas prioritarias por agencias internacionales y consejos nacionales, con los instrumentos evaluadores que en áreas y sub-áreas del saber circunscriben un tema a un campo jerarquizando entre disciplinas, como lo hiciera Romero con respecto a los saberes. Esta maquinaria distribuye lugares a saberes, haceres y sujetos: el lugar de la filosofía latinoamericana aquí en el Sur, de la filosofía argentina en la carrera de filosofía, el lugar de los discursos de mujeres en la filosofía de occidente, la experiencia de las mujeres en la normalización filosófica, los decires, quehaceres y sentires de mujeres entre y con mujeres activistas-académicas. Esta distribución efecto de la maquinaria institucionalizada está animada por tradiciones, legados y herencias puesto que entre prácticas y acuerdos las hay gentes que leen, escriben, publican, compilan, indagan, evalúan. Gentes con autoridad reconocida en la materia -por las instituciones que habitan-determinan los quiénes. Se trata de un círculo legitimado, un grupo de intelectuales que eligen los discursos, seleccionan los textos, agrupan autores que han de ser incluidos en diccionarios, antologías, obras de referencia e historias de la filosofía y dicen qué es lo que hay que leer.

Una cofradía sostiene el cuerpo de opinión que legitima la visibilidad de ciertos nombres. Ese cuerpo de opinión, efectos de los recorridos (des)andados por estas gentes intelectuales -creadores de tradiciones, forjadores, patriarcas, como los llamaba Francisco- aportan los criterios que los mantiene unidos y los parámetros con los que otros forman parte o no del *canon*. La opinión de “tal” tiene peso por su trayectoria, puesto que ha sido discípulo de “aquél”, e incorpora en su programa de estudios esta selección de textos -no aquella otra- en la que se canalizan las indagaciones en el campo de la última década sobre la temática que “tales” están investigando en el proyecto que dirige de acuerdo a una metódica especialmente diseñada para el análisis del discurso. Ese cuerpo de opinión de gentes de autoridad que ponen en movimiento tal maquinaria es conocida como comunidad académica, comunidad de intelectuales, comunidad de científicos. Su continuidad está asegurada -aunque puedan diferir en opiniones- en las prácticas, es decir, en un tipo específico de “ruling relations”. Esas prácticas constituyen la tradición fuente del *canon* patriarcal.

Algunas no hemos sido parte de la comunidad (re)productora del *canon* de la filosofía sino sólo consumidoras del mundo de libros, de referencias cruzadas, de listado de autores que constituyen la base de la cultura humanística y filosófica en la que no hay lugar no sólo para nosotras sino tampoco para los no-occidentales, ni para los/las afrodescendientes, ni para los nativos de Nuestra América. Pues como ya lo dijo Francisco Romero, el siglo pasado, la perspectiva de ellos, los otros, es vaga, imprecisa, errónea, no es

conocimiento, apenas cosmovisiones y no filosofía. Tres veces negadas, nosotras: como mujeres, como escritoras, como intelectuales. Como objeto y sujetas del conocimiento, como parte del *canon* y como productoras del mismo.

Encontrar otros caminos, seguir otras huellas motivadas por intereses otros lleva no sólo a correr(se) (d)el *canon* y de los procesos de canonización sino a visibilizar el lugar de enunciación. Para nosotras que no hemos estado allí, consumidoras del *canon* patriarcal, quizá, quepa preguntarnos en qué medida aspiramos a ampliar el *canon*, a intervenirlo, a (des)centrarlo o a subvertirlo. Más aún, cuál podría ser nuestro nivel de injerencia en la transformación de las prácticas que dan continuidad al *canon* que no nos hace espacio o, de otro modo, cuáles son las prácticas con las que configuramos un *canon* otro, un *contra-canon*⁸ desde y con las experiencias de mujeres.

4. EL NOMADEAR DE IDEAS REBELDES Y QUEHACERES BATALLANTES

Clorinda Matto de Turner disertaba sobre la presencia y la ausencia de las obreras del pensamiento⁹. Ausentes, excluidas y olvidadas entre varones; presentes, incluidas y visibilizadas entre mujeres. Una cartografía de la profesionalización de las mujeres como escritoras, que coloca como protagonistas a periodistas, poetas, narradoras, dramaturgas en América Latina en la segunda mitad del siglo XIX.

Atender a las “obreras del pensamiento” implica reconocer una tradición ensayística de algunas como propia. Una tarea que suspende el consumo y se entrega a la búsqueda y recopilación de materiales para la invención de un cuerpo, lo cual nos lleva a (re)pensar el *canon* desde la experiencia entre mujeres y a (re)situar la pregunta por el *locus* de algunas de nosotras entre los discursos de identidad y los ensayos de género, entre el pensamiento latinoamericano y el feminismo poscolonial.

8 Las antologías son los grandes mapas del *canon*. El pensamiento latinoamericano está tomado por nombres conocidos Bello, Echeverría, Sarmiento, Hostos, Martí, Rodó, Vasconcelos, Mariátegui, Ureña, Retamar, Martínez Estrada, Reyes, Zea. Basta una breve revisión de las bibliotecas para cotejar nombres y periodizaciones de los padres fundadores, de los patriarcas y advertir lo ausente. La opción es evidente. Francesca Gargallo (2004, 2009) y Yuderkys Espinosa (2014) proponen caminos. Francesca ha sido la coordinadora de *Antología del pensamiento feminista Nuestro Americano. Del anhelo a la emancipación* Yuderkys junto a Diana Gómez Coreal y Farina Ochoa Muñoz lo fueron de *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala*.

9 “Las obreras del pensamiento en la América del Sud” fue publicado en el primer número de *El Búcaro* y, también en 1902, como parte de su libro *Boreales, miniaturas y porcelanas*.

Entre los “testigos de la mujer” que han hablado de la mujer y para la mujer y las “autómatas parlantes”, las hubo “contrabandistas¹⁰” mujeres que, a pesar de la vigilancia epistemológica que las expulsó de la historia occidental, de la historia iberoamericana, de la filosofía argentina, de la comunidad de intelectuales y de la tradición falocentrada, han operado un desplazamiento como parte de la posibilidad de hacer de la experiencia corpórea y local el *locus* de enunciación, la diferencia (Cfr. Alvarado, 2010: 61).

“Obreras del pensamiento” liga con ciertas genealogías que despliegan un modo de hacer manada anudada entre algunas, con las otras de aquellas occidentales blancas del norte incapaces de advertir sus privilegios y de renunciar a las complicidades con el capitalismo patriarcal, racista, neocolonial. Entre ellas, nosotras, algunas intuimos un contra-canon como invención de una cuerpa capaz de ser fecundada por ensayos de mujeres que, en la opción por no reproducir el discurso logocentrado, proponen alternativas que interrumpen el monólogo androcentrado que se niegan en consumir y (re)producir (Cfr. Alvarado, 2016).

Atender al *locus* de enunciación de estas mujeres nos ha permitido visibilizar una red de obreras del pensamiento de fines del siglo XIX y principios del XX que articula compañeras de oficio entre María Trinidad Enriquez, Margarita Práxeres Muñoz, Mercedes Cabellos de Carbonera, Teresa Gonzalez de Faning, Clorinda Matto de Turner, Juana Manuela Gorriti, Carolina Freire de James. En esa trama Juana Manuela, Mercedes y Clorinda configuran un espacio de engendramiento sostenido desde las prácticas y los proyectos que las convocan y contienen. Será la guerra del pacífico la grieta que separará a la red de intelectuales sumergiéndola a las mujeres pensadoras del Sur en una década de silencio que las termina separando de quienes formaron, luego, parte del grupo de Mariátegui: Magda Portal, Ángela Ramos, María Wiese.

En qué radica la diferencia que hace de estas mujeres obreras del pensamiento argentino y peruano inaceptables en el *canon* de la filosofía latinoamericana. La respuesta a esta pregunta implica ya (des) aprender a escribir y abrir políticas de lectura feministas desde una epistemología de la situacionalidad (Alvarado, 2016) puesto que for-

10 Entre las contrabandistas cuentan aquellas mujeres excepcionales que “se separaron del resto del rebaño e invadieron un terreno prohibido”, las “autómatas parlantes” designa a mujeres que han logrado acceder a la ciencia así como a la política, a la religión, a la docencia, por tomar herramientas, patrones, constructos, estrategias, logocentros sin hacer con ellas un uso contra-hegemónico. Se trata de mujeres que sostuvieron y, algunas, todavía sostienen, el discurso que habla por ellas y para ellas, el discurso de los testigos sospechosos (Alvarado, 2010: 53)

mular la inquietud es ya optar por mirar de otro modo, es ya abandonar la posición de autómeta, es ya renunciar a ser consumidor/as¹¹.

5. POLÍTICAS DE ESCRITURA FEMINISTA

Un “*canon*” acotado de ensayos de mujeres podría tomar cuerpo en las voces de la cubana Gerturdez Gomez de Avellaneda y su *La mujer* (1960); las argentinas Juana Manso con su *Emancipación moral de la mujer* (1858) y Juana Moreau de Justo con su *El feminismo y la evolución social* (1911) y *El socialismo y la mujer* (1946); las peruanas Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner con *La Influencia de la mujer en la sociedad moderna* (1874) y *Las obreras del pensamiento de América Latina* (1895) publicado en el primer número de *El Búcaro* y luego como parte de su libro *Boreales, miniaturas y porcelanas* (1902); incluiría también *La mujer en la sociedad moderna* (1895) de la colombiana Soledad Acosta Samper y *¿A dónde va la mujer?* (1934) de chilena Amanda Labarca Hubertson.

11 Consumimos el programa que el profesor diseñó para el dictado de la materia, consumimos la selección de textos que incluye el cuadernillo. Nada preguntamos en relación al recorte temporal que periodiza la filosofía moderna, nada decimos en relación al lugar de origen de esa filosofía; de algún modo asociamos filosofía-modernidad-Europa. Nada se nos explica respecto de la selección de autores ni del recorte de las obras, tampoco de los criterios por los que se omite vincular filosofía-modernidad-latinoamérica. Pues, más allá de la reproducción y consumo que impone en la academia una historia de la filosofía y no otra -puesto que dar cuenta de los recortes, las selecciones y omisiones implicaría de suyo hacer filosofía, cierto filosofar comprometido aquí y ahora-, cabe referirnos a los transplantes miméticos al que ya aludíamos con el constructo “autómatas parlantes”. Las hay todavía cada vez que prevalecen referencias para repetir ciertos feminismos generados en otras latitudes. Nombrarlas es ya una opción que para muchas tiene supuestos políticos-epistémicos. Pero no basta con citar a Julia Kristeva, Toril Moi, Hélène Cixous, Judith Butler, Mijail Bajtin, aún prevalecen las referencias a obras de teóricas y teóricos europeos y norteamericanos. La crítica feminista latinoamericana insiste en construir un territorio donde se manifieste la atención exclusiva a escritos en español, sin embargo ha ignorado de manera sistemática manifestaciones, intervenciones, activismos que no se sujetan a los parámetros marcados por el *canon* de la filosofía normalizada blanca, culta, clásica a riesgo de reproducir aquello que denuncia. Las únicas pensadoras tercermundistas que han logrado impactar en el *canon* euronortecentrado lo han logrado en tanto que su posición de sujeto, y los privilegios que tales posiciones demandan, se sostienen en estudios de área o equipos de investigación específicos en academias del norte. Ellas hicieron comunidad de intelectuales a diferencia de las manadas que fuera de la academia resisten la normalización. Una línea de trabajo posible en este sentido sería dar cuenta de la red de ideas y pensares del feminismo hegemónico que nos llegan del norte, aunque también sería posible recorrer los lazos solidarios que propiciaron las manadas sin coordenadas. Del norte nos vienen discursos en lenguas extranjeras a ser traducidos, transformados y consumidos y aquí, las mujeres del sur producen de acuerdo a criterios epistémicos no subsimidos por la academia.

Bordear esta cuerpa impugna la pretensión romeriana, presupuesto del ensayo de identidad del pensamiento latinoamericano -de las instituciones y prácticas misóginas, de las comunidades de intelectuales-, que legitima su canonización. Cuestionar el *canon* es también instalar la pregunta sobre la maquinaria que lo pare; sobre la voluntad de memoria y de olvido que normaliza voces y ecos. Esta cuerpa no responde a la normalización filosófica y da cuenta de genealogías otras, se trata de escritos heterogéneos que se configuraron como crítica, reclamo, denuncia, subversión, demanda, rebeldía y parodia ante la posición de sujeto de la mujer hija del patriarcado. Se originaron como intervenciones orales entre lo público y lo privado, desbordando los límites de lo íntimo. Esta cuerpa visibiliza que la producción discursiva de mujeres de Nuestra América ha tenido lugar de manera paralela a los ensayos de identidad y que ha pretendido intervenirlos cada vez que que ha podido interrumpir el monólogo logocentrado. Ellas escribieron en un espacio que pudieron inventar, un espacio inaugural, sin precedentes, ingresaron al orden de lo escrito desde el periódico aunque en un sistema de convenciones en el que debieron travestirse para hacerse espacio entre los discursos logocentrados o quedar al margen para circular cuerpos y traficar pensares.

El acceso a esa cuerpa no puede configurarse del mismo modo en el que se ha accedido al *canon* de los discursos de identidad. Aunque no existe un paradigma de lectura para nosotras, las preguntas por quién habla, cómo habla y para quién habla tejen lo (no)dicho en el texto como una epistemología de la situacionalidad y la relacionalidad. La perspectiva feminista en las prácticas de lectura tiene un inicio en la visibilización de las ausencias en el *canon*, en los procesos de canonización, en la caracterización de las obras que pudieron satisfacer lo instituido, en la desnaturalización de las omisiones, en la visibilización de la matriz patriarcal pero también en nuestros nombres, en nuestras cuerpas. La producción discursiva está determinada por la posición de la sujeto que conoce y por las formas en las que nos vinculamos en contexto.

Algunas han intentado una (re)lectura de la normalización filosófica buscando allí las representaciones sobre la mujer en los discursos de identidad¹². Aparecen, entonces, escritos de mujeres que

12 Lo cual, acotación al margen, implica ya un (des)centramiento al optar por una filosofía no reconocida en el *canon*. Tanto la del pensamiento latinoamericano como la filosofía argentina no han sido parte de la filosofía occidental. Ensayaba hace algunos años un pensamiento provisional respecto del modo en el que la educación se encamina a la fabricación de un futuro para el que la academia precisa producir sujetos que encarnen su posibilidad y la legitimen. Aquella

leen varones y rechazan imágenes y supuestos; luego, algunas se han encargado de visibilizar las marcas que, en lo que ya ha sido leído, muestran la (in)diferencia de género, entre ellas las hay que escriben sobre los procesos de (in)masculinización de mujeres que escriben, puesto que no toda mujer es escritora feminista o lectora con perspectiva de género. Así, algunas simplemente escriben sometiéndose al poder del texto que leen o bien, tomando el control de la experiencia lectora, (des)formándose. Unas pocas refieren a los procesos de circulación y recepción de los escritos de mujeres de Nuestra América y advierten sobre las editoriales interesadas en publicar, sobre el comentario crítico de textos aparecidos en revistas como reseñas, sobre la visibilidad de un campo “exótico” como los escritos de mujeres del tercer mundo, de lesbianas, o del Sur del Río Bravo. Otras han querido leer las prácticas y advierten sobre los procesos de opresión y exclusión académica institucionalizada, cuántas mujeres ingresan, permanecen y egresan de carreras universitarias, qué carreras son opciones para mujeres, quiénes son titulares en las cátedras y cómo se distribuyen las tareas entre los adjuntos y los JTP, quiénes son directoras de proyectos y cuáles son los campos en los que producen discurso e intervienen prácticas.

Ligar el cuerpo a la escala de lo femenino y la razón a lo masculino legitimó, para algunos, el lugar de la palabra, la escritura, el pensamiento y la acción. Hemos aprendido a leer textos logocentros, las universidades y academias nos lo han enseñado. Nos ha sido posible asumir la crítica hacia los discursos falocéntricos. Sin embargo, la escala de los cuerpos no puede ser sólo entendida exclusivamente desde el género, es preciso (des)aprender a leer para escribir: leer a escala de los cuerpos y escribir a la altura de la experiencia.

exploración crítica me permitía mirar lo que conocemos académicamente como filosofía: una historia de la filosofía occidental inventada, fundada, sostenida y transmitida desde la lógica de la totalidad. Advertía entonces otro comienzo y otra consumación: la filosofía de la diferencia. Aquella animada de Platón a Hegel por la unidad en el Ser, el Espíritu, la Razón, el Logos. Estas daban vuelta las intenciones cartesianas expresadas en el subjetivismo moderno para arrojar sospecha sobre la capacidad -clara y distinta- de la conciencia. Desde la problemática articulada entre identidad, diferencia y reconocimiento pude pensar los algunos bordes para construir categorías “un colectivo aquí y ahora”, al “otro somos todos y cada uno”, “el lugar en la experiencia”, “sujetos de experiencia y de lenguaje” (Alvarado, 2006: 85-89). Ni una palabra sobre el pensamiento latinoamericano, nada sobre la urgencia de producir pensamientos situados y comprometidos. Nada acerca de nosotras ni de nuestros decires ni quehaceres. Ahora, aquel planteo se corporiza y cobra hondura incluso allí donde el pensamiento ha sido delimitado por coordenadas geopolíticas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarado, M. 2016 “Cociendo pensares a hurtadillas en América del Sur: Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner” en *Millcayac. Revista Digital de Ciencias Sociales*. Vol III, N° 5. pp. 227-244.
- 2016b “Voces del Sur que hacen experiencia de frontera”, *Revista Intersticios de la política y la cultura. Intervenciones latinoamericanas*. Vol. 5, N° 8. pp. 67-75. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/intersticios/article/view/14527>
- 2014 “Mujeres de América Latina: des(re)encuentros, tráfico de ideas y traducción” en *Revista Estudios. Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. Mendoza, qellqasqa, 2014, vol.16, N°1, http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-94902014000100002&script=sci_arttextpp.
- 2014b “La ausencia femenina en la normalización de la filosofía argentina. Notas al espistolario de Francisco Romero” en *RAUDEM. Revista de Estudios de las Mujeres*. Vol 2. pp. 25-40. <http://www2.ual.es/raudem/index.php/Audem/article/view/85>
- 2010 “Contrabandistas entre testigos sospechosos y autómatas parlantes” en *Revista Sul-Americana de Filosofía y Educación*, N° 14, p 53-65. <http://filoesco.unb.br/resafe/numero014/>
- 2006 “Hacia una erótica de la educación”, en Alvarado, M., Arpini, A. y Vignale, S. (Comps.), *Pensamiento y experiencia*, CIIFE. FFyL. UNCuyo, Qellqasqa, Mendoza.
- Aranda, M. 2012 “Francisco Romero: América en el diálogo epistolar” en *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*. V. 29, 2012, p. 35 a 62.
- Bach, A. M. 2014 “Fertilidad de las epistemologías feministas” en *Sapere Aude*. V.5, N° 9, pp. 38-56.
- 2010 *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista* (Buenos Aires: Biblos).
- 2010 “El rescate del conocimiento” en Toledo, M. D. y Garrido, H. B. (eds.) *Temas de mujeres. Revista del Centro de Estudios Históricos Interdisciplinarios sobre la Mujer*, Anuario 6, N° 6, pp. 6-31.
- Amorós, C. 1997 *Tiempo de feminismo* (Madrid: Cátedra).
- 1991 *Hacia una Crítica de la razón patriarcal* (Barcelona: Anthropos).
- Cerutti Guldberg, H.o y Magayón Anaya, M. 2003 *Historia de las Ideas ¿disciplina fenecida?* (Ciudad de México: UCM).

- Espinosa Miñoso, Y. (edit) 2014 *Tejiendo de otro modo: Feminismo, epistemología y apuestas descoloniales en Abya Yala* (Popayán. Editorial Universidad del Cauca).
- Femenía, M. L. 2006 *El género del multiculturalismo* (Bernal: UNCUQUI).
- Fischetti, N.y Alvarado, M. 2015 “Inscripciones feministas: notas críticas sobre la (re)producción del conocimiento” en *Revista Venezolana de estudios de la mujer*, V 20, N° 45. pp. 165-184.
- Fornet-Betancourt, R. 2009 *Mujer y filosofía en el pensamiento iberoamericano. Momentos de una relación difícil*. (Barcelona: Anthropos).
- Gargallo Celentani, F. 2009 “A propósito de un feminismo propiamente nuestroamericano” en *Estudios. Filosofía Práctica e Historia de las Ideas*. Año 10, n° 11. Mendoza.
- Gargallo Celentani, F. 200 *Ideas Feministas Latinoamericanas* (México: Universidad de la Ciudad de México).
- Guardia, S. B. (edit) 2007 *Mujeres que escriben en América Latina. Actas del tercer simposio internacional. Escritura Femenina e Historia en América Latina* (Lima: CEMHAL).
- 2002 *Mujeres peruanas: el otro lado de la historia* (Lima: Minerva).
- Longino, H. 2010 “Feminist Epistemology at Hypatia’s 25th Anniversary”, *Hypatia*, N° 25.
- Olea, C. 1998 *Encuentros, (des)encuentros y búsquedas: el movimiento feminista en América Latina* (Lima: Ediciones Flora Tristán).
- Pucciarelli, E. 1975 “Francisco Romero en la cátedra universitaria” en *Cuadernos de Filosofía*, año XV, N° 22-23 (Bs. As).
- Ramaglia, D. 2007 “Alejandro Korn y la “normalización” de la filosofía” en Jalif De Bertranou Clara Alicia. *Argentina entre el optimismo y el desencanto* (Mendoza: IFAA. FfyL/ UNCuyo).
- Roig, A. 1981 “Empiricidad, circunstancia y estructura axiológica del discurso” en su *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Romero, F. 1997 “La mujer en la filosofía”. *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Mendoza) IFAA. N° 14, pp. 191-210.
- Romero, F. 1953 *Qué es la Filosofía* (Buenos Aires: Editorial Columba).
- Torchia Estrada, J. C. 1981 “Francisco Romero: hacia la filosofía” en *Revista Iberoamericana de Filosofía*, vol XXXI, N° 4 (EEUU: OEA).

Karina Bidaseca

LENGUAS INSURGENTES Y JUSTICIA COGNITIVA

¿ES POSIBLE LIBERARSE DE LA VIOLENCIA EPISTÉMICA DEL DISCURSO ETNOGRÁFICO Y ETNOLÓGICO?

LAS MUJERES DEL SUR son narradoras de sus propias vidas. A pesar de ser (re)escritas por otras mujeres, a menudo bajo lo que llamo “retóricas salvacionistas” y narrativas orientalizadas por Occidente que eliminan todo rastro de contemporaneidad, no deja(rá)n de contarse mutuamente historias. Suele haber mucho más riqueza en las conversaciones con las mujeres que luego, inevitablemente, se pierde en el género de las escrituras etnográficas, por más sensibles que ellas se muestren. La feminista postcolonialista Chandra Tapalde Mohanty capturó ese déficit a partir de su investigación de imágenes que informan casi *obsesivamente* las mismas escenas: mujeres exotizadas con sus senos desnudos, dispuestas en telones naturales de fondo, pobreza y VIH/Sida. Nativismo salvaje y esencialismo se (con)funden en una trama en la que África, América Latina, Oriente, Indonesia... son re-presentadas y atrapadas en la “colonialidad del género” (Segato, 2011) ante el ojo pornográfico -occidental y rapiñador- que decodifica el ars erótico.

Los feminicidios en Ciudad Juárez, en el Pacífico colombiano, o Guatemala, en territorios donde la colonialidad no ha finalizado; en medio de los genocidios, en Ruanda en 1994, o antes aún, durante la subdivisión entre India y Paquistán en 1947, muestran que

los cuerpos de las mujeres son afectados de modo decisivo por la nuevas formas de la expansión capitalista. Un proyecto feminista descolonial anti-colonial, anti-patriarcal y anti-racista enunciado desde el Sur, requiere de una crítica profunda al modo dominante de la política global y a la “colonialidad del saber”. En otras palabras, des-aprender la naturalización del privilegio, edificada en los muros de la universalidad etnocentrista; como la no-renuncia a la búsqueda de las *huellas* -como lugar de enunciación y lengua propia insurgentes- de intensidad suficiente, para ir al encuentro de las estéticas descoloniales. Cuando en las intersecciones de la raza/género/etnia unas mujeres silencian la política de otras mujeres (Crenshaw; Spivak); las *Siluetas* de Ana Mendieta o las lenguas de las poetas afro e indígenas son convocadas en este artículo para asaltar el centro.

Este trabajo se propone reflexionar acerca de la construcción de nuevas lenguas insurgentes en la metodología descolonial en progreso, que afecta a los cuerpos (des)obedientes y a los saberes insurrectos.

REPRESENTAR A LAS COLONIZADAS

En el campo de la antropología la crisis de la representación marcó el desasosiego etnográfico al tiempo que desplegó posibilidades a otros lenguajes de subversión. El tratamiento de la imagen en la literatura de Trinh T. Minh-ha en su narración visual sobre mundos no occidentales, es parte de estos nuevos tiempos. Vietnamita, feminista, teórica, etnógrafa, artista experimental, poeta. Su primer libro “Un Art sans Ouvre” (1981) desafía esos límites al intersectar Jacques Derrida, Antonin Artaud con textos del budismo Zen. El libro “Women, Native, Others” (1989), la convirtió en referente indudable del post-colonialismo y el feminismo.

Sus filmes etnográficos son *Reassemblage: From the Firelight to the Screen* (1983) y *Naked Spaces: Living is Round* (1985). *Reassemblage* se sumerge en las vidas de las aldeas de Senegal, *Naked Spaces* en la de seis países de África de Oeste. Contrapone una narración no-lineal, incompleta, con un lenguaje poético que deja deslizar la posibilidad de otra forma de hacer cine.

“El observador ansioso recoge muestras y no tiene tiempo para reflexionar sobre los medios utilizados,” explica Trinh T. Minh-ha en sus comentarios a *Reassemblage* (1982). Al cuestionar las diferencias étnicas, raciales, nacionales, sexuales, Trinh T. Minh-ha acuña el binomio otro/as inapropiados/bles desarrollado por Donna Haraway:

Ser un “otro inapropiado/ble” significa estar en una relación crítica y deconstructiva en una (racio)nalidad difractaria más que refractaria,

como formas de establecer conexiones potentes que exceden la dominación" (...) No ser postmoderno, sino insistir en lo amoderno. Según la autora, Trinh busca una forma de representar la "diferencia" como "diferencia crítica interna", y no como marcas especiales taxonómicas que asientan la diferencia al modo del apartheid. (Haraway, 1999:126).

Asimismo, se despliega en Minh-ha una forma de escritura que intenta resolver la violencia epistémica de la etnografía. La idea del lenguaje como un campo minado para la mujer, el lenguaje como esa gran ballena que la mujer debe acercarse a su propia costa. Trinh Minh-Ha (1989) lo expresa bien. La mujer batalla con dos representaciones lingüísticas del yo: un "Yo" con mayúsculas (el sujeto maestro, el depósito de la tradición cultural) y un "yo" con minúsculas (el sujeto personal con una raza y un género específico) (6). El proceso de la escritura representa un acto de violencia: para escribir "con claridad" es necesario podar, eliminar, purificar, moldear este yo con minúsculas, adecuarlo a una tradición, localizarlo (17). La mujer necesita "lograr una distancia" que no es sino una forma de alienarse, de adaptar la voz que ha robado o tomado prestada, pero sobre todo internalizar el lenguaje del sujeto maestro (27). Minh-Ha propone, por el contrario, un mapa de relaciones enunciativas donde el lenguaje refleje las paradojas, multiplique y subvierta la noción de un "yo" original que las tradiciones culturales de género buscan fijar (22) (mi traducción).

MUJERES NEGRAS: PENSAMIENTO Y PRAXIS

En Cuba,

En fecha tan temprana como 1888, dos años después de la abolición de la esclavitud, las negras y mulatas, desde las páginas de Minerva fueron capaces de articular un discurso completamente diferente al de las mujeres blancas. Abordaron en sus textos temas tales como la reivindicación de su identidad y de su africanía, la experiencia de la esclavitud, el orgullo racial y la exhortación a la superación cultural. Ellas se expresaron con una clara concepción de género, raza y clase. Esto puede considerarse el antecedente del afrofeminismo entre nosotras —surgido en la década de 1970 en los Estados Unidos, Latinoamérica y el Caribe— (Inés María Martiatu, citado por Castillo y Terry, 2011: 3).

El libro *Afrocubanas. Historia, pensamiento y prácticas culturales* compilado por Daisy Ribera Castillo e Inés María Martiatu Terry (2011) es una contribución muy importante, ante el vacío de estudios sobre género y mujeres afrocubanas. Las autoras muestran cómo el estereotipo de la mujer negra ha sido construido negativamente en todos los tiempos, limitando su presencia a un rol sexual.

Para las mujeres esclavas, las formas de coerción se dirimían en la sexualidad colonizada por el amo blanco. Abusos sexuales, mutilaciones, y la violación eran la expresión de las políticas de control como trabajadoras en una economía esclavista (Davis, 1983: 7).

En la sociedad colonial, el color de las personas, el esquema epidérmico fanoniano, era signo de esclavitud o libertad. Se imponía de este modo el blanqueamiento y, en el extremo, la autoaversión racial. Así abre el Epílogo de su novela *Ojos azules* la escritora Toni Morrison¹ sobre la vida de Pécola, el miembro más vulnerable, una niña, en quien había echado raíces la demonización de una raza.

Acabábamos de ingresar en la escuela elemental. Ella dijo que quería unos ojos azules. Yo desvié la mirada para imaginarla con aquellos ojos y me repelió violentamente lo que imaginé que sería su aspecto si el deseo se cumplía (...) Implícita en su deseo estaba la autoaversión racial. Y veinte años después yo me preguntaba todavía cómo se aprende semejante cosa. ¿Quién se la había inculcado? ¿Quién le había hecho creer que era mejor ser una monstruosidad que lo que era? ¿Quién la había mirado y la había encontrado tan deficiente, tan insignificante en la escala de la belleza? (Morrison, 2001: 256).

Todo ello explica en parte, según Castillo y Terry (2011), por qué la mujer afrocubana ha sido mantenida en un plano de subalternidad. La ciudad letrada estaba integrada por hombres blancos, propietarios, heterosexuales e ilustrados. Ello no impidió que las mujeres negras y mestizas emprendieran la defensa de sus derechos a través de la revista *Minerva. Revista quincenal dedicada a la mujer de color* (1888-1889). O bien, librando complejas batallas judiciales en la Cuba del siglo XIX, con el fin de evitar la disgregación familiar o reclamando el derecho a la coartación que le permitió a algunas esclavas librarse de sus amos con la entrega de un dinero cuyo precio había sido prefijado. Las autoras consideran a estas mujeres como precursoras de las luchas feministas en el Caribe.

AIN'T I A WOMAN? RAZA/COLONIALIDAD/SEXO/GÉNERO

Con el gesto simbólico de revelar su seno para dar pruebas de su sexo, en uno de los primeros congresos sobre los derechos de la mujer a

1 Toni Morrison nació en Lorain, Ohio, en 1931. Sus novelas tematizan la cuestión negra en los Estados Unidos, especialmente de las mujeres. Publicó *Beloved* en 1987, con la cual obtuvo el Premio Pulitzer en 1988 y en 1993, el Premio Nobel de Literatura. Otras novelas conocidas son: *Ojos azules* (1970), *Sula* (1973), *La canción de Salomón* (1978), *La isla de los caballeros* (1981), *Amor* (2004), entre otros. La edición que cito, es la que corresponde a la traducción de Iris Menéndez, 2004.

mediados del siglo XIX, Sejourner Truth va a proclamar: *Ain't I a woman?* —¿No soy una mujer?— y de ese modo reclamar a las feministas blancas la omisión de la luchas de las mujeres negras. Temprana ha sido esta crítica, renovada desde hace un tiempo, en que las mujeres vivimos el fin de un sueño de opresión en común.

Las marcas de la colonialidad se visibilizan en los lugares que continúan ocupando las mujeres color café en los espacios laborales que, como herencia colonial, ofrece la *división racial del trabajo* (Quijano, 2000): el servicio doméstico, el comportamiento colonial de la sexualidad y el placer.

“Son nuestras hijas las que hacen fila en la Calle 42 —una zona de prostitución en Nueva York—”, confirmaba la feminista afroamericana Audre Lorde, invitada a fines de los años de 1970 a un panel sobre *Lo personal y lo político* en Nueva York. Interpelando a las feministas que estaban allí, profundizó la crítica al racismo posible de ser leído en el discurso del feminismo blanco:

Si la teoría blanca americana no tiene que tratar con la diferencia entre nosotras, ni con las diferencias que resultan en los aspectos de nuestras opresiones, entonces ¿qué hacen ustedes con el hecho de que las mujeres que limpian sus casas y cuidan sus hijos mientras que ustedes asisten a conferencias sobre la teoría feminista son, en su mayoría, pobres, y mujeres tercermundistas? ¿Cuál es la teoría tras el feminismo racista?” (Lorde 1988: 91).

El feminismo, como movimiento de emancipación femenina que lucha por la igualdad de los géneros, representó para las mujeres una revolución íntima de consecuencias infinitas. Sus orígenes puedan ubicarse junto a la tradición ilustrada liberal en las ideas de libertad e igualdad, en la crítica de mujeres notables como Olympe de Gouges, quien en su conocida *Declaración de los Derechos de la Mujer* (1791), viene a cuestionar el estatus de la igualdad proclamada por la Revolución Francesa. O Sojourner Truth (1797?-1883) y Harriet Tubman (1820?-1913), mujeres abolicionistas nacidas en los EE.UU, que sientan las bases del llamado *feminismo de color* de fines de los años 70. Las luchas de mujeres tercermundistas de 1960 van a actuar sobre el imaginario simbólico de esas mujeres *otras* del feminismo blanco, quienes cuestionarán el feminismo hegemónico que ignoraba las diversas divisiones raciales, de clase, nacionales, etc. al interior de la categoría homogénea *mujer*.

Esta puente, mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos (1988) editado por las feministas chicanas posee un espíritu poético radical. Basado en *El poema de la puente* de la poeta afroamericana Kate Rushin, del cual cito sólo su comienzo:

*Estoy harta,
Enferma de ver y tocar
Ambos lados de las cosas
Enferma de ser la condenada puente de todos.*

*Nadie
Se puede hablar
Sin mí
¿No es cierto? ...
(Moraga y Castillo, 1988: 1)*

El término *mujeres de color* que identifica a las mujeres de ascendencia asiática, latinoamericana, indígena norteamericana y africana, los grupos más numerosos de gente de color en EE.UU, reunía a muchas de las integrantes del movimiento por los derechos civiles y habían participado en las luchas nacionalistas contra el colonialismo del *Tercer Mundo*. La génesis del feminismo negro contemporáneo, localiza sus orígenes en la realidad histórica de las mujeres afroamericanas ubicadas en dos castas oprimidas —la racial y la sexual—y su cuestionamiento al sistema de representación política.

El movimiento de mujeres feministas negras —entre cuyas representantes destacadas se encuentran: Audre Lorde, Ángela Davis, Bell Hooks, Pat Parker, Barbara Christian— denuncia el racismo y elitismo del feminismo blanco de la llamada *segunda ola* y la ausencia de tratamiento del clasismo, sexismo y racismo como experiencias superpuestas.

Muchas de ellas, feministas y no feministas negras, han vivido la opresión sexual en sus relaciones cotidianas:

Como niñas nos fijamos que éramos distintas de los muchachos y que nos trataban distinto. Por ejemplo, al mismo tiempo que nos hacían callar para que nos viéramos como damas y para hacernos más admisibles en los ojos de la gente blanca. Mientras que crecíamos nos dimos cuenta de la amenaza de abuso físico y sexual de parte de los hombres. A pesar de todo, no teníamos ninguna manera de conceptualizar lo que era tan obvio para nosotras, que *sabíamos* lo que en realidad sucedía (Morraga y Castillo, 1988:174).

Como mencioné, las luchas de las mujeres negras fue permanente contra los clichés de: la niñera, la puta, la jota, en los que se intersectaban simultáneamente la política de raza, sexual y clasista (“Declaración de la Colectiva del Río Combahee, 1977). La política antirracista y antisexista que las unió al comienzo luego se conjugó con el heterosexismo y la explotación económica del capitalismo cuando estaban más maduras en la concientización de su condición subalterna.

Si de algo eran conscientes que desde su posición como mujeres negras -quienes ostentan “el estatus social más bajo que cualquier otro grupo social por su triple opresión sexista, racista y clasista *sin otro* institucionalizado al que puedan discriminar, explotar, u oprimir” (Hooks, 2004: 49), la posición del varón negro, quedaría igualada a la de las mujeres blancas, en tanto *ambos* pueden, como explica la autora, actuar como oprimidos y opresores: “El sexismo de los hombres negros ha socavado las luchas por erradicar el racismo del mismo modo que el racismo de las mujeres blancas ha socavado las luchas feministas.” (Hooks, 2004: 49).

Históricamente para las organizaciones lideradas por hombres negros, el feminismo significaba restar fuerzas al movimiento de liberación. ¿Han olvidado que Harriet Tubman (1820?-1913), una mujer esclava fugitiva, abolicionista, salvó a más de 300 hombres de la esclavitud? Mientras las satisfacciones de las demandas de género para las mujeres negras, debían esperar a que la revolución sucediese... la *Declaración feminista negra de la Colectiva Río Combahee* nombrada así misma en honor a Tubman, fundó las bases del feminismo negro.

Según narran, en 1974 comienza el trabajo político aunque aún no en forma colectiva, en el campo de la salud reproductiva: abuso de la esterilización, aborto, refugio para mujeres negras golpeadas, violación. Luego debieron afrontar la división entre lesbianas y heterosexuales, que eran también a su entender diferencias políticas y clasistas. En 1976, explican, deciden conformarse como un grupo de estudios proyectando en la escritura feminista negra una publicación que llegara a otras mujeres negras.

RESISTENCIAS: LA INTERSECCIONALIDAD EN DISCUSIÓN

La socióloga afroamericana Patricia Hill Collins (2000), en su libro *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and the Politics of Empowerment*, publicado originalmente en 1990, analizó la obra de tres de las más prestigiosas feministas representantes del *pensamiento negro*: Angela Davis, Alice Walker y Audre Lorde.

En una conferencia ofrecida por María Lugones (2013) en la universidad afirmó lo siguiente:

[...] tanto para Collins, una mujer sola puede resistir “la resistencia proviene de la participación alternativa de una comunidad que es anti-capitalista, antirracista, antisexista, una comunidad que tiene un sistema de valores distintos. La resistencia de la mujer negra para confrontar esta dominación se da en términos interseccionales, sin embargo sus experiencias son distintas y ellas son distintas unas de las otras en cómo responden. La matriz de dominación de un sociedad se encuentra ordenada por intersecciones y esos dominios corresponden con lo

económico, político e ideológico. Esos ejes se intersectan de modo que no se pueden pensar los ejes de lxs mujeres negras en los mismos términos que las de mujeres medievales, bajo el feudalismo. Sin esos ejes de intersección entre raza y género no es la misma dominación. De modo que hay que comprender la construcción del estereotipo de la mujer negra en torno de su hipersexualidad y su forma de resistir esa matriz de dominación² (Lugones, 2013).

El uso del *standpoint* que hace Patricia Hill Collins es el punto de vista del grupo, y el grupo mismo es heterogéneo en una realidad que está afectada en esos dos dominios de opresión que son el género y la raza. La resistencia es para ella necesariamente dialógica. Lugones cree que en el caso de las mujeres negras como de otra gente de color, hay una comunidad alternativa. Y ese diálogo es formal e informal, mantenido por mujeres que están situadas de manera distinta, activistas en la práctica cultural como también, mujeres intelectuales. Estas últimas no pueden resignar su rol de activistas, de lo contrario pues, su voz en ese diálogo no estará incluida.

Según Lugones (2013), la idea de interseccionalidad es importante pero no define la liberación o la resistencia, sino que es simplemente definitoria de la situación, podríamos decir, meramente descriptiva.

[...] en mi caso yo pienso en la posibilidad de actividad, de una agencia tal vez mínima pero importante solamente si la persona es impura, es decir, no es alguien que valora la homogeneidad ni la pureza en sí misma ni lo que construye lo social, sino es alguien donde raza y género están fusionadas pero en esa fusión ellas siguen siendo oprimidas: hay una correlación resistiendo. Yo veo que en Hill Collins es como un ser pre-social. Para mí la mujer es social; ese sujeto cuando está siendo oprimido resiste, no hay (un) resistiendo sin ser siendo oprimida y viceversa, yo lo pongo en el gerundio (Lugones, 2103).

La política de la interseccionalidad de raza, clase, género y sexualidad, presente ya en otra afroamericana, Kimberlé Williams Crenshaw (1995), puede encontrarse en el texto titulado: *Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence Against Women of Color*. En el caso de Crenshaw la ausencia de la mujer negra de la ley define un mecanismo de borradura. La interseccionalidad revela *lo que no se ve* cuando categorías como género y raza se conceptualizan como separadas unas de otras.

2 Panel “Mujeres de color: intersecciones de raza/género”, integrado por María Lugones en el Coloquio Internacional “Reconocer las superficies de nuestras hendiduras. Cartografiar el Sur de nuestros Feminismos”, IDAES/UNSAM. Bs As, 15 y 16 de julio, 2013.

Para Lugones, el feminismo de color pone en tensión las categorías *mujer* o las categorías raciales *negro* e *hispano* ya que las mismas homogenizan y seleccionan al dominante como su norma. Por lo tanto, *mujer* selecciona como norma a las hembras burguesas blancas heterosexuales; *negro* selecciona a los machos heterosexuales negros y, así, sucesivamente. Dada la construcción de categorías, el ejercicio de intersección da cuenta que entre *mujer* y *negro* existe un vacío que debería ocupar la *mujer negra*, ya que ni *mujer* ni *negro* la incluyen. La autora evidencia cómo la interseccionalidad muestra lo que se pierde, y plantea la tarea de reconceptualizar la lógica de interseccionalidad para evitar la separación de las categorías dadas. Esto significa que el término “mujer” en sí, no tiene sentido o tiene un sentido racial ya que la lógica categorial ha seleccionado un grupo dominante: mujeres burguesas blancas heterosexuales, y por tanto, como expresa, “ha escondido la brutalización, el abuso, la deshumanización que la colonialidad del género implica” (Lugones, 2008: 25).

Mientras el estudio de Crenshaw, confirma Lugones, es útil para marcar la ausencia, sin embargo no aparece la agencia, en otras palabras, no hay agente para la resistencia. A su vez, “En Hill Collins hay resistencia y también se encuentra la opresión interseccional, pero no hay un sistema de género, y por tanto pareciera que tanto en la mujer blanca como en la mujer negra son algo parecido o tal vez lo mismo, que el mismo sistema o el mismo dominio oprime a las dos y se interseca con otro eje o dominio par producir esta complicación de fuerzas que se afectan mutuamente” (Lugones, 2013).

No olvidemos que, como mencioné en el apartado anterior, para Lugones es importante develar que la modernidad se expresa en dicotomías jerárquicas —Humano- no humano—; en esas dicotomías quienes tienen género son el hombre y la mujer burguesa, la gente africana e indígena no tienen género, lo cual produce, según la autora, complicaciones para el feminismo.

En las referencias de Lugones sobre los textos de viajeros en la Conquista, surge que “la gente indígena y negra no son considerados humanos pero están sexuados, aunque no tienen control sobre su sexualidad. La razón por la cual la mujer es humana es porque reproduce con el hombre la raza y el capital; sino ella tampoco sería humana porque ella no tiene razón (Lugones, 1998). La interseccionalidad de racismo y patriarcado considera las experiencias de las mujeres de color que no han sido representadas ni por los discursos del feminismo ni el antirracismo. Sus experiencias han sido marginalizadas. Y expresa que si *mujer* significa ideológicamente una “persona frágil, sexualmente contenida, relegada a lo doméstico, sin razón y sin rol público y *negro* o *indio* a punta a seres primitivos, no humanos “capa-

ces de gran violencia, sexualmente sin control, con enorme capacidad y resistencia para el trabajo físico, ¿qué quiere decir *mujer indígena*, *mujer negra*? No hay mujeres indígenas ni negras. La frase *mujer indígena* es una contradicción” (Lugones, 1998: 3).

Cuando las feministas, blancas y burguesas, utilizaron el concepto de mujer como universal, sólo entendieron por mujer el significado moderno, capitalista y colonial. Por lo tanto, la interseccionalidad entre las categorías de opresión —raza, género, clase— significa que hay jerarquías entre varones y mujeres, y que algunas mujeres poseen poder económico y cultural. Para Lugones sólo existiría la mujer negra o india si la resistencia a ser negro o indio diera lugar a ser persona, no en el sentido colonial, moderno o capitalista. Pero como el significado es colonial, prima la ausencia.

POÉTICAS CONTRA LAS POLÍTICAS DE SILENCIAMIENTO

Las discusiones e importantes contribuciones que han sido eclipsadas u omitidas en la historia del pensamiento latinoamericano por la *Colonialidad del saber y del género* incluyen las propias críticas a las políticas de silenciamiento de las mujeres y entre mujeres. “Nunca se termina de comprobar comparativamente la magnitud del silencio y la invisibilidad de la mujer al interior de la historia de los oprimidos”, sentencia la pluma de Kirkwood.³

“¿Cuál es la teoría tras el feminismo racista?” se preguntaba Audre Lorde en la década de 1970, denunciando las políticas de la representación del feminismo del Norte (en el sentido de esa gran frontera geopolítica que define arbitrariamente la supremacía de unos (humanos) sobre otros (no-humanos). A partir de un mecanismo de fijación, el estereotipo construye una narrativa y una temporalidad lineal, en las cuales la diversidad de mujeres se envanesce bajo el dominio del Uno, característico de la modernidad/colonialidad. De este modo, las contra-narrativas de las mujeres deben desafiar ser eclipsadas por los discursos del feminismo liberal “blanco”, o bien por parte de los propios movimientos sociales, al ser objeto de re-escritura (clasistas y racistas) por unas, y (sexistas) por los otros.

Esta genealogía latinoamericana alcanza a intelectuales antillanos, como Frantz Fanon, discípulo del *poeta de la negritud* Aimé Césaire quien escribiera “Discurso sobre el colonialismo”. Fanon fue decisivo en el pensamiento de la gran feminista afrobrasileña Lelia González⁴, y dialoga con las obras de las exponentes del feminismo

3 “Encuentro con la historia”, Los nudos en la sabiduría feminista, op. Cit. p. 81

4 En Sudamérica la memoria viva de Lelia González, gran pensadora y activista que dejó un legado muy importante para el feminismo negro en Brasil mantuvo un

negro⁵, así como deja sus huellas en las contribuciones presentes de las escritoras feministas negras caribeñas como Marlene Nourbese Philip⁶. En su ensayo introductorio, “La ausencia de la escritura o como casi me convertí en una espía”(1989), Philip afirma:

Para muchos como yo, negra y mujer, es imperativo que nuestra escritura comience a recrear nuestras historias y nuestros mitos, así como integrar lo más doloroso de las experiencias. Pérdida de nuestra historia y de nuestra palabra. La readquisición del poder para crear el propio imago es vital para este proceso, reafirma para nosotros lo que siempre hemos sabido, incluso en lo más oscuro que todavía están entre nosotros, cuando todo conspiraba para probar lo contrario –que pertenecemos sin duda a la raza de los seres humanos–. (Philip, 1989).

diálogo marcado con las feministas afro estadounidenses. Leila había escrito, junto con el autor argentino radicado en Brasil, Carlos Hasenbalg, un libro titulado “Lugar de negro” (Río de Janeiro, Marco Zeero, 1982). En una sociedad periférica del sistema capitalista, edificada sobre la democracia racial, el “lugar del negro” era componer la gran masa marginal creciente. Para las mujeres negras –las mães pretas, las empleadas domésticas y las mulatas- ese lugar era claro, mucho más frágil. El pensamiento de Leila fue radical, atravesado por el debate sobre la misceginación y la violencia sexual de la esclavitud recuperado, luego por Suelí Carneiro y otras feministas. No dudó en criticar a la izquierda brasilera de los setentas, por reproducir la injusticia racial; al feminismo por no reconocer esa opresión, y al movimiento negro por reproducir la opresión sexual. Para contestar al cientificismo académico, se valió del psicoanálisis y de intelectuales negros como el destacado martiniqués Frantz Fanon. Las marcas del legado fanoniano en el feminismo negro de Brasil permite interpretar el concepto de *amefricanidad* de Leila. En el contexto de la segunda guerra mundial en Brasil y el fin del Estado Novo, florece la rearticulación de diversas organizaciones negreas disueltas por el estado represor, como la Asociación Negra Brasileira (ANB) de 1945.

5 El pensamiento feminista negro contemporáneo, se ubica en la recuperación histórica de Harriet Tubman (1820?-1913), una mujer esclava fugitiva, abolicionista, que salvó a más de 300 hombres de la esclavitud, la realidad histórica de las mujeres afroamericanas ubicadas en dos castas oprimidas –la racial y la sexual- (Colectiva del Río Combahee, 1977), y su cuestionamiento al sistema de representación política. El Movimiento de mujeres feministas negras (entre cuyas representantes destacadas se encuentran Audre Lorde, Angela Davis, Bell Hooks, Pat Parker, Barbara Christian), denuncia el racismo y elitismo del feminismo blanco de la segunda ola y la ausencia de tratamiento del clasismo, sexismo y racismo como experiencias superpuestas. Si de algo eran conscientes que desde su posición como mujeres negras –quienes “ostentan” el estatus social más bajo que cualquier otro grupo social por su triple opresión sexista, racista y clasista “sin “otro” institucionalizado al que puedan discriminar, explotar, u oprimir” (Hooks, 2004: 49)

6 Nacida en el Caribe en Trinidad y Tobago en 1947. Por *She Tries Her Tongue, Her Silence Softly Breaks* recibió el Premio de la Casa de las Américas en 1988 y el reconocimiento internacional. Su prolífica obra incluye además de poemas, ensayos, y obras de teatro: *Coups and Calypsos* (1996); *Harriet’s daughter* (2000); *The redemption of Al Bumen: A morality Play* (1994); *The Streets* (1994).

La autora explica que la historia del pueblo afrodiaspórico es un sitio de “masivas, traumáticas y fatales interrupciones” y que en consecuencia, “escribir sobre lo que sucedió de un modo lógico y lineal es cometer una segunda violencia”.

La *justicia epistémica* se sostiene en una política del conocimiento que pueda descolonizar los campos del saber, los cuerpos, las políticas representacionales del feminismo hegemónico tan cuestionadas por los feminismos negros, fronterizos, de los bordes, descoloniales, decoloniales, comunitarios, de las disidencias sexuales...

Rita Segato en su importante escrito titulado *La norma y el sexo: frente estatal, patriarcado, desposesión, colonialidad* analiza los cambios en la mirada sobre la sexualidad y sobre el significado y el valor dados al acceso sexual en las sociedades pre-intervención colonial y en las sociedades intervenidas por el proceso de colonización. A partir de lo que define como la “escucha etnográfica”, estudia la secuencia de hallazgos que la guiaron en la comprensión de las relaciones entre colonialidad y género, al tiempo que enuncia la posición descolonial de su propia práctica académica. Ello le permite atribuir a la exterioridad colonial / moderna – exterioridad intrínseca a la racionalidad científica, la “exterioridad administradora”, la “exterioridad expurgadora del otro y de la diferencia” – la capacidad objetificadora de la mirada colonial, que es para la autora, simultáneamente administradora y pornográfica.

El cuerpo femenino en su paradójal ausencial/presencia fue interpelado en aquel formato de protesta que es parte de nuestra memoria en movimiento: *¿Dónde está Ana Mendieta?* Nos recuerda que “Dónde está Ana Mendieta?” fue la expresión que convocó a una manifestación de mujeres pertenecientes a la *Women’s Action Coalition* (WAC) y al colectivo de las Guerrilla Girls frente al Museo Guggenheim en la inauguración de la obra de Carl André. En las pancartas que llevaban lxs manifestantes se podía leer: “*Carl Andre está en el Guggenheim. ¿Dónde está Ana Mendieta?*”. Pregunta retórica que denunciaba la escasa presencia de mujeres en los museos y centros de arte. “¿Dónde está Ana Mendieta?” Porque fue hallada muerta. Su cuerpo pulverizado y su obra desvalorizada son, así, recuperados del olvido. Estéticas poscoloniales presentes en las *Siluetas* de Ana Mendieta, la conducen a interrogarse: *¿Pueden nuestras disciplinas agrietar horizontes discursivos de justicia simbólica?*

Un proyecto feminista descolonial anti-colonial, anti-patriarcal y anti-racista enunciado desde el Sur requiere de una crítica profunda al modo dominante de la política global, por medio del cual unas mujeres silencian la política de otras mujeres. Implica una nueva intervención en los textos, una nueva construcción de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Abu-Lughod, L. 1993 *Writing Women's Worlds. Bedouin Stories* (EEUU: University California Press).
- Bidaseca, K. 2016 "¿Dónde está Ana Mendieta? Lo bello y lo efímero como estéticas descoloniales" en Bidaseca, Karina (Coord.) *Genealogías críticas de la colonialidad en América Latina, África, Oriente* (Buenos Aires: CLACSO/IDAES/UNSAM).
- 2013 "Written in racialized bodies. Language, memory and genealogies (post) colonial femicide in Latin America" en *Journal of Latin American Communication Research*, de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC). Vol. 3 (Ohio) pp. 135-135. Disponible en: <http://alaic.org/journal/index.php/jlacr/article/view/84>
- 2015 "Femicide and the Pedagogy of Violence: An Essay on Exile, Coloniality and Nature in Third Feminism" en *Challenges of Life Essays on philosophical and cultural anthropology* (Berlin: Walter de Gruyter GmbH).
- 2011 "Mujeres blancas buscando salvar a las mujeres color café de los hombres color café. O reflexiones sobre desigualdad y colonialismo jurídico desde el feminismo poscolonial" en *Andamios. Revista de Investigación Social* (México: UAM).
- Hooks, B. 2010 "Mujeres negras: dar forma a la teoría feminista" en *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras* (Madrid: Traficantes de sueños: Madrid).
- Kandiyoti, D. 1988 "Bargaining with Patriarchy" en *Gender & Society* Vol2. Nº3, September. Disponible en :<https://books.google.com.ar/books?id=LHGSSgAbwxC&printsec=frontcover&hl=tr#v=onepage&q&f=false> /<https://www.opendemocracy.net/author/deniz-kandiyoti>
- Lugones, M. 2008 "Colonialidad y género. Hacia un feminismo descolonial" en *Género y descolonialidad* (Buenos Aires: Ediciones del Signo).
- Mahmood, S. 2006 "Teoría feminista, agência e sujeito liberatório: algunas reflexões sobre o revivalismo islâmico no Egipto" en *Revista Etnográfica*, vol. X (1). Disponible en: <http://www.scielo.ipeari.mctes.pt/pdf/etn/v10n1/v10n1a07.pdf>
- Mama, A. 2014 "Is It Ethical to Study Africa? Preliminary Thoughts on Scholarship and Freedom" en Santos, B. y Meneses. M.P. *Epistemologías del Sur* (Madrid: Akal).
- Minha-Ha, T. T. 1989 *Woman, Native, Other. Writing Postcoloniality and feminism* (Indiana: Indiana University Press).

- Mohanty, C. 2008 “Bajo los ojos de Occidente: academia feminista y discursos coloniales” en Suárez Navaz, L. Y Hernández, R. A. *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes* (Madrid: Cátedra).
- Nourbese Philip, M. 1977 *A Genealogy of resistance and other essays* (Toronto: Mercury).
- Quijano, A. 2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Lander, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y Ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).
- Segato, R. 2011 “Género y colonialidad. En busca de claves de lectura y de un vocabulario estratégico decolonial” en Bidaseca, K. (Coord.) *Feminismos y (pos)colonialidad. Descolonizando el feminismo en y desde América latina* (Buenos Aires: Godot).
- 2016 “La norma y el sexo. frente estatal, patriarcado, desposesión, colonialidad” en Bidaseca, K. (Coord.) *Genealogías críticas de la colonialidad en América Latina, África, Oriente* (Buenos Aires: CLACSO/IDAES/UNSAM). Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/sur-sur/20160210113648/genealogias.pdf>

Claudia Anzorena

LECTURAS FEMINISTAS

PARA EL ANÁLISIS TEÓRICO Y EMPÍRICO DE LAS POLÍTICAS PÚBLICAS

EN LOS ÚLTIMOS AÑOS, la “cuestión de las mujeres”, ha adquirido cierta legitimidad en las agendas estatales latinoamericanas y caribeñas. Leyes y políticas tendientes a la igualdad entre mujeres y varones en diferentes ámbitos o de atención a la violencia de género se han multiplicado en toda la región. Sin embargo, este posicionamiento da lugar a más preguntas que respuestas: ¿Por qué los cambios legales para la ampliación de derechos son resistidos y/o postergados? ¿Por qué las políticas específicas para las mujeres no logran alcanzar sus objetivos? ¿Por qué las políticas que tienen que ver con la sexualidad y la salud reproductiva tienen como target sólo mujeres en edad fértil adulta cuando la sexualidad atañe a todas/os/xs las/os/xs sujetas/os/xs de todas las edades? ¿Por qué se cuestiona que las políticas que abordan la violencia de género se dirijan “sólo” a las mujeres, niños/as, personas trans y no a los varones? ¿Por qué parece que la intervención del Estado en áreas como la economía, la política internacional, la seguridad, el medio ambiente, son políticas sin marcas de sexo/género o procesos sexualmente neutros? ¿Por qué las políticas sociales se dirigen mayormente hacia las mujeres y las políticas de empleo alcanzan mayormente a los varones?... En este sentido son vastos los temas en los que es preciso

ahondar desde lecturas feministas para el análisis teórico y empírico de las políticas públicas.

Si miramos la intervención concreta del Estado, las políticas públicas son el medio por el cual se distribuyen recursos económicos y simbólicos. Se trata de un conjunto de acciones deliberadas, que llevan a cabo actores gubernamentales o no gubernamentales, para determinar la forma en que serán asignados los recursos con vistas a satisfacer las necesidades e intereses de la población. La intervención del Estado condiciona la vida de la población, pero no sólo porque determina las prioridades sobre el uso (o no), de ciertos bienes y servicios, sino porque además establece cuál es el punto de vista válido para decidir quién tiene derecho a qué y quién no, y de este modo entabla relaciones simbólicas con la sociedad y transmite la ideología considerada válida. Tal posición no sólo afecta los criterios establecidos respecto de la distribución de los bienes, los servicios, los derechos, sino también las representaciones acerca de los/as sujetos de derecho (Minujín y Cosentino, 1996; Vargas Flood, 1995). Según interpreta Bonder, para Edelman, "...en cada fase histórica, las políticas públicas construyen determinadas identidades colectivas (las madres, las jefas de hogar, los homosexuales, etc.), y junto con este acto de construcción de sujetos colectivos legitiman ciertas demandas (y no otras) como cuestiones de interés público" (Bonder, 1999: 25).

Es decir que la intervención estatal, en cuanto determina las necesidades sociales y las formas de satisfacerlas, así como crea sujetos, implica una serie de procesos que regulan las experiencias y los cuerpos de las mujeres y/u otros sujetxs subalternizadx, en articulación con las esferas públicas, de la producción mercantil y familiar que dan lugar a los procesos de reproducción de la vida (Carrasco, 1995).

En este escrito nos proponemos reflexionar sobre algunas claves - en forma de herramientas conceptuales y metodológicas-, que aportan los feminismos para el análisis de las políticas públicas a fin de plantear preguntas de investigación y diseños metodológicos en torno a debates actuales en Latinoamérica y el Caribe en relación con la intervención estatal (local, nacional y global). Partimos de una perspectiva de género, feminista, antirracista, práctica, situada y crítica. Una perspectiva activa de investigación y acción¹, que hace hincapié en las

1 Tomamos la idea de investigación acción feminista no como un concepto cerrado articulado con las concepciones clásicas de la misma, en cuyas críticas no vamos a ahondar. Sino que lo pensamos más bien como una forma de investigación comprometida, donde las mujeres y otrxs sujetxs subalternizados participen y sean protagonistas en los procesos de construcción de conocimiento sobre las relaciones desiguales de género y las formas de transformar nuestras condiciones de vida en un sentido feminista. Podemos decir que se trata de una perspectiva en construcción, donde muchos aportes

diferencias sexo-genéricas y las desigualdades de poder que de ellas se desprenden, como constitutivas de las relaciones sociales, y de la necesidad de impulsar praxis políticas tanto para la comprensión como para la transformación de las relaciones sociales injustas, desiguales, subalternizantes, opresoras, de explotación.

A continuación, reflexionaremos en torno a los aportes del feminismo para el estudio del Estado y las políticas públicas.

¿QUÉ TIENEN PARA DECIR LOS FEMINISMOS SOBRE EL ESTADO Y LAS POLÍTICAS PÚBLICAS?

El interrogante es provocador si observamos las transformaciones que en las últimas décadas han experimentado los estados latinoamericanos con relación a cómo, ciertos asuntos considerados exclusivos de la esfera privada, pasaron a ser de incumbencia de los Estados (al menos discursivamente, el reto es ver qué sucede en la práctica). Podemos pensar: ¿Cuándo se empezó a oír sobre femicidios, trata de personas con fines de explotación sexual, violencia doméstica/contras las mujeres, mortalidad materna, planificación familiar, etc.? Es decir ¿cuándo lo que les sucedía a las mujeres “puertas adentro” empezó a ser un problema que interpelaba a instituciones estatales?

Lejos de tener una respuesta acabada, desde mi punto de vista y en base a la investigación que vengo desarrollando, podemos decir que, desde los feminismos en su diversidad, el principal aporte ha sido pensar a todo el conjunto de la intervención estatal como sexualmente marcada. Y cuando digo “todo” me refiero a la totalidad del proceso que conlleva la construcción de una política –ya sea económica, internacional, social, ambiental - desde que se piensa pasando por la planificación, la implementación y los efectos que tienen en la vida de las personas.

Siguiendo esta línea, las contribuciones se han dado en dos planos que actúan de manera articulada. Por un lado, un aporte conceptual-crítico basado en argumentos teóricos y empíricos que ponen en cuestión los modos en que el Estado ha tratado y trata las diferencias entre los géneros en el orden social y político. Y por otro lado un aporte práctico-crítico que, a partir de la politización de asuntos que antes permanecían clausurados en la esfera privada y del reconocimiento de una serie de derechos, ha modificado el marco legal, la estructura del Estado con la creación de organismo especializados y

proviene de intercambios con compañeras feministas que tienen tanto pertenencia en la academia como en la militancia política feminista, como Florencia Partenio, y aportes de algunas feministas dominicanas como Esther Hernández Medina (1995) o el Centro de Investigación para la Acción Feminista (CIPEF, <http://www.cipaf.org.do>).

la intervención estatal a nivel de la planificación y de la acción misma de los gobiernos.

Estas contribuciones, han tenido una gran variedad de posicionamientos, inclusive tensiones y antagonismos entre sí - lo que hace imposible hablar de una perspectiva feminista en singular. Sin embargo, todas ellas ponen el foco tanto en cómo incide la intervención del Estado en las relaciones desiguales de género, a la vez que en cómo se juegan estas diferencias/desigualdades en el conjunto de la intervención estatal. Es decir, las lecturas feministas hacen hincapié no sólo en los efectos que las políticas tienen en la vida de las/xs/os sujetas/xs/os, especialmente de las mujeres, sino también en cómo las relaciones entre los géneros son constitutivas del Estado, introduciendo un análisis explicativo, comprensivo y no meramente descriptivo. Las transformaciones en el plano conceptual y en la práctica para el estudio del Estado y su intervención, confluyen en la necesidad de comprender las complejas relaciones entre mujeres, Estado y ciudadanía a través del análisis de las políticas públicas.

Vale aclarar, que la contribución de los feminismos en el campo de las políticas públicas no se centra exclusivamente en los Estados nacionales, sino que también implican otras instituciones supranacionales o no estatales, y en la sociedad misma, en tanto y en cuanto el Estado no está separado o por fuera del conjunto de las instituciones que constituyen la sociedad, sino que es producto de los procesos sociales del que forma parte. Asimismo, las mujeres no son un todo homogéneo en sus condiciones materiales y simbólicas, sino que en este sentido juegan un papel fundamental la cosubstancialidad de la racialización, la clase, el género, la orientación sexual, la procedencia y la ubicación geopolítica (Lugones, 2008, Espinosa Miñoso, 2010; Curiel, 2012). Como señala Alejandra Ciriza, entendemos la categoría “mujeres” no como un colectivo determinado por alguna “esencia” natural que las define como tales, sino como una categoría histórica y socialmente construida, atravesada por relaciones de poder que determinan para ciertos sujetos, con ciertas características, un lugar con valorización diferencial en la sociedad, lo cual tiene efectos simbólicos y materiales sobre las personas, donde las mujeres son diferentes y desiguales entre sí (Ciriza, 2005).

¿QUÉ TIENE QUE VER EL “SEXO” CON LAS POLÍTICAS PÚBLICAS?

La distinción de género sexual dominante [*masculino ≠ femenino*] y las jerarquías que establece, son parte inherente y constitutiva tanto de las relaciones, prácticas, pensamientos, sentimientos como de las instituciones, las normas, las leyes, la política y lo político. Es más, esta distinción (junto con otras como las de clase o la raza) organiza to-

das las relaciones sociales, entre ellas las que se establecen en/por las políticas públicas y el Estado con los/as ciudadanos/as (Scott, 1986; Hernández García, 2006).

Joan Scott (1986) en *“Gender: A Useful Category of Historical Analysis”*², señala que el *género* (de modo similar a la *clase* y la *raza*) es primero “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos” y segundo “una forma primaria de relaciones significantes de poder” (Scott, 1999: 61). Es decir, que como señala Yoluiva Hernández García:

...toda la vida de los seres humanos se halla atravesada por su condición genérica femenina o masculina, mediatizando así las maneras de sentir, pensar y actuar la realidad, configurando la subjetividad individual. Así también la condición de género mediatiza el acceso a los recursos materiales y simbólicos, las posibilidades de acción y las prácticas cotidianas. Lo que no hay que perder de vista, es el carácter activo del sujeto que permite romper en alguna medida con el desideratum sociocultural (Hernández García, 2006: 3 *online*).

En general, los estudios sobre las políticas públicas, las organizaciones, la planificación social y la intervención estatal, se centran mayormente en cuestiones socioeconómicas o de clase (pobreza, exclusión, desigualdad, producción, consumo, seguridad, etc.) y el sexo/género se toma como una variable demográfica, secundaria o que afecta sólo a una parte de la población. Es decir que no se consideran las relaciones de género como inherentes a la acción estatal, como un elemento que organiza la intervención misma del Estado como proceso. La consideración de todas las condiciones que sitúan a las/os/xs sujetas/os/xs en relaciones de dominación-subordinación – el género, la clase, la racialización, la adultocracia, etc.- y su articulación, son fundamentales para un análisis que pretenda dar cuenta de los procesos sociales y políticos en su complejidad.

En la desvalorización o exclusión de lo sexualmente diferente como inherente a la vida social y política, las explicaciones teórico-conceptuales que constituyen el saber científico de las diver-

2 Este artículo ha sido traducido al español como *“El género: una categoría útil para el análisis histórico”* y publicado en diferentes compilaciones y se encuentra fácilmente en internet. El artículo de Scott y el de la mexicana Marta Lamas “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría género” (Papeles de Población UAEMEX. México. 1999), entre otros, han sido detonantes en un intenso debate no resuelto sobre la categoría de género en Latinoamérica. Un artículo que hace un recorrido descriptivo por el surgimiento de la categoría de género y brinda un panorama general es el de Yoluiva Hernández García (2006) *“Acerca del género como categoría analítica”*.

sas disciplinas han jugado y juegan un papel fundamental, para convertir en “norma” (universal, neutral y objetiva) aquello que es construcción social. El punto de vista adoptado por los feminismos apunta a una crítica que permita desenmascarar estos procesos en toda su complejidad e inclusive al interior de la categoría misma de “mujeres”. Los feminismos, han cuestionado las formas habituales de construir conocimiento como un campo donde las mujeres han sido invisibilizadas, discriminadas y excluidas. Sin embargo la crítica feminista no sólo ha elaborado perspectivas de desmantelamiento de la ciencia hecha sino que, desde hace ya más de 40 años, se constituye en un espacio de producción de saberes y reflexiones en torno a la construcción de conocimiento desde la experiencia de las mujeres, con recursos teóricos y empíricos propios –creados o resignificados– como herramientas fundamentales para desenmascarar tanto las justificaciones de la exclusión de las experiencias de las mujeres como su subordinación en todos los ámbitos de la vida. Es así que han puesto de diversas maneras en entredicho las relaciones jerárquicas y desiguales entre los géneros, pero también entre las mujeres, dando lugar a una multiplicidad de puntos de vista desde donde analizar críticamente las condiciones materiales y simbólicas de existencia de los/as/xs sujetos/as/xs subalternizados/as/xs y buscar las posibilidades para su transformación.

En la historia de las ciencias muchas mujeres buscaron teorizar sobre sus condiciones de opresión/exclusión/subordinación, pero sólo algunas privilegiadas o excepcionales lograban acceder al conocimiento. Esto comienza a modificarse en la década de 1960: en un clima de ruptura y contestación, las mujeres comenzaron a ingresar de forma masiva a las universidades y, por tanto, a formar parte de las comunidades científicas, a plantear sus intereses y a construir sus puntos de vistas.

La teoría y la investigación feministas contemporáneas surgen entonces de la mano del movimiento feminista, fuertemente relacionadas con la práctica política y con su historia. Las feministas occidentales de la llamada Segunda Ola³, a través del trabajo en los grupos de reflexión de mujeres sobre las experiencias propias y de las demás congéneres, fueron construyendo un ámbito e instrumentos para evi-

3 El feminismo de la Segunda Ola hace referencia a los movimientos feministas surgidos en los años 60 y 70 en sobre todo en Europa occidental y Estados Unidos que cuestionaban las jerarquías sexuales existentes e intentaba instalar en la sociedad sus demandas. Si bien es la tradición que ha sido más difundida, los movimientos feministas de esas épocas no han sido homogéneos en las diferentes latitudes ni en sus posiciones político ideológicas (Ciriza, 2003).

denciar y buscar explicaciones propias a la situación de subordinación en que vivían. La ciencia era un ámbito más en el que debían insertarse y hacer uso del mismo, el objetivo era desarrollar conocimientos nuevos y distintos, con métodos propios, fundar un saber no sexista, que diera cuenta de la realidad y del punto de vista de “las mujeres”. Lo hicieron a través del cuestionamiento de la vida cotidiana, la politización de lo que se consideraba individual y privado como experiencia común de opresión, y por lo tanto condición de posibilidad para la acción colectiva⁴. El estrecho lazo entre teoría y política, puso al feminismo en un lugar desfavorable para adquirir el *status* de productor de conocimiento científico desde los parámetros establecidos por el paradigma dominante en las ciencias humanas y sociales (Barrett y Phillip, 2002; Harding, 1994)⁵. Las feministas de la Segunda Ola entonces criticaron los universalismos y la objetividad que las excluía, ya que se trataba de particularismos encubiertos y opresivos, donde quienes detentaban el poder social veían e imponían su punto de vista como si fuera universal. Una de las críticas fundamentales consiste en la búsqueda sistemática de las articulaciones entre saber y poder (Wallerstein, 2001: 63).

Hacia mediados de los años '80, en el marco de una crisis general de las ciencias sociales surgen nuevas voces que vuelven el punto de vista feminista altamente complejo y heterogéneo (Wallerstein, 2001)⁶. El feminismo venía reflexionando en relación con su pasado y a su presente, e incluso recuperando puntos de vistas diferentes y disidentes a la posición hegemónica del feminismo blanco estadounidense y europeo occidental de los '70 (Harding, 1994).

4 Las feministas, desde sus diversas posiciones, han criticado la separación de la esfera pública y la privada como pilares del pensamiento político patriarcal, y la principal forma de excluir e invisibilizar a las mujeres y legitimar su subordinación (Phillips, 2002). La crítica feminista de esta dicotomía y sus efectos sobre el campo de las políticas públicas será parte de este trabajo.

5 Según Toulmin, el paradigma científico dominante en el siglo XX está basado en los parámetros de científicidad de las ciencias físico-naturales del siglo XVII, y en el modelo de ciencia “pura” o “suprema” platónico, que tiene como meta la teoría abstracta y universal. Este modelo -a diferencia del feminismo- distingue entre teoría y práctica, entre lo abstracto y lo concreto, como dos planos de órdenes diferentes, uno para la ciencia y el otro para la política. Además, contrasta y da mayor valor científico a las leyes intemporales que a las preocupaciones locales o temporales; busca imponer sus exigencias de objetividad en todos los campos de investigación que pretendan ser científicos; e impone la condición necesaria de no involucramiento de quién investiga con los objetos o los sujetos investigados/as (Toulmin, 1996: 438).

6 La *Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, realiza un interesante estudio sobre el desarrollo y las transformaciones que han transitado las ciencias sociales (y su relación con las universidades) desde sus inicios en el siglo XVI hasta fines del siglo XX (Wallerstein, 2001).

Los consensos dominantes se rompieron, y el cuestionamiento impactó hasta en las bases teóricas y las convenciones mismas del modelo establecido de la investigación feminista. Del mismo modo que se venía cuestionando la supuesta neutralidad del punto de vista masculino y el varón como modelo de sujeto universal, se oyeron nuevas voces que denunciaban la existencia de un sujeto/objeto de investigación hegemónico y se criticó la uniformidad de la categoría “mujer” (blanca, burguesa, del norte global) por excluyente. A partir de la base que proporcionaba la visibilidad de la relación entre superioridad masculina y presunta neutralidad de la mirada masculina sobre el mundo, es decir, de la superposición entre mirada masculina y mundo real, surgieron al interior del feminismo una serie de polémicas relativas a la (in)visibilidad de otras sujetas que no habían sido consideradas previamente en los discursos feministas. Se hizo visible el juego entre las relaciones de poder y los criterios de cientificidad: la crítica al punto de vista masculino de la ciencia había operado como un homogeneizador respecto de las diferencias tanto políticas como ontológicas entre las mujeres. Se empezó a considerar que las condiciones de las mujeres diferían de acuerdo a otros determinantes, como la orientación sexual, la raza, la clase, la religión, etc. y emergieron una diversidad de feminismos buscando también legitimidad: feminismo negro, lésbico, latinoamericano... Bartra destaca cómo las feministas latinoamericanas y negras cuestionaron, y cuestionan, (con razón) al feminismo blanco heterosexual de los países centrales, así como también la imposición del qué y el cómo debatir en cada momento, como si ellas fueran “el feminismo” (Bartra, 1998). Las miradas críticas de las latinoamericanas, de las negras, de las lesbianas, al principio relegadas, se fueron acrecentando y conmovieron la perspectiva dominante dentro del campo de la teoría feminista, ya no se trataba de un feminismo sino de feminismos en plural, donde las categorías de raza, sexo, clase, sexualidad son constitutivas de la condición de opresión y no simples adicionales (Curiel 2012; Lugones, 2012). Pero también, los feminismos dejaron de centrarse exclusivamente en las mujeres y sus especificidades, y fueron ampliando sus inquietudes hacia otros horizontes: el de las relaciones, la diversidad, las subjetividades, las críticas a la propia categoría de género surgida de su seno para darle legitimidad en el mundo académico (Jaggar, 1996).

En esta línea es que proponemos pensar en la delimitación de un punto de vista metodológico basado en la investigación acción feminista para abordar las políticas públicas que, directa o indirectamente, afectan a las mujeres y a todxs lxs sujetos en relación a su género. Es decir, un proceso donde quienes investigan tengan tanto un alto involucramiento en los procesos que analizan como un compromiso

explícito no sólo con construir conocimiento confiable, sino también útil para la transformación social. Se trata de una forma de investigar donde la teoría y la praxis están integradas una con otra, donde la praxis política forma parte de los procesos de reflexión teórica feminista situada, y no un sesgo que eliminar en virtud de la objetividad.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA INCORPORACIÓN DE LA “CUESTIÓN DE LAS MUJERES” EN LA INTERVENCIÓN ESTATAL

“Hoy, las mujeres en condición de trabajadoras productivas y reproductivas, son sujetos que desde el Sur sostienen a la humanidad y establecen vínculos distintos con el planeta”

(Aguinaga y otras, 2012: 81).

Paralelamente a la producción de las reflexiones feministas en la teoría y la práctica, fue en los años 1970, con los debates en torno al desarrollo que se comienzan a incorporar algunas demandas de los movimientos feministas como asuntos de competencia de los gobiernos, y las mujeres empiezan a jugar un nuevo papel en la trama del Estado, ya no sólo como objetos sino también como sujetos de (determinadas) políticas públicas (Aguinaga y otras, 2014; Anzorena, 2013).

Las mujeres, en Occidente - empezando por las mujeres blancas de Norteamérica y de Europa occidental –a partir de la década de los ’70 fueron parte de un proceso de ampliación de su condición de ciudadanía⁷. De la mano de los movimientos feministas surgidos en los ’60, que venían en un proceso de empoderamiento en lo social, y en una configuración favorable de las relaciones de fuerza especialmente internacional, tuvieron la posibilidad de pararse frente al poder político como interlocutoras legítimas para plantear sus demandas. Esto dio lugar a una serie de Conferencias Mundiales organizadas por la ONU sobre “la mujer y el desarrollo” y la elaboración de Convenciones (como la CEDAW-Convención de Eliminación de todas las formas de discriminación contra las mujeres, 1979) que incorporaron puntos

7 Partimos de la noción de ciudadanía heredada de Thomas Marshall, que consiste en asegurar que cada persona sea tratada como miembro pleno de una comunidad de iguales a partir de otorgarle a los/as individuos/as un número creciente de derechos ciudadanos, no sólo derechos políticos sino también civiles y sociales (Jelin, 1996; Ciriza, 2006). Esta noción permite ver la condición de ciudadanía como un conjunto de derechos que se les atribuye a las personas en relación a un Estado; y además, al presentar al/la ciudadano/a como miembro de una comunidad brinda herramientas para analizar el tema de la relación entre Estado y mujeres, y más específicamente el tema de las políticas públicas.

significativos en las políticas públicas y la introducción de la temática en los objetivos de desarrollo de los países⁸.

La “cuestión de las mujeres” fue adquiriendo lugar en las agendas estatales, aunque subsidiarias de las políticas de “desarrollo”, pensadas para los países del Sur y sus transformaciones en las diferentes coyunturas⁹. Se trata de una presencia marcada por la escisión entre: la proclamación de derechos que los Estados han realizado, que da pie a las acciones en denuncia de la discriminación y el reclamo por el cumplimiento de los derechos; y la inercia del Estado en torno al lugar asignado a las mujeres como madres, reproductoras y cuidadoras, basado en las tradiciones culturales heteropatriarcales (Anzorrena, 2013). Es decir, el lugar de las mujeres en las políticas públicas presenta una constante (a pesar de los cambios institucionales o en las reformas de los modelos de desarrollo): tanto el Estado, como el mercado¹⁰ o la sociedad ponen en ellas las expectativas por la supervivencia de los hogares vulnerables y de los sujetos dependientes.

En este sentido, es enriquecedor el artículo de Aguinaga y Otras (2012), donde las autoras “dialogan con el desarrollo” desde diferentes posturas feministas. Recorre desde las posiciones impulsadas en los años ’70 que buscaban una participación/inclusión de las mujeres en los procesos de desarrollo, principalmente desde el Norte occidental, hasta aquellas que cuestionan los paradigmas de desarrollo en sí mismos y proponen alternativas al desarrollo. Estas últimas posturas más relacionadas con los feminismos periféricos del Sur, suelen tener menos canales de difusión y escasas posibilidades de incidencia en las

8 Se puede consultar *online*: <http://www.isis.cl/temas/conf/beijing.htm>, <http://www.un.org/spanish/conferences/Beijing/Mujer2011.htm>, www.un.org/spanish/esa/devagenda/gender.html, <http://www.unwomen.org/es/csw/csw59-2015>, <http://www.nu.org.bo/objetivos-de-desarrollo-sostenible-ods/>

9 Diferentes autoras han trabajado la cuestión de planificación, mujeres, género y desarrollo como Caroline Moser, Virginia Guzmán, Virginia Vargas, Maxine Molyneux, Jules Falquet.

10 Tomo la definición de Mercado que realiza Amaia Perez Orozco ya que lo muestra como una red de relaciones en el sentido que buscamos definir las diferentes instituciones sociales: “Los mercados capitalistas no son deidades; son instituciones socioeconómicas en las que se articulan relaciones de poder que privilegian sujetos concretos, pero cuyo funcionamiento no es reductible a un enfrentamiento entre capitalistas y obreros, los de arriba los de abajo, hombre frente mujeres, el 1% y el 99%. Son un conjunto de estructuras que permiten que unas pocas vidas se impongan como las dignas de ser sostenidas entre todxs, como las únicas dignas de ser rescatadas en tiempos de crisis. Son una serie de mecanismos que jerarquizan las vidas concretas y establecen como referente y máxima prioridad la vida del sujeto privilegiado de la modernidad (...): el sujeto blanco, burgués, varón, adulto, con una funcionalidad normativa, heterosexual. En torno a él se concentran el poder y los recursos, se define la vida misma” (Perez Orozco, 2014: 25).

decisiones políticas, inclusive de los nuevos gobiernos progresistas y/o populares que presenciamos en Latinoamérica en el nuevo siglo. Los debates sobre el desarrollo involucran el tema de las políticas públicas. El modelo de desarrollo económico, político y social que se posiciona como hegemónico direcciona las políticas que se implementan en un país, en una región y en el mundo entero, marcan la agenda de los gobiernos nacional en un mundo globalizado e interconectado (Aguinaga y otras, 2012). Como señalan las autoras:

El dispositivo de desarrollo supo incorporar parcialmente las demandas de las mujeres, sobre todo del feminismo liberal; se creó una multitud de instituciones encargadas del desarrollo de las mujeres quienes, sin embargo, continúan siendo subalternas en el tejido institucional, sea internacional o nacional. Las políticas de desarrollo hoy cuentan con una serie de indicadores que visibilizan con herramientas la situación de las mujeres, como los presupuestos sensibles al género. En comparación, la cuestión de las relaciones patriarcales de poder al interior de la familia, que condicionan todo acceso de las mujeres a otros ámbitos económicos o políticos, ha sido relativamente poco abordada, sobre todo en términos de políticas públicas. Por otro lado, las ciencias económicas duras siguen ignorando la dimensión de género y la productividad del trabajo de cuidado, manteniendo al PIB como indicador maestro de su orientación (Aguinaga y otras, 2012: 79)

Quienes diseñan las políticas asumen los problemas socioeconómicos como escindidos de determinaciones de género o la racialización, no explican por qué las más afectadas por las crisis económicas son las mujeres, sobre todo si son pobres o racializadas, aunque cuando hay que aplicar políticas atenuantes de estas situaciones a quiénes se dirigen los planes y programas es a las mujeres especialmente cuando son madres con niños/as a cargo pertenecientes a sectores vulnerados.

La dinámica histórica y multideterminada de la instalación de estas temáticas en el espacio público, navega en tensiones entre las reivindicaciones feministas y las resistencias estatales. El punto de vista feminista crítico da cuenta de la complejidad en los efectos que produce la intervención estatal y permite vincular los estudios de género y los estudios sobre políticas públicas, considerando las relaciones desiguales entre los géneros, las clases y la racialización como elementos constitutivos del análisis. A continuación, haremos referencia a la categoría de género como categoría analítica que contribuye al aporte crítico-conceptual de los feminismos al estudio del Estado, construida a partir de la práctica política feminista.

LA CATEGORÍA DE GÉNERO PARA DEVELAR LAS RELACIONES ENTRE MUJERES Y ESTADO

En lo cotidiano, el ser mujer o ser varón es vivido como un rasgo natural del ser y no como interpretación, intervención cultural o identidad adquirida socialmente. Es decir, que el género se experimenta como algo ontológico y no como una construcción ideológica, histórica y social. En los años '80 el feminismo anglosajón impulsó el uso de la categoría *gender* (género, en castellano) con un objetivo *científico*: conocer mejor la realidad social desde un punto de vista que permitiera diferenciar las construcciones sociales, relacionales y culturales de la biología; y un objetivo *político*: criticar la idea de que las características de las mujeres se derivan “naturalmente” de su sexo anatómico. Si bien paralelamente la corriente francesa ponía el acento en la diferencia sexual, tomamos la categoría de género porque es la que se ubicó en los discursos de los organismos internacionales y en los gobiernos para el diseño de las políticas sociales en América Latina.

De este modo se suponía que la distinción sexo/género servía para enfrentar al determinismo biológico y desarrollar argumentos teóricos a favor de relaciones igualitarias. El uso del concepto se fue extendiendo y en los '90 alcanzó diversos ámbitos no circunscriptos a los feminismos (Lamas, 1995). A medida que el término adquiría popularidad fue foco de críticas y controversias al interior mismo del campo feminista, tanto por los límites de la categoría para referirse a situaciones de gran complejidad, como a las formaciones y deformaciones que ha ido experimentando al ser tomado en ámbitos con compromisos diferentes al de los feminismos (de Lima Costa, 2000).

Desde los organismos internacionales, se tomó el concepto de género como una forma de neutralizar y no mencionar al feminismo. La pérdida del contenido transformador y radical que sufrió al ser incorporado en el léxico institucional en los años '90 es uno de los costados más criticado. La categoría de género se convirtió en un caballito de batalla en las recomendaciones para las políticas de desarrollo, que se la utiliza para hacer referencia a la situación de las mujeres muchas veces sin mencionar los procesos que lleva a las mujeres a ocupar los lugares más desventajosos en las relaciones sociales (Rosenberg, 1997; Falquet, 2004).

La crítica del determinismo biológico y de la ilusión de naturalidad que impulsa a creer que las prácticas culturales y sociales derivan de la anatomía ha sido y es uno de los temas recurrentes de los feminismos. Si la anatomía es destino, las mujeres tienen por destino “natural” la maternidad. Las determinaciones sociales y subjetivas de género –entre ellas las connotaciones que portan las prácticas maternas-, estructuran las relaciones sociales en todos los ámbitos,

atravesan todos los órdenes que configuran una sociedad, esto es, lo social, lo económico, lo político; y no sólo aquello relativo a lo doméstico o del cuidado. Es decir que estructura la división sexual del trabajo en productivo-remunerado y trabajo reproductivo no remunerado, siendo las mujeres responsables de este último. Pero también determina la división y distribución de las tareas al interior del empleo remunerado y en la esfera mercantil, reservando lugares específicos para mujeres y para varones. En este sentido las relaciones desiguales de género dan lugar a modos de explotación, marginación y pobreza que poseen características políticas, económicas y culturales específicas. La desvalorización de lo femenino, el androcentrismo y el sexismo, se institucionalizan en el Estado y en la economía, y determinan la participación en todos los ámbitos de la realidad social, económica, política y cultural (Fraser, 1997; Mackinnon, 1995).

En este sentido, las miradas feministas buscan desnaturalizar, tanto desde el punto de vista teórico como en las intervenciones sociales, el carácter jerárquico atribuido a las relaciones entre los géneros/sexos y mostrar que todo aquello que ordena las jerarquías entre mujeres y varones, son construcciones sociales que establecen las formas de relación entre las personas de distintos géneros y dictaminan lo que cada sujeto/a/x, debe y puede hacer o no, de acuerdo al lugar que se le asigna a su sexo en la sociedad. La mirada de género desnaturaliza la idea dominante de que existe una equivalencia entre mujeres, madres y familia. De allí su importancia para la lectura de las políticas públicas, y las políticas sociales, concebidas como intervenciones del Estado sobre la vida de las mujeres.

LAS POLÍTICAS PÚBLICAS COMO CAMPO DE TENSIÓN ENTRE LOS DERECHOS Y SU GARANTÍA

Las políticas públicas son un vínculo entre el Estado, la sociedad/la familia y el mercado. Este vínculo no es neutral ni imparcial, porque implica sujetos sociales (la burocracia estatal, las distintas fracciones de la burguesía, los trabajadores/as, los movimientos sociales, instituciones religiosas, organismos internacionales, etc.) que detentan posiciones e intereses desiguales y diferentes. Para abordar al campo de las políticas como red de relaciones complejas, es fundamental analizar el carácter dinámico de la intervención estatal en términos de relaciones sociales y no de articulación determinista (Kergoat, 1994). Se trata de pensar desde un punto de vista crítico respecto de las categorías dicotómicas dominantes, estableciendo, para las prácticas sociales, principios que introduzcan la diversidad y las contradicciones en el centro de las definiciones, y no una coherencia que las suprima (Anzorena, 2013: 37-50).

De este modo, entendemos que el Estado es a la vez un espacio y un conjunto de procesos, que envuelve un juego contradictorio de posiciones, representadas por y en distintos órganos y sectores de la burocracia estatal. Las formas y funciones que toma el Estado y su burocracia en cada momento y lugar determinado, como así también sus acciones y a quién se dirigen, son un producto histórico resultante de confrontaciones y disputas en torno a quién obtendrá qué y cómo. En este sentido, el campo estatal es un lugar ineludible para el movimiento de mujeres/feministas. Se trata, al decir de Oszlak (2006: 19), de la principal institución social capaz de desplegar los recursos humanos, organizacionales y tecnológicos necesarios para afrontar la mayoría de los desafíos que se presentan en las sociedades. Asimismo, el autor señala que la burocracia pública es la expresión material del Estado, quienes la integran son actores que intervienen en los procesos políticos que dan lugar a las políticas, inclusive toman posiciones, realizan alianzas, desarrollan estrategias y ponen en acción sus recursos para hacer prevalecer sus posiciones, objetivos e intereses frente a otros (2006: 13-21). Esta simultaneidad de papeles del accionar de la burocracia estatal, muestra cómo las políticas no son simples respuestas a problemas determinados, sino que son parte constitutiva de los procesos a partir de los cuales se establecen y se ponen en relación los diferentes sujetos sociales en la arena política (Fleury, 1997). De este modo, en ciertas circunstancias, las condiciones de instalación de un tema implican, para las interesadas, ponerse en relación directa con los/as funcionarios/as, porque en definitiva son quienes hacen y ejecutan las políticas.

El movimiento de mujeres y feminista, como otros movimientos sociales, viene desplegando nuevas dimensiones de la justicia que ponen en cuestión y buscan transformar lo que “normalmente” se entiende por justo, para quién es justo y cómo se plantean y se arbitran las reivindicaciones (Fraser, 2008). Las feministas, señala Line Bareiro, han transformado las competencias del Estado, y esto ha sido posible por el impulso de la participación política y social de las mujeres, con la denuncia de la discriminación y la politización de “problemas” considerados como privados, individuales y circunscripto a la esfera doméstica. Aclara esta autora que no es que antes el Estado no haya tenido injerencia en los asuntos de la intimidad, sino que era sólo para proteger la potestad del varón y al modelo de familia hegemónico, y esto es lo que se ha modificado en cierta medida (Bareiro, 2012).

Basta pensar en asuntos como la violencia contra las mujeres o la segregación laboral. Unas décadas atrás si un marido, un padre, un hermano golpeaba o violaba a su cónyuge, hermana, hija, era considerado un asunto privado en el que el Estado no debía inmiscuirse. Del

mismo modo entender el salario y el empleo de las mujeres como adicional o secundario en relación al del varón proveedor daba posibilidad a los/as empleadores/as a pagar menos a las mujeres sin que el Estado tuviera competencia, ni siquiera siendo él mismo el empleador. Si pensamos en los debates en torno a la contracepción quirúrgica y a la anticoncepción se ha dirimido el argumento de que si los maridos debían autorizar o no la práctica de las mujeres casadas. Es decir, que la consideración de que el varón tiene potestad sobre las decisiones y los cuerpos de “su” mujer y “su” familia, ha sido y es, una idea que ha calado profundo en el imaginario colectivo y los feminismos han contribuido a dismantelar.

En la práctica estatal concreta por ejemplo las políticas sociales son pensadas como políticas sexualmente neutras dirigidas a la atención de la pobreza y la vulnerabilidad; mientras que las políticas “de género” o con componentes de género son aquellas dirigidas a las mujeres como si portar un cuerpo sexuado fuera una particularidad de algunos cuerpos. En este último sentido también se hacen circular por caminos paralelos las políticas para los pueblos indígenas o sujetos/as racializados/as, en relación al color de piel o la cultura, sin que se considere la interseccionalidad de las opresiones y explotación. Estas políticas se inscribirán las unas en el campo de la redistribución (con su marca de clase) y las otras en el campo del reconocimiento (vinculadas a la diferencia de género sexual o cultural). Esta ilusión de compartimentos estancos exime a la burocracia estatal y a sus funcionarios/as de hacerse cargo de que clase, racialización y género están fuertemente imbricados.

El análisis del entramado de las formas en que el Estado piensa, planifica e implementa las políticas¹¹ nos permite observar que las mujeres, como colectivo con características específicas, son destinatarias – directas o indirectas - de políticas públicas que operan de formas diversas: algunas pretenden no estar influidas por, o no tener efectos en, las relaciones de género (por ejemplo políticas económi-

11 Caroline Moser (1998) señala que en el proceso de planificación pueden identificarse tres etapas: 1. Formulación de política o el proceso de toma de decisiones sociales y políticas acerca de cómo asignar recursos para las necesidades e intereses de la sociedad, que concluye en la formulación de una estrategia de política. Qué hacer. 2. Planificación o el proceso de la implementación de la política, que a menudo concluye en un plan. Cómo hacerlo. 3. Organización de la implementación: el proceso de acción administrativa para entregar el programa diseñado, que a menudo resulta en un producto acabado. Lo que se está haciendo. Diferenciar las etapas es clave para identificar el tipo de problemas que hay en los procesos concretos de implementación de las políticas de género, más específicamente si las trabas son políticas o técnicas.

cas), otras enfatizan la diferencia de género asignando a las mujeres roles estereotipados (por ejemplo políticas de salud o sociales), otras refieren a derechos específicos en cuanto género sin contemplar en ocasiones sus condiciones materiales de existencia (atención de la violencia, salud reproductiva, identidad de género, inclusive políticas de igualdad). Es decir que el Estado tiene una relación ambivalente con las mujeres: a veces las considera pobres pertenecientes a grupos vulnerables, a veces madres responsables de la supervivencia de otros/as, a veces ciudadanas con (ciertos) derechos; pero escasas veces se combinan (Anzorena, 2015).

A MODO DE CIERRE

En este escrito hemos abordado algunos de los aportes de los feminismos al estudio de las políticas públicas y del Estado, aportes en donde los desarrollos teóricos conceptuales y las prácticas políticas son parte del mismo proceso de producción de conocimientos. En los últimos años las políticas dirigidas hacia las mujeres, especialmente las sociales, se han convertido en un campo de debate escindido del resto de las políticas estatales, de las determinaciones sexogenéricas y de los movimientos sociales. Desde los feminismos se busca historizar la relación entre Estado y mujeres para comprender las condiciones de emergencia de esta relación, cómo se pone la cuestión en la escena política, cuáles son las fuerzas sociales que posicionan ciertas demandas en la agenda gubernamental, y las contradicciones y paradojas que surgen de la institucionalización. Asimismo, se busca visibilizar que las determinaciones de clase, al igual que la de género, la de raza (como otras condiciones sociales que sitúan a los sujetos en relaciones de dominación-subordinación) no pueden aislarse en ningún análisis que verdaderamente intente dar cuenta de los procesos sociales en su complejidad.

En los análisis de las políticas nos encontramos que desde el Estado las políticas de reconocimiento de derechos se plantean como escindidas de las políticas de redistribución de recursos, donde cada una no solo tendría objetivos específicos, sino que inclusive contradictorios. Como si las diferencias sexuales o la diversidad cultural fueran independientes de la redistribución, como si las desigualdades de género no estuvieran atravesadas por injusticias económicas e incluso por otras injusticias culturales o simbólicas. Las perspectivas que asumen los problemas socioeconómicos como separados de las determinaciones de género o de raza o culturales, no explican por qué las más afectadas por las crisis económicas son las mujeres, sobre todo si son pobres, único sostén de hogar o racializadas. Estas perspectivas no explican por qué si las mujeres tenemos derecho a vivir una vida sin

violencia las formas de violencia parecen multiplicarse y no erradicarse. Por qué si hay leyes que garantizan nuestros derechos sexuales y reproductivos tenemos que acudir a abortos clandestinos cuando decidimos interrumpir un embarazo, aun en los casos que son legales. Por qué si tenemos leyes de igualdad laboral y económica nuestros salarios son menores. Por qué el ingreso al espacio público y a la esfera productiva no es acompañado de un reparto de las responsabilidades sobre las tareas de cuidado y domésticas.

Desde este punto de vista, no es de extrañar que en el campo de las políticas públicas resalten una serie de tensiones y paradojas entre derechos adquiridos/ garantías concretas, democratización/ privatización del cuidado y de la seguridad social, universalismo/ particularidad, igualdad/ diferencia, distribución/ reconocimiento. Estas tensiones se hacen especialmente visibles en las relaciones que entabla el Estado con la sociedad a través de políticas públicas cuyas destinatarias son mujeres.

Los feminismos al mostrar que las políticas públicas se piensan intencionalmente como problemáticas generales que invisibilizan las relaciones de género y ocultan el papel complejo que juegan las mujeres en las relaciones sociales, no sólo han hecho una contribución a la cuestión de “género” o de las mujeres, sino que han hecho aportes significativos que dan cuenta de la relación Estado, mercado y sociedad que estructura el sistema capitalista y sus articulaciones con las relaciones de dominación heteropatriarcal. En definitiva: Ser “mujer” o “varón”, ser “negro/a” o “blanco/a”, ser “rico/a” o “pobre”, ser “joven” o “adulto/a” no son meros adjetivos, sino que las diferencias corporales están profundamente articuladas a la intervención estatal.

BIBLIOGRAFÍA

- Anzorena, C. 2013 *Mujeres en la trama del Estado. Una lectura feminista de las políticas públicas* (Mendoza: Ediunc).
- -2015 “¿Qué implica la protección social para las mujeres? Un análisis feminista de las políticas sociales y de igualdad en Argentina” en *Revista OXÍMORA Revista Internacional de Ética y Política*, Universidad de Barcelona, N° 7, pp. 99-118.
- Bareiro, L. 2012 “Avances y desafíos para la participación política de las mujeres” en Gherardi, N. (dir) *Lidera: participación en democracia. Experiencias de mujeres en el ámbito social y político en la Argentina* (Buenos Aires: ELA).
- Barrett, M. y Phillips, A. 2002 “Introducción” en *Desestabilizar la teoría. Debates feministas contemporáneos* (México: Paidós).

- Bartra, E. 1998 “Reflexiones metodológicas” en Bartra, E. (comp.) *Debates en torno a una metodología feminista* (México: UAM-Xochimilco).
- Bonder, G. 1999 *La equidad de género en las políticas educativas: lecciones de la experiencia* (Buenos Aires Centro de Estudios de la Mujer).
- Ciriza, A. 2003 “Herencias y encrucijadas feministas: las relaciones entre teoría(s) y política(s) bajo el capitalismo global” en Boron, A. (comp.) *Filosofía política contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía* (Buenos Aires: CLACSO).
- 2003 “Herencias y encrucijadas feministas: las relaciones entre teoría(s) y política(s) bajo el capitalismo global” en *Filosofía política contemporánea. Controversias sobre civilización, imperio y ciudadanía* (Buenos Aires: CLACSO).
- 2006 “Las paradojas de la ciudadanía bajo el capitalismo global: De consensos y violencias” en *Utopía y Praxis Latinoamericana* (UPL) jul., vol.8, no.22.
- Curiel, O. 2012 “Género, raza, clase y sexualidad: debates contemporáneos”. Conferencia presentada en la Universidad Javeriana.
- De Lima Costa, C. 2000 “O Tráfico nas Teorias: Tradução Cultural e Prática Feminista” en *Actas de las VI Jornadas de Historia de las Mujeres y I Congreso Latinoamericano de Estudios de las Mujeres y de Género* (Santa Catarina: IIEGE/Universidade Federal de Santa Catarina)..
- Falquet, J. 2004 “La ONU ¿aliada de las mujeres? Un análisis feminista del sistema de organizaciones internacionales” en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Año X N° 15, El cielo por Asalto, invierno de 2005.
- Fleury, S. 1997 *Estado sin ciudadanos. Seguridad social en América Latina* (Buenos Aires: Lugar).
- Fraser, N. 1997 “¿De la redistribución al reconocimiento? Dilemas en torno a la justicia en una época ‘postsocialista’” en *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas sobre la posición “postsocialista”* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores y Universidad de los Andes).
- 2008 *Escala de justicia* (Barcelona: Herder).
- Harding, S. 1994 “¿Existe un método feminista?” en *La mujer y la ciencia. Cuadernos para el debate* (Madrid: Centro Feminista de Estudios y Documentación).
- Hernández García, Yoluiva 2006 “Acerca del género como categoría analítica” en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*

y *Jurídicas* N°13 (1). Disponible en: <http://www.ucm.es/info/nomadas/13/yhgarcia.pdf>

- Hernández Medina, E. 1995 “La investigación-acción feminista y el movimiento de mujeres en la República Dominicana” en *Caribbean Studies* Vol. 28, N°1, Feminist Research and Action in the Caribbean (enero-junio), pp. 128-146.
- Jelin, E. 1996 *Las Mujeres y la Cultura Ciudadana en América Latina*, Trabajo preparado dentro del programa Women in the service of civil peace de la División de Cultura, UNESCO, UBA – CONICET, Buenos Aires.
- Kergoat, Danièle (1994). “Por una sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las categorías dominantes una nueva conceptualización” [1984]. En: Borderías Cristina, Carrasco Cristina y Carmen Alemany (comp.), *Las mujeres y el trabajo: algunas rupturas conceptuales*, Icaria, Barcelona.
- Lamas, Marta (1995). “Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género”. En: *La Ventana, Revista de Estudios de Género*, núm. 1, Centro de Estudios de Género de la Universidad de Guadalajara, Guadalajara.
- Lugones, María (2008). “Colonialidad y género”. En: Tabula Rasa. Bogotá- Colombia. N° 9. LUGONES, María (2012). “Subjetividad esclava, colonialidad de género, marginalidad y opresiones múltiples”. En: *Pensando los feminismos en Bolivia*. Conexión Fondo de Emancipaciones, Serie Foros 2. La Paz, Bolivia. Disponible en <http://www.conexion.org.bo/archivos/feminismo340c2bc7.pdf>
- Mackinnon, Catherine (1995). *Hacia una teoría feminista del Estado*, Cátedra, Madrid.
- Minujin, Alberto y Consentino, Estela (1996). “Crisis y futuro del Estado de Bienestar”. En: Alberto Minujin (edit.), *Desigualdad y exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina del fin de siglo*, UNICEF/LOSADA, 2° edición, Buenos Aires.
- Moser, Caroline (1998) “Planificación de género. Objetivos y obstáculos”, *Isis Internacional*, Ediciones de las Mujeres, n°27.
- Oszlak, Oscar (2006) “Burocracia estatal: política y políticas públicas”. En *POSTData Revista de Reflexión y Análisis Político*, N°11/Abril 2006, p. 11-56.
- Pateman, Carole (1995). *El contrato sexual*, Antrophos, Barcelona.
- Phillips, Anne (2002). “Las pretensiones universales del pensamiento político”. En: Barret y Phillips (comps.), *Desestabilizar la teoría*, PUEG-UNAM/Paidós, México.

- Rosenberg, Martha I. (1997). "Beijing un año después: ¿Derechos sin políticas?" En: Patricia Gómez (comp.), *Mujeres en los '90. Legislación y políticas públicas*, Centro Municipal de la Mujer de Vicente López, Pcia. de Buenos Aires.
- Scott, Joan (1986). "Gender: A Useful Category of Historical Analysis". En *American Historical Review*, 91. pp. 1053-1075
- Scott, Joan (1999). "El género: una categoría útil para el análisis histórico". En M. Navarro y C. R. Stimpson (Comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Toulmin, Stephen (1996). "Cambiar las instituciones a través de la participación: elitismo y democracia entre las ciencias". En: M. A. Pereyra, J. García Mínguez, Miguel Beas y A. J. Gómez (comps.), *Globalización y descentralización de los sistemas educativos*. Cuarta Parte. Pomares-Corredor, Barcelona.
- Vargas Flood, María Cristina (1995). "¿Los gastos públicos en los sectores sociales son una respuesta a la crisis?". En: Haideé Birgin (comp.), *Acción pública y sociedad. Las mujeres en el cambio estructural*, Feminaria – C.E.A.D.E.L., Buenos Aires.
- Wallerstein, Immanuel, coordinador (2001). *Abrir las ciencias sociales, Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las Ciencias Sociales* [1996]. Coordinado por Immanuel Wallerstein, Calestous Juma, Evelyn Fox Keller, Dominique Lecourt, Ilya Prigogine, Valentin Mudimbe, Jürgen Kocka; Kinhide Mushakoji, Peter Taylor, México, Siglo XXI (traducido por Stella Mastrángelo).

Paula Ripamonti

INVESTIGAR A TRAVÉS DE NARRATIVAS

NOTAS EPISTÉMICO-METODOLÓGICAS

NARRATIVAS / EXPERIENCIAS, CRUCES REFLEXIVOS

El reloj del patio del colegio parecía estar herido por mi culpa. Daba las “demasiado tarde”. Y hasta el pasillo llegaba el murmullo de deliberaciones secretas procedentes de las puertas de las aulas que pasé rozando. Detrás de ellas profesores y alumnos eran amigos. O bien todo estaba en silencio, como si esperasen a alguien. Imperceptiblemente toqué el picaporte. El sol bañaba el lugar donde me encontraba. Así profané el joven día y entré. Nadie parecía conocerme. Como el diablo se quedó con la sombra de Peter Schlemihl, así el profesor se había quedado con mi nombre al comienzo de la clase. Ya no me tocaba el turno. Colaboraba en silencio hasta que dieron la hora. Pero todo fue en vano
(Benjamin, 1990: 34)

Un reloj. Un patio escolar. Un niño. Un profesor. Unos otros. Todos tan próximos como distantes. Las “demasiado tarde”. Un profanador. Un

apropiador de nombre. Unos diferentes indiferentes. El diablo, Peter y su sombra vendida. Colaborar en vano. Podemos recrearnos la escena. Resituarla. Resignificarla. Posicionar fondo y figura alternativamente. Imaginar fugas. Dar cuenta de lo silenciado. Comprender un contexto, ingresar a un mundo, a otros posibles. Y no tanto, quizás. Pero el texto, sin duda, nos da permiso. Este texto nos habla de un modo particular. Este texto narra.

¿Qué puede una narrativa? ¿Qué nos permite? ¿Qué abre? ¿Qué recorta? ¿Qué dice? ¿Qué calla? ¿Qué articula? ¿Qué trama? ¿Qué cuestiona? ¿Qué descentra? ¿Quién/es habla/n? ¿Cómo lo hacen? ¿Pueden las narrativas constituirse en materiales de investigación? ¿Cómo? ¿Qué tipo de material/ archivo/ fuente/ texto constituirían? ¿Configurarán las narrativas (como materiales, textos, fuentes,...) un enfoque en investigación? Estas y otras preguntas (que pueden formularse por la negativa) orientan el presente texto con el que busco explorar una especie de apertura metodológica en procesos de investigación en el campo de las ciencias sociales y las humanidades para abordar y pensar problemas situados, en especial los relativos a temas del campo de la educación. Para esto, es necesario despuntar algunas cuestiones de índole epistemológica. Pensando esta índole en el sentido de Esther Díaz, como crítica de las condiciones de producción del conocimiento, de los problemas y los acuerdos, de las subjetividades epocales en juego, sus modos de constituirse en relación con la verdad, tan cara a los desarrollos científicos, en ese “entretejido de fuerzas en el que se desarrolla y produce” (Díaz, 2007: 24).

Una narración, pienso entonces, es la geografía y particular cronología de una experiencia. No su representación. Más bien, bordea un exterior no siempre explicitado. Es una escritura que no se formaliza, ni admite deducciones o inducciones (en su vínculo con generalizaciones) o analogías (que reenvían a una categoría común desde la que adquiere identidad), está arraigada a la singularidad, a la sinuosidad de una región, al movimiento de un tiempo. Es una escritura arrojada. Su sentido es dependiente de aquellas/os otras/os a quienes invita a habitarla. Es expresión de una diferencia. Diferencia que imagino como ese “fondo rebelde irreductible” que puede expresarse (y actuar) aún en el “equilibrio aparente de una representación orgánica” (Deleuze, 2006: 71). Diferencia como posibilidad de desborde, de un umbral que atraviesa su propio límite. Un texto narrativo puede, no multiplicar perspectivas de algo mismo, sino cuestionar y derribar cualquier pauta común que opera como identidad legítima y autorizada de una práctica, de una experiencia socio-educativa. De algún modo, el texto narrativo realiza saltos, movimientos y permite un nomadismo, en términos de sentidos.

No desconozco con esto el complejo campo del lenguaje y la pregunta acerca de su relación con la singularidad de la vida y de los cuerpos (Giorgi y Rodríguez, 2009). Históricamente el lenguaje se ha llevado bien con las clasificaciones, las distribuciones, las identidades, los universales, los dualismos, las técnicas, los mapas, el orden. Es indiscutible el hecho de que muchos lenguajes han suprimido lo singular, las emergencias, las diferencias y por esto, es relevante interrogar la práctica del nombrar y explorar alternativas que también las hay. En esta línea, hablo aquí de narrativa como un texto que articula una experiencia, la expresa, la interviene, la inscribe, la constituye, la transmite. Y lo hace desde y en el desarrollo de una trama en la que se implican subjetividades diversas, miradas, significados, situaciones vitales, contextos en un mundo complejo, atravesado por alguna tensión o conflicto. *El narrador* de Benjamin (2008) nos dice que las narraciones están hechas de experiencias y que su materia es la vida misma, constituyen una forma artesanal de comunicación, en la que no se trata de hacer un reporte o un informe en el que desaparece el sujeto de enunciación. “Sumerge el asunto en la vida del relator, para poder luego recuperarlo desde allí. Así, queda adherida a la narración la huella del narrador, como la huella de la mano del alfarero a la superficie de su vasija de arcilla” (Benjamin, 2008: 71). Al poner de relieve la narración, Benjamin “restituye la dignidad a la experiencia como forma de aprendizaje para la vida, a través del lenguaje como condición del hombre de dar nombre a las cosas” (Vignale, 2011: 5). El relato pone nombre, reconstruye lo singularmente vivido y lo ubica por delante. Pierde sentido “decir la verdad” como si esta existiera como *a priori* expectante a ser pasado a cierto lenguaje que la legitime como tal.

La narrativa (como ejercicio y como texto que hablamos, que escribimos, que leemos, que recorremos, que buscamos comprender) permite confrontar nuestra facticidad irrevocable. ¿Cómo? Recuperándola, des-articulándola y re-configurándola en una operación de problematización y exposición. Narrar no es informar, definir ni establecer, tampoco postular algún caso para ofrecer una suerte de generalización o síntesis. Por esto, quien narra corre riesgo, se arriesga y arriesga aquello que lo excede. Lo sustantivo de la narrativa se juega en su vínculo con la experiencia. Ella se nos presenta como un texto que habitamos y que nos produce a nosotras/os mismas/os en el sentido en que nos comprendemos, nos contamos una historia, no sólo de las constricciones que nos pesan, sino también de las estrategias de liberación, que en mayor o menor medida ponemos en juego, ensayamos, proponemos. En el relato construido, podemos observar modos de comprender y comprendernos en esa tensión posibilidad – limita-

ción. Por esto, es posible afirmar que toda narrativa posee una dimensión política y ello en la medida que hay subjetividades en juego y modos de relación y conflictos, en la medida que visibiliza, que circula, que provoca una conversación y vuelve posible adoptar la perspectiva de unas/os otras/os. Es decir, se hace pública y se abre a la crítica. Por otra parte, cuando digo dimensión política de una modalidad discursiva narrativa, también me refiero a que es la posibilidad de escucha de perspectivas sin adjudicarlas a un relativismo que devalúa y sin encapsularlas como expedientes de minorías. Es política porque es una voz, habitante de una trama plural sin jerarquías axiológicas pero con fuerza anamnética¹, en el sentido de una subversión del tiempo (lineal/ pasado/ padecido/ vivido). Es política porque constituye una práctica de resistencia al silencio².

La narrativa rearticula y reestructura el tiempo vivido a través de una historia. En este sentido, configura la memoria, la ejercita. Esto podemos comprenderlo mejor si entendemos la memoria como una construcción y no como un mero registro, en el sentido tradicional del término, en su dimensión constativa. Quienes narran lo hacen desde una memoria de algo vivido que, ante todo, expresa una experiencia elaborada. Entonces sólo registramos tomando como base nuestras referencias, que, como todo registro mnemónico, se da a partir de lo que percibimos o de cómo interactuamos con el mundo a nuestro alrededor. Por esto, las construcciones de la memoria no son meramente personales sino ante todo políticas, es decir comportan una doble e indisoluble dimensión. No se capta lo sucedido como si se presentara positivamente de forma objetiva o evidente ante nuestros sentidos; la memoria no opera de este modo. Por otra parte, en la memoria el presente también interactúa con el recuerdo, interfiere, actúa, disloca los significados que se traen como memoria.

La memoria narrada resulta una construcción tensa, entre lo que se trae como recuerdo –y de ese modo conforma la manera de percibir, de comprender– y lo que se configura ante los sentidos en el presente,

1 El español Manuel Reyes Mate ha trabajado de forma extensa la categoría de “justicia anamnética” que supone una concepción del derecho como reparación y que pone el acento en las víctimas y las injusticias padecidas, lo que requiere, por supuesto, una revisión crítica de la historia y la tradición filosófica occidental en su proyecto ilustrado y de dominación. Para Reyes Mate, se trata de reconocer la injusticia pendiente y rescatar del pasado el derecho a la justicia de los vencidos. Entre sus textos más importantes menciono *La razón de los vencidos* (1991), *Memoria de Occidente* (1997) y *Medianoche en la historia* (2006).

2 Tomo esta idea de Pilar Calveiro (2006) cuando se refiere a la importancia del testimonio y la memoria en el relato histórico y su construcción como discurso de verdad.

transformando, modificando, interactuando con ella. De ahí que ésta es una (re)elaboración, entre lo que se lleva como marcas del pasado y el presente, y un aprendizaje irresuelto, entre lo nombrado y lo que queda abierto. Asociado a esto no es posible ignorar la selectividad de la memoria. Cada narrador/a al relatar opera una selección en función de afectaciones del presente. Cada narrador/a realiza recortes, engendra sentidos, instituye silencios de forma tal que produce por medio de palabras una narrativa que atiende a los condicionamientos, los intereses y los deseos del presente. En ese sentido, ningún relato de la memoria es pleno, y esa pretensión significaría su colapso, su imposibilidad. De aquí que también se puede decir que la memoria, desde el ejercicio narrativo que la configura, es una práctica selectiva y agudamente axiológica (Echeto, 2006).

Lo que estamos caracterizando como narrativa puede expresarse de forma oral o escrita. Ambas modalidades pueden coexistir e intervenir una con otra en diferentes espacialidades. Estamos ante una mediación que nos permite ingresar al ámbito de la singularidad de una experiencia. Es oportuno recordar que desde la tradición filosófica y científica, la experiencia ha sido instrumentalizada de diferentes modos. Esos modos conforman un concepto heredado que amerita alguna discusión. Pablo Oyarzún (1995) caracteriza al concepto de experiencia acuñado por esa tradición a través de tres rasgos: su condición de saber de lo singular, inanticipable y testimonial. El primer rasgo fue señalado por Aristóteles, con interés por su constitución como muchos recuerdos de lo mismo, el segundo, marcó la necesidad moderna de acuñar el juicio teleológico, como facultad de postular ciertos fines reguladores que darían sentido a la praxis que no es posible anticipar (Kant), y el tercero, destinó el experimentar mismo, a la presencia de un sujeto “portador” de la experiencia, que Kant y Hegel habrían universalizado, formalizado, racionalizado y absolutizado, a su modo y convenientemente. Podría agregar en esta misma tradición, otros rasgos, como el que alojó la experiencia al reducto epistemológico, de ser o intuición pura (condición formal de posibilidad de conocimiento) o mera legitimadora de generalizaciones que buscaban capturarla para operar explicaciones y predicciones (como aparece en concepciones positivistas). Estas herencias teóricas proponen varios sentidos como parte de un legado que ofrece cierta precomprensión del término. Por ejemplo, las notas de la singularidad e inanticipabilidad, adjudicadas por la tradición aristotélica, clausuraron y volvieron intransferible a la experiencia; ella no podía constituir, *per se*, un saber de fundamentos o causal, no era, por esto, enseñable y fue condenada a cierta ejecución (casi irreflexiva). Otro sentido es el que la vincula al testimonio, pero si no lo era de un sujeto universal(izado), carecía

de legitimidad. Así, hacia el siglo XIX, la experiencia pudo devenir saber, como saber positivo, pero por pertenecer a un orden fáctico y sólo en la medida que asumía su carácter de repetible y confirmatorio del orden teórico (por acción intelectual). Desde otra perspectiva, la de la experiencia como materialidad expresada en un discurso de carácter narrativo, buscamos algunas aperturas que disputan la herencia señalada. Por una parte, la potencialidad de la experiencia dada por su peculiar tránsito por la temporalidad (el *tempo* del recuerdo), puede inscribir y hacer irrumpir lo diverso en un continuo marcado por cronologías lineales. Si hay experiencia, hay anudamiento, deslizamientos espacio-temporales (presente/ pasado/ futuro) que pueden habérselas con lo contingente, lo alterno, lo posible. Por otra parte, los límites de una singularidad densa pueden ser habilitados desde el testimonio (palabra) como diferencia. La experiencia como testimonio, expresa acontecimiento, efectos y contraefectos de prácticas institucionalizadas, agenciadas, padecidas, etc., en perspectiva, en situación, en enclave histórico, desde las marcas, las heridas y las cicatrices, desde los cuerpos experienciantes que narran. Así, el saber positivo que ubicaba la experiencia en el ámbito de lo repetible, puede ser desplazado por un saber de contingencia con potencia dislocadora, porque la experiencia nos cambia, nos confronta, nos des-confirma y dis-conforma. Aquella experiencia entendida como condición universal y formal, puede ser repensada como condición de posibilidad en la tensión: representación (impuesta, privilegiada, que produce subjetividades, etc.) – complejidad excedente (lo que escapa, la alteridad no fijada, lo que discurre “a pesar y contra de”). La experiencia no puede ser a priori (a-histórico) porque básicamente es la posibilidad de romper con ontologías fundantes que fijan representaciones y para las cuales lo ausente y lo excluido es parte necesaria de las operaciones de imposición y control. Dicho de otro modo, las tecnologías de normalización e individuación y sus dispositivos de sujeción de la vida, tan presentes en los contextos educativos institucionalizados, pueden ser *anomalizados*, resistidos, indisciplinados, inscriptos, situados de diferentes modos. Y la experiencia narrada es uno de ellos. Ella se convierte en una instancia de actuación, en una práctica.

En un reconocido libro Roger Chartier (2006) desarrolla a través de cuatro ensayos, dedicados a Foucault, De Certeau y Marin, los modos como pueden pensarse las relaciones que mantienen las producciones discursivas y las prácticas sociales y la tensión entre construcción discursiva del mundo social y construcción social de los discursos. Chartier focaliza la cuestión en el modo en que los autores con los que conversa, plantean, por una parte, la eficacia y fuerza del orden discursivo y su violencia simbólica, para “hacer ser lo que de-

signa” y por otra, los límites y restricciones de ese orden para con “las resistencias e insumisiones”, para “transigir con los rechazos, distorsiones y artimañas de aquellos y aquellas a quienes pretende someter” (2006: 8-9). En esas fricciones, emerge un saber interesado en las “modalidades de apropiación”, los “procesos de construcción del sentido”, la “articulación entre prácticas y representaciones” (2006: 9), en las rupturas y los desfasajes. La perspectiva crítica de estos autores se focaliza en la escritura moderna como operación occidental que ha configurado el campo, los objetos, los métodos, bajo determinadas representaciones de las prácticas y “de la *historia*” y con los rechazos y exclusiones propios del quehacer científico, como “la cuestión del sujeto, el cuerpo y la palabra enunciativa” (De Certeau, 2006: 13). Las disciplinas sociales actuales deben habérselas con prácticas de su tradición que han organizado sus discursos a partir de lo que otros callan, específicamente, desde la pretensión del “saber decir”, todo lo que los otros callan, esos salvajes, nativos, locos, rebeldes, disidentes, mujeres, niñas/os,... y lo hacen desde distancias o separaciones relativas al tiempo –pasado (objeto clasificado, periodizado) y presente (que interpreta), al conocimiento mismo –lo inteligible y lo que debe ser olvidado en beneficio de lo primero–, al sentido –enraizado en un origen fundante incuestionado–, etc..

En varios sentidos, entonces, planteo aquí desafíos para una investigación que se propone comprender prácticas educativas a través de materiales que son determinadas escrituras y oralidades –narrativas que articulan experiencias–, las que a su vez serán inscriptas en otras escrituras. Sería identificar esa “línea que separa una filosofía de la experiencia, el sentido y el sujeto, de una filosofía del saber, la racionalidad y el concepto” y que define, además, modos de comprender el presente histórico, la práctica científica y la relación con los discursos de verdad (Foucault, 2009: 42, 44 y 48)³. Es decir, atender a procesos y momentos que implican opciones teóricas, producción de discursos y decisiones metodológicas, desde reflexiones epistemológicas que irán mostrando modos de normalización y esquemas operantes, que deben ser discutidos⁴.

Desarrollado este primer punto, me interesa realizar algunas aclaraciones terminológicas. Utilizo narrativa como sinónimo de relato e historia en los casos en que la referencia acentúa algo en común:

3 Cfr. también el prólogo que Giorgi y Rodríguez (2009) hacen al compilado donde se encuentra este texto de Foucault.

4 Expresa Foucault, “Formar conceptos es una manera de vivir y no de matar la vida; un modo de vivir en una relativa movilidad y no un intento de inmovilizar la vida” (2009: 55).

la idea de contar, recuperar, volver a traer y comunicar desde la propia voz, algo acontecido, vivido, etc.. Pero en sentido estricto, prefiero reservar para narrativa, un modo particular de relatar que es aquél que articula una experiencia desde un incidente crítico, un nudo problemático que tensiona, tracciona y atraviesa toda la comunicación (oral o escrita), incluyendo lo relativo a los modos subjetivos de vivir/ pensar lo vivido, las reflexiones provocadas (Sardi, 2013). Si hay algo que nos permite una narrativa es habitar la singularidad de la experiencia, es un espacio de resonancia, es traer a la superficie para mostrar, operar un rescate para salvar. Siguiendo a Arendt, materializa el carácter contingente de lo acontecido, nos permite comprender su condición histórica, en el sentido de que lo ocurrido podría haber sido de otro modo pero también en el de que nos hacemos cargo porque fue posible (Arendt, 2005). En la medida que una narrativa articula esa experiencia en una trama temporal, nos cuenta una historia y en esa historia nos revelamos, nos extrañamos, nos (re)conocemos. Hay narración porque actuamos y actuar es iniciar, pero también porque producimos sentidos y no existen los relatos únicos. La narración entonces produce relatos con ciertas características, pero estos no configuran una narración o una historia necesariamente.

INVESTIGACIÓN NARRATIVA, NOTAS EPISTEMOLÓGICAS

La investigación narrativa se inscribe en el campo de los actuales desarrollos de la investigación socio-educativa y en la modalidad de las metodologías cualitativas que tienen como objeto indagar, conocer, comprender, analizar prácticas educativas. En términos epistemológicos, este abordaje exige habitar la articulación / tensión del marco teórico, el problema y los objetivos de investigación y entre estos y el desarrollo metodológico; entendiendo el conocimiento científico como producción social, política, ideológica e históricamente situada, desarrollada desde dispositivos de financiamiento y reconocimiento en los que se expresan ejercicios de poder.

Recordamos que la investigación narrativa se inicia con el giro hermenéutico operado en las ciencias sociales y en el marco de discusiones críticas con paradigmas de corte positivista, propios de los que Esther Díaz denomina con Putnam, “concepción heredada” (Díaz, 2007: 19). La comprensión de la cultura como texto y la inclusión de la subjetividad como condición de construcción del conocimiento social, sentó las bases para que en el campo de la investigación socio-educativa se iniciara la investigación narrativa no tanto como una forma de recopilación de datos sino como un modo de comprensión de la realidad social que intenta aproximarse a la forma en que los seres humanos experimentamos y significamos el mundo. En esta línea, re-

sultan significativos los aportes disciplinares de Clifford Geertz desde la Antropología cultural, de Hayden White o Arthur Danto, desde la historia y Walter Benjamin, Hannah Arendt o Paul Ricoeur, desde la filosofía. En el caso del primero, rescato su determinante afirmación acerca de que la cultura es un “documento activo” que arraiga en una estructura simbólica, cuya trama de significación debe configurar el interés de la antropología que iniciará un viaje a interpretaciones de diferente orden, pero que debe evitar un hermetismo semiótico, “comprendiendo que las acciones sociales son comentarios sobre algo más que ellas mismas y que la procedencia de una interpretación no determina hacia dónde va a ser ella impulsada” (Geertz, 2000: 24 y 35).

Partimos del supuesto de que una mirada investigativa acerca de las prácticas educativas, es aquella que las problematiza, des-naturaliza, visibiliza en sus tensiones y tramas contextuales, registra, documenta, describe, interpreta, otorga sentidos, analiza, critica y habilita modos alternativos de intervención y transformación. Esto en la medida en que son prácticas sociales, que expresan entrecruzamientos de cuestiones de distinto orden: epistemológicas, políticas, sociales, ideológicas, éticas, etc., que exceden lo individual, ponen en juego un complejo proceso de mediaciones y expresan conflictos y contradicciones, relaciones de dominación y formas de resistencia. Por otra parte, quien investiga es siempre alguien que lee, conceptualiza, piensa a través de determinados códigos culturales, ocupa un lugar o posición en un campo estructurado socialmente y posee un marco teórico-referencial, con/desde el cual interroga e interpreta la realidad, el mundo o lo que fuere que constituye su objeto de interés.

Refiriéndose a la antropología, Rita Segato señala que su tarea no es la que se inscribe en la búsqueda de una mirada gnoseológica que, desde determinada extranjería, busca conocer a otro, sino en la posibilidad que nos conozcamos en su mirada y permitamos que su mirada nos alcance, lo cual requiere, nos dice, “un cambio radical en la práctica”, que el “objeto” de estudio, “nos interpele, nos diga quién somos y qué espera de nosotros y nos demande el uso de nuestra ‘caja de herramientas’ para responder sus preguntas y contribuir con su proyecto histórico” (Segato, 2013: 13-14). No sólo podemos hacer extensiva esta apreciación a las disciplinas del campo social sino que estimo deseable, que las investigaciones educativas se articulen desde esta mirada antropológica, que nos pone en situación de un quehacer por demanda, interpelado, solicitado. Catherine Walsh lo expresa, siguiendo a Stuart Hall, en los términos de una “práctica de teorización que emerge y empieza a tomar forma en las luchas por la transformación social, política y cultural, luchas concretas atadas al contexto de su articulación” y como “movimientos teóricos que surgen, llaman y

provocan” (Walsh, 2015: 23-24)⁵. En el campo educativo específico, Valeria Sardi lo dice así: se “...trata de mirar la práctica para encontrar nuevos significados, nuevos sentidos a eso que hacen lxs sujetxs, para asignar carnadura teórica a las racionalidades, saberes, valores, representaciones, *habitus* que ponen en juego lxs sujetxs en el contexto de las prácticas situadas” (Sardi, 2013: 14).

Es posible alcanzar una mirada diferente de la acción investigativa y es aquella que la entiende como un proceso pedagógico político en el que todas/os des/aprenden para dar lugar a las demandas e interpelaciones, para reconocer el monólogo eurocentrado y los mitos occidentales-coloniales con los que se construyó el sistema educativo en América Latina y se buscó formar al maestro y educar al ciudadano. La potencialidad de los relatos para comprender lo que hacemos, lo que acontece, los sentidos heredados y emergentes, las subjetividades, etc., convierte a los relatos en general y a las narrativas en particular, en materiales ineludibles de trabajo y reflexión educativa. Desde los dibujos que narran escenas de la vida cotidianas en la crónica del quechua Guamán Poma de Ayala, la descripción de Frantz Fanon en *Piel negra, máscaras blancas* cuando una niña expresa que le tiene miedo por su color de piel⁶, el mismo relato de Benjamin con el que comenzamos, hasta la voz de un niño de un escuela albergue de La Paz (Mendoza) que después de resolver unas cuentas, le dice “gracias” a su maestro por haberlo hecho “sentir inteligente” o el de una docente egresada de un instituto de formación docente que se queda en silencio cuando en el medio de una clase de historia, un joven la interrumpe y le pide que lo adopte porque ese día sería derivado a otra institución por razones judiciales, o la “mujer trans”, tal como se definió a sí misma, que narra cómo es que, después de veinte años desde la interrupción de su vida escolar secundaria, se abrió un tiempo nuevo de oportunidades (“mi futuro es hoy”) que disputó al tiem-

5 En ambas investigadoras, los análisis de Aníbal Quijano respecto de la colonialidad del saber y del poder que afecta las prácticas de conocimiento son un punto de partida ineludible (Cfr. la Antología de CLACSO en Quijano, 2014).

6 Me refiero a la escena: “«¡Mamá, mira ese negro, ¡tengo miedo!». ¡Miedo! ¡Miedo! Resulta que me temen. Quise divertirme hasta la asfixia, pero aquello se había hecho imposible. Yo no podía más, porque ya sabía que existían leyendas, historias, la historia y, sobre todo, la historicidad, que me había enseñado Jaspers. Entonces el esquema corporal, atacado en numerosos puntos, se derrumba dejando paso a un esquema epidérmico racial. En el tren, no se trataba ya de un conocimiento de mi cuerpo en tercera persona, sino en triple persona. En el tren, en lugar de una, me dejaban dos, tres plazas. Ya no me divertía tanto. Ya no descubría las coordenadas febriles del mundo. Existía triple: ocupaba sitio. Iba hacia el otro... y el otro evanescente, hostil, pero no opaco, transparente, ausente, desaparecía” (Fanon, 1974: 103).

po pasado su pretensión de destino impuesto,... todas ellas pueden potenciar diferentes modos de comprensión del entramado histórico y de relaciones, de las instituciones, de nuestras acciones en ellas y nuestras responsabilidades pedagógicas. Nos permiten lo que Walsh llama un “pensamiento praxístico” desde el cual podríamos iniciar acciones para descolonizar las formas en que abordamos y entendemos la educación. Este pensamiento es el que se deja intervenir, interpelar y en ese habilitarse una escucha, se pone en camino para comprender.

Las narrativas constituyen canteras para el trabajo investigativo pero dependen fundamentalmente del modo en que sepamos formular los problemas, las preguntas críticas y desfondantes y articular la escucha. Las narrativas como archivo nos acercan a una práctica de teorización y no a una teoría de la práctica (inscrita en un divorcio que atomiza los campos), siempre que estemos dispuestas/os a visibilizar y practicar los compromisos epistemológicos que sostienen el proyecto. Mario Rufer, crítico de los modos tradicionales de concebir el archivo de trabajo en las disciplinas sociales, finaliza un artículo suyo expresando que: “debería ser analizado más en términos de un hecho social como acción ritual que incluye simbolización, drama y trama, que como ese lugar aséptico donde simplemente descansan los documentos vivos del pasado” (Rufer, 2016: 182). Con esto, pone de relieve la importancia de no soslayar las prácticas de documentación con los que se conforman los materiales, sino también mostrar los procesos de constitución y las marcas que provocan en las derivas de la investigación. Esto es también válido para este tipo de investigación con narrativas.

Algunos ejes clave y si se quiere, básicos, que se recortan como relevantes para una investigación con narrativas, son: el interés por acceder a la cotidianeidad socioeducativa desde los conocimientos locales; aproximación a la voz de los/as sujetos y grupos en el contexto en el cual se desenvuelven, tomando en consideración tanto sus acciones como sus puntos de vista, interpretaciones y significados, a través de sus relatos, y con relación a las propias actuaciones; atención a las múltiples formas en que se juegan el control y la apropiación, la negociación y la resistencia en la construcción cotidiana de la vida escolar; abordaje de los procesos escolares y educativos como un complejo conjunto de relaciones y prácticas institucionalizadas históricamente entre las que se dan diversas interacciones⁷.

Los estudios de tipo narrativo permiten profundizar en la dimensión histórica, subjetiva y narrativa de los saberes educativos. Aquí

7 Para ampliar estas claves puede consultarse un texto ya clásico de Elsie Rockwell (1987) y, más actual, el de Roxana Guber (2001) y Eduardo Restrepo (2012).

parto del supuesto teórico-metodológico de que a través de narraciones es posible abordar el trabajo docente, interpretar las prácticas y sistemas de pensamiento e interpelar la realidad educativa en una relación de no ajenidad. Con este propósito, la investigación narrativa ha adquirido una identidad propia dentro del enfoque interpretativo de investigación educativa, no sólo por su capacidad para develar los complejos procesos de construcción de los saberes y prácticas, sino también por su poder para orientar procesos de transformación en los ámbitos educativos desde las voces (relatos) de quienes agencian, actúan, intervienen, hacen, producen, resisten, interpelan, padecen, sufren, etc. Esto a través de los relatos que describen densamente los mundos escolares, las prácticas educativas que en ellos tienen lugar, las/os sujetos que los habitan y las hacen, y las significaciones que producen y proponen.

Como señala Bruner (2013), la narrativa expresa dimensiones de la experiencia vivida, la media y configura la construcción social de la realidad, de aquí que la narrativa no es meramente una metodología sino una forma de construir realidad, de apropiarse de ella y de sus significados particulares y colectivos como otra forma de conocimiento igualmente legítima. La narración es una acción interpretativa así como el producto de dicha acción. El proceso que permite la construcción de la narración y el resultado de este proceso se hace explícito mediante el uso de sistemas simbólicos. Según Bruner el conocimiento cotidiano y el conocimiento de las ciencias humanas se construyen en este proceso de interpretación derivado en la construcción de un relato o narración que guarda una pretensión de la verosimilitud mediante su coherencia interna. Las historias brindan modelos de mundo y al revés, estos encarnan en ellas. Narrar es ya “un modo de conocer”, “un medio flexible y de fácil acceso para tratar los inseguros resultados de nuestros proyectos y de nuestras expectativas” (Bruner, 2013: 48-49). El relato se imbrica con la vida de la cultura y en el caso que nos interesa, con la vida escolar, con las prácticas, con las vivencias, con las trayectorias educativas.

Los relatos de diferentes actores (docentes, niños/as, jóvenes, estudiantes, practicantes, egresados/as, ...) acerca de sus propias experiencias pedagógicas y sus trayectorias formativas pueden constituirse en objeto de análisis. Nos permiten analizar las modalidades de constitución de la experiencia (subjetiva, social, colectiva, común) en contexto. En la narración, los dispositivos interpretativos son utilizados para justificar, explicar y dar sentido a la conducta de cada uno/a, su carrera, valores y circunstancias, los contextos vitales y los modos de enfrentarse a ellos (Rivas Flores y Sepúlveda Ruiz, 2000).

La investigación narrativa recupera experiencias, colabora en su transmisión, las significa y las pone en valor como saber. Según Connelly & Clandinin la investigación narrativa es el estudio de “las formas en que los seres humanos experimentamos el mundo” y por tanto, “narrativa es tanto el fenómeno que se investiga como el método de la investigación. ‘Narrativa’ es el nombre de esa cualidad que estructura la experiencia que va a ser estudiada, y es también el nombre de los patrones de investigación que van a ser utilizados para su estudio” (Connelly & Clandinin, 1995: 11 y ss).

DESDE EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN, NOTAS METODOLÓGICAS

Como he señalado ya, la opción epistemológica que propongo discute y confronta la concepción heredada que sostiene la a-historicidad, universalidad, formalización y neutralidad ética del conocimiento científico. Encuentra fundamento en una epistemología crítica y decolonial que defiende la implicación de los sujetos que investigan y la emergencia histórica y contingente, la trama político-interpretativa y contextual del conocimiento, la materialidad y la condición procesual de su producción.

Sabemos que todo proceso de investigación presenta desafíos en torno de los posibles caminos a seguir y por esto las decisiones son fundamentales. No está de más recordar que no existe metodología sin supuestos epistemológicos, ni epistemología sin sustento metodológico, ambos se tensan en una relación dinámica y de alimentación recíproca. Las metodologías constituyen una suerte de caja de herramientas de la que podemos seleccionar, elegir, construir las que mejor se adecuen a nuestros problemas, a nuestra búsqueda, modificarlas y hasta crear nuevas. La opción metodológica es el campo de tensión entre materiales, teorías, datos y conceptos y sin duda, es la instancia que marca la legitimidad de nuestra propia escritura.

Una primera decisión en una investigación es la del “tema”. No hay investigación sin tema ni problema a indagar. La selección del tema puede tener diversos anclajes y motivos, biográficos, sociales, políticos, culturales. Es decir, definir el tema de investigación supone, entre otras cosas, algo más que el interés suscitado por una cuestión específica, es el particular modo de hacer visibles e inteligibles las razones por las cuales un tema de investigación merece tal nombre.

Además, tenemos que tener presente que un mismo tema de investigación puede dar lugar a muchas y variadas preguntas, y estas configurar problemas de investigación diferentes. Se suele decir que un tema se elige y el problema se construye. En términos prácticos,

puede ser complicado distinguir en ese tránsito momentos. Por lo general, nuestras inquietudes anudan tema, problema y saberes, y aquí no sólo se articulan nuestras lecturas y comprensiones previas sino también se anticipan determinadas decisiones teórico-metodológicas. Un ejercicio interesante es escribir al respecto, el tema proyecta un foco más amplio y general, mientras que el problema lo delimita, lo cuestiona, lo interpela. De este modo, las preguntas, los objetivos, los motivos y la justificación de un determinado tema habilitan el planteo de un problema, puntal de un proyecto de investigación. Me detengo aquí porque una investigación narrativa deberá ser demandada en virtud del problema que deseemos abordar. No cualquier pregunta remite al qué queremos investigar, existen diferentes órdenes de problemas y las preguntas deberían visibilizarlos a fin de tomar decisiones epistemológicas y metodológicas en el curso de un proceso de investigación.

Si nuestro problema de investigación interroga por modos de constitución de las subjetividades, por formas de relación institucionalizadas, por significaciones que producen diferentes actoras/es, por modos en que comprenden sus prácticas, las problematizan y buscan resolver, afrontar, resistir,... un enfoque narrativo, puede constituirse en una opción metodológica y en muchos casos, requiere un proceso de documentación de narrativas, es decir, de relatos que cuentan personas sobre sus vidas o la/s de otras. En el ámbito educativo actual, no nos encontramos con narrativas escritas de forma espontánea por las/os diferentes actoras/es, es necesaria al menos una indagación, un proceso de búsqueda sobre documentos que puedan aportarnos relatos para pensar el problema construido. Como bien detalla Suárez, "... documentar experiencias pedagógicas permite conocer las comprensiones pedagógicas y sociales que hay detrás de sus decisiones cuando enseñan, sus variados puntos de vista, sus supuestos y proyecciones, y da lugar a que las prácticas escolares sean dichas y contadas en el lenguaje de la acción. También, habilita la comunicación y circulación de ideas, conocimientos, innovaciones y proyectos... Supone reconocer el carácter cambiante y particular de estas prácticas de acuerdo a los contextos en los que se desarrollan, así como atender a las potencialidades de transcripción y traducción de esas experiencias en otros contextos" (Suárez, 2007).

Las modalidades de las narrativas, en función de materiales de archivo, pueden ser variadas: entrevistas, cartas, autobiografías, narraciones de experiencias escritas u orales, documentación de expresiones vertidas en foros, incluso registros a partir de observaciones etnográficas. La documentación narrativa de prácticas escolares es "una modalidad particular de indagación narrativa e interpretativa que pretende reconstruir, documentar, tornar públicamente disponibles,

ensionar y volver críticos los sentidos, comprensiones e interpretaciones pedagógicas que los docentes construyen, reconstruyen y negocian cuando escriben, leen, reflexionan y conversan entre colegas acerca de sus propias prácticas educativas” (Suarez, 2010: 85). Sus dispositivos de trabajo focalizan en la elaboración individual y colectiva de relatos pedagógicos y textos interpretativos por parte de los/as sujetos con quienes se pretende trabajar y también se abren a la configuración de grupos colaborativos, conversatorios o comunidades de diálogo.

Metodológicamente es importante diseñar las estrategias de indagación (cómo se obtendrán las narrativas, cómo se las documentará y sistematizará⁸), definir el objeto de estudio (por ejemplo, la construcción de los significados acerca de...), indicar los tópicos en los que se focalizará el análisis (por ejemplo, saberes, configuraciones identitarias, trayectorias, experiencias relativas a..., procesos reflexivos y metacognitivos, etc.), circunscribir el campo o referente empírico (lugar/es, institución/es,..), señalar con quiénes se trabajará (cuyos textos constituirán las unidades de análisis), especificar la utilización de otras técnicas (observación participante, registros etnográficos, grupos focales, entrevistas, etc.), indicar si se desarrollará triangulación de datos que supone el conocimiento de las modalidades particulares de trabajo que requieren las narraciones, discursos, textos registrados en distintos escenarios y de distintos sujetos, propiciar la puesta en tensión de las categorías teóricas con las categorías sociales o locales para producir categorías construidas o intermedias.

8 Esta no es una cuestión menor. Según cuál sea el problema de investigación que nos reclame trabajar con narrativas, podemos encontrarnos con ellas en documentos o archivos escolares. Pero es bien posible que, en caso de proponer a actoras/es institucionales que escriban, que cuenten sus experiencias, nos veamos con dificultades. Sabemos que la práctica escolar institucionalizada ha ido modificando su lenguaje y los géneros discursivos de expresión han cambiado a lo largo del tiempo, desde textos narrativos a informes técnicos en los que desaparecen los sujetos de enunciación, los contextos, las descripciones, las apreciaciones, las miradas, las valoraciones, etc. En estos casos, se vuelve parte del desarrollo metodológico la generación de tiempos y espacios para provocar la escritura de narrativas biográficas o de experiencias pedagógicas, se requieren instancias de habilitación de la palabra, es decir, modos de posibilitar la emergencia y construcción de relatos sobre las propias prácticas educativas. Cada equipo de trabajo deberá evaluar cómo hacerlo pero evitando una instrumentalización de esta práctica. Es importante recordar que escribir, en esos casos, adquirirá sentido en la medida que esas historias, convocadas por un proyecto, sean valoradas como saberes que, puestos en escucha y circulación, nos permitan comunicarnos (desde los conflictos, las interpelaciones, las resoluciones o irresoluciones del problema, desde las reflexiones derivadas de esto), comprender otras perspectivas y dialogar con ellas. Sugiero aquí la consulta del material elaborado por el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación y la OEA (2005), a cargo de Daniel Suarez y Liliana Ochoa.

Los textos narrativos tratan de situaciones, incluyen ideas, teorías, expectativas, intenciones y temores de sujeto/s situado/s siempre en relación con otras/os, con el contexto, con instituciones, con una trama histórica, etc.. En ellos están comprometidos aspectos cognitivos, afectivos y de la acción, las/os sujetos se reconstruyen y se repiensen a la luz del presente. Al narrar se seleccionan hechos o episodios de lo que se vivió, se configuran con/desde ellos sentidos que otorgan significado a aquello que, de otra manera, aparecería disperso y sin relaciones mutuas (Ricoeur, 1999). También en el interés por contar la historia propia aparece la necesidad de explicar, de transmitir algo significativo a una persona que no ha tenido la misma experiencia.

Es posible decidir entre un análisis paradigmático u holístico de las narrativas. El primero implica desarrollar analogías, con foco en categorías comunes o transversales, para alcanzar algún grado de comunicación o vinculación crítica entre los relatos. Se pueden explorar temas comunes o tramas de relaciones, formas de problematización y/o resolución en un conjunto de narraciones surgidas en el campo.

Una dimensión comparativa puede configurarlo, por ejemplo, la temporalidad. Gergen (1999, citado por Sparkes y Devís, 2007) identifica tres formas narrativas en relación con ella: la narración estable (aquella que vincula los acontecimientos de tal modo que la trayectoria de quien habla permanece inalterada en relación con una meta o resultado; las acciones sólo fluyen, ni mejor ni peor, aún ante algún incidente crítico), la progresiva (en la que el relato vincula entre sí acontecimientos de tal modo que el movimiento a lo largo de la dimensión evaluativa y a lo largo del tiempo es incremental), la regresiva (en la que el movimiento es decreciente y se aprecia una resolución hacia el pasado ponderado como mejor).

También el análisis del discurso desde la perspectiva de Arturo Roig (1981, 1984) podría ofrecer elementos al análisis paradigmático. En particular, el filósofo mendocino e historiador de las ideas, nos propone leer lo ideológico en los textos, tanto en su contenido como en su forma, es decir, atender a los modos en que en ellos se valora la vida cotidiana, se dialoga con el contexto, se producen refracciones, se aluden o eluden otros discursos. Todo texto refleja, expresa o manifiesta las contradicciones y conflictividades de la realidad social en y desde la cual se produce, pero también con la que se encuentra en tensión dialéctica, las que pueden a su vez, historizarse (Roig, 1981). Por ejemplo, podemos observar el modo de construcción del relato en su relación con la conflictividad social y la forma en que valora o enfatiza el presente (discurso integrador), el pasado (discurso apocalíptico) y/o el futuro (discurso utópico). Además, podríamos analizar si el relato se posiciona como un discurso contrario es decir, cuestionador

del orden vigente (crítico), o como un discurso justificador del mismo o uno liberador (preocupado por superar la situación). A través de los discursos críticos, es posible desmontar los supuestos de las comprensiones vigentes respecto de determinado orden, la estructuración axiológica de las instituciones que marcaron las experiencias, las contradicciones que pueden sostener prácticas de exclusión, etc.⁹.

El segundo, que es el análisis propiamente narrativo, se focaliza en la singularidad de la trama narrada, supone trabajar con los significados producidos, poniéndolos en relación con el contexto en el que se produjeron y producen/ reproducen. Los relatos siguen la tendencia de describir acciones organizadas de acuerdo con algún orden cronológico y de reconstruir narrativamente sentidos pedagógicos contextualizados (Suarez, 2007). Aquí no se buscan elementos comunicantes, sino significados singulares que configuran la historia y que desde ella, quizás abductivamente, podríamos comprender un contexto y trama de relaciones.

Analíticamente, también podemos proponer una mirada genealógica, que en términos de Foucault, nos permita “percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona; encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por no tener nada de historia; captar su retorno, pero en absoluto trazar las curva lenta de una evolución, sino para reencontrar las diferentes escenas en las que se han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar” (Foucault, 1992: 7). Es decir, abordar la complejidad, la densidad de la práctica como productora de saberes y de subjetividades, historizar las prácticas, visibilizar su contingencia, sus condicionamientos y posibilidades, identificar la/s emergencia/s que se producen siempre en un intersticio y mostrar el juego de fuerzas, las tensiones, las luchas, la procedencia (formación compleja de un concepto, un nombre, un carácter, una decisión, una práctica, narrados/as, negados/as, nombrados/as, silenciados/as).

La investigación narrativa permite mostrar/ significar un conjunto de dimensiones de la experiencia que la investigación formal, de corte tradicional, deja fuera, sin poder dar cuenta de aspectos relevantes (afectos, propósitos, deseos, etcétera). Como modo de conocimiento, la narrativa (o relato) capta la riqueza y detalles de los significados en los asuntos humanos (motivaciones, sentimientos, deseos o propósitos) que no pueden ser expresados en defini-

9 Puede consultarse la detallada descripción de los aportes metodológicos de Arturo Roig a la Historia de las ideas latinoamericanas que realiza Adriana Arpini (2003: 75 y ss).

ciones, enunciados factuales o proposiciones abstractas. Supone una particular reconstrucción de la experiencia, por la que, mediante un proceso reflexivo, se da significado a lo sucedido o vivido (Ricoeur, 1999).

Por lo dicho, el texto que documente el trabajo de investigación realizado no debería traicionar la modalidad teórico-metodológica, pudiendo adoptar una escritura también narrativa. Según se desarrolle el análisis, la estructuración del informe de investigación podría organizarse a partir de las narrativas (o relatos) articulando una trama significativa acerca del objeto de estudio o de los sujetos o de los diálogos. En todos los casos, los/as investigadores/as deben implicarse en la escritura y de ninguna manera volverse extranjeros de su propio texto que será también el de los/las otros/as. El desafío es configurar los elementos en una historia (o intriga narrativa) que unifique, articule, tense y de significado a los datos, buscando no manipular la voz de los participantes. Una modalidad posible es la de invitar e incluir en el trabajo analítico a las/os narradoras/es o personas que brindaron sus experiencias a través de relatos.

Dijimos con Benjamin, que la narración es una práctica artesanal cuyo material es la vida humana y los gestos de su arte, repiten lo irreplicable en la insustituible singularidad de las voces del relato, y al hacerlo proponen el intercambio de experiencias, de lo comunicable pero también de lo incomunicable. Se establece así una forma de justicia, sin sentencias ni jueces, es la sabiduría de una forma de vivir y de la posibilidad de heredarla y compartirla. Lo característico de estas textualidades que pueden conformar los materiales de un trabajo investigativo es que, en palabras de Larrosa, “a pesar de no pretender universalidad en sus enunciados, a pesar de ser voluntariamente fragmentarios, no pierden de vista la situación vital de sus destinatarios, no se alejan de las ansias de transformación de las vidas concretas de la gente. (...) no permite decir la verdad de lo que son las cosas, sino que pretende vehicular un sentido para lo que nos pasa” (Larrosa, 1998: 26). De acuerdo con los problemas que nos planteemos, las canteras (teórico-prácticas) desde las que construimos y nombramos, el horizonte utópico que los instigan, es que las voces, los relatos, las narrativas pueden configurar un enfoque a la vez que materiales de trabajo y la marca de la textualidad con la que articulamos lo que buscamos comprender.

BIBLIOGRAFÍA

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología-OEA 2005 *La documentación narrativa de experiencias pedagógicas*. Disponible en: <http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/documentos/EL004074.pdf>

- Alliaud, A. 2004 “La experiencia escolar de maestros inexpertos. Biografías, trayectorias y práctica profesional” en *Revista Iberoamericana de Educación* N° 34/3. Disponible en: <http://www.rieoei.org/profesion33.htm>
- Arendt, H. 2005 “Comprensión y política. Las dificultades de la comprensión” en *Ensayos de comprensión 1930-1954* (Barcelona: Caparrós).
- Arpini, A. 2003 “Aportes metodológicos para una historia de las ideas. Teoría del texto y semiótica” en Arpini, A. (comp.) *Otros discursos. Estudios de historias de las ideas latinoamericanas* (Mendoza: Qellqaspa).
- Benjamin, W. 1990 *Infancia en Berlín* (Madrid: Alfaguara).
- Benjamin, W. 2008 *El Narrador* (Santiago de Chile: Metales pesados).
- Bolívar Botia, A. 2002 “ ‘¿De nobis ipsis silemus?’: Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación” en *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, Vol. 4, N° 1.
- Bruner, J. 2013 *La fábrica de historias* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Calveiro, P. 2006 “Testimonio y memoria en el relato histórico” en *Acta poética* (México: UNAM) Vol. 27(2).
- Connelly, F; Clandinin, D. 1995 “Relatos de experiencias e Investigación Narrativa” en Larrosa, J. (comp.) *Déjame que te cuente* (Barcelona: Laertes).
- Chartier, R. 2006 *Escribir las prácticas. Foucault, De Certeau, Marín* (Buenos Aires: Manantial).
- De Certeau, M. 2006 *La escritura de la historia* (México: Universidad Iberoamericana).
- Fanon, F. 1974 *Piel negra, máscaras blancas* (Buenos Aires: Schapire Editores).
- Foucault, M. 1992 “Nietzsche, la genealogía, la historia” en *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta).
- Foucault, M. 2009 “La vida: la experiencia y la ciencia” en Giorgi, G.; Rodríguez, F. (comp.). *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida* (Buenos Aires: Paidós/Espacios de Poder).
- Díaz, E. 2007 *La tecnociencia y el deseo* (Buenos Aires: Biblos).
- Geertz, C. 2000 *La interpretación de las culturas*, (Barcelona: Gedisa)..
- Giorgi, G. ; Rodríguez, F. 2009 “Prólogo” en Giorgi, G.; Rodríguez, F. (comp.) *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida* (Buenos Aires: Paidós/Espacios de Poder).
- Guber, R. 2001 *La etnografía, método, campo y reflexividad*, (Bogotá: Norma).

- Larrosa, J. 1998 *La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación* (Barcelona: Alertes).
- Quijano, A. 2014 *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (Buenos Aires: CLACSO).
- Restrepo, E. 2012 *Antropología y estudios culturales*, (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Reyes Mate, M. 1991 *La razón de los vencidos* (Barcelona: Anthropos).
- 1997 *Memoria de Occidente* (Barcelona: Anthropos).
- 2006 *Medianoche en la historia. Comentarios a las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de historia"* (Madrid: Trotta).
- Ricoeur, P. 1999 *Historia y narratividad* (Barcelona: Paidós).
- Ripamonti, P.; Lizana, P.; Yori, P. 2016 "La construcción de los saberes prácticos docentes. Una mirada desde narraciones biográficas y pedagógicas" en *Saberes y prácticas. Revista de Filosofía y Educación*. Vol. 1. Disponible en <http://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/saberesypracticass/articulo/view/780>
- Rockwell, E. 1987 "Reflexiones sobre el proceso etnográfico (1982-1985)". Informe final del Proyecto "La práctica docente y sus contextos institucional y social" en Elsie Rockwell y Justa Ezpeleta (coord.), Ruth Mercado, Citlali Aguilar, Etelvina Sandoval (Ciudad de México: DIE).
- Roig, A. 1981 *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano* (México: Fondo de cultura Económica).
- 1984 *Narrativa y cotidianidad, la obra de Vladimir Propp a la luz de un cuento ecuatoriano* (Quito: Serie Cuadernos de Chasqui).
- Rufer, M. 2016 "El archivo: de la metáfora extractiva a la ruptura poscolonial" en Rufer, M.; Gorbach, F. (eds) 2016 *(In)disciplinar la investigación: el archivo, el campo y las disciplinas* (México: Siglo XXI Editores).
- Sardi, V. 2013 "La escritura de las prácticas en la formación docente en letras" en Sardi, V. (coord.) *Relatos inesperados. La escritura de incidentes críticos en la formación docente en letras*, (La Plata: Universidad Nacional de La Plata)
- Segato, R. 2013 *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda* (Buenos Aires: Prometeo).
- Suárez, D. 2010 "Docentes, narrativa e investigación educativa. La documentación narrativa de las prácticas docentes y

- la indagación pedagógica del mundo y las experiencias escolares” en Sverdlick, I. (comp.) *La investigación educativa. Una herramienta de conocimiento y de acción* (Buenos Aires: Novedades Educativas).
- 2003 “Gestión del currículum, documentación de experiencias pedagógicas y narrativa docente” en Observatorio Latinoamericano de Políticas Educativas del LPP-UERJ. URL: www.lpp-uerj.net/olped
- Sparkes, A. y Devís J. 2007 “Investigación narrativa y sus formas análisis: una visión desde la educación física y el deporte”. Exposición en 1º Simposio Internacional Educación, Cuerpo y Ciudad, Colombia, Universidad de Antioquia. Disponible en: http://viref.udea.edu.co/contenido/publicaciones/memorias_expo/cuerpo_ciudad/investigacion_narrativa.pdf.
- Vignale, S. 2011 “Experiencia y narratividad en Walter Benjamin” en *Revista Páginas de Filosofía*, Vol. 12, N° 15, pp. 5- 16.
- Walsh, C. 2015 “Lo pedagógico y lo decolonial. Entretejiendo caminos” en Walsh, C. (Ed.) *Pedagogías decoloniales. Prácticas insurgentes de resistir, (re)existir y (re)vivir* (México: Querétaro).
- Zeller, N. 1998 “La racionalidad narrativa en la investigación educativa” en McEwan, H. y Egan, K. (comp.) *La narrativa en la enseñanza, el aprendizaje y la investigación* (Buenos Aires: Amorrortu).

Valeria Fernández Hasan

COMUNICACIÓN Y GÉNERO

EL DEVENIR DEL CAMPO EN EL ENTRE/SIENDO COMUNICÓLOGA FEMINISTA

Algunas herramientas para pensar objeto y métodos

LA CONSTRUCCIÓN DE OBJETOS EN COMUNICACIÓN Y GÉNERO. EXPERIENCIA Y TEORÍA SITUADA

Experiencia y teoría situada son el punto de partida insoslayable para un relato que pretende transmitir algunas pistas del que/hacer teórico y metodológico en torno de una disciplina de la que se ha escrito y dicho tanto sin llegar a acuerdos acabados. Hacerlo desde una lectura feminista es una apuesta que pone en juego no solamente utilizar como herramienta metodológica la perspectiva de género, sino precisamente articular la teoría feminista como marco teórico interpretativo en la construcción de los objetos.

Para empezar diremos, brevemente, en relación a la noción de experiencia que su legado proviene de la tradición británica introducida por Williams y Thompson que remite a comportamientos, acciones, pasiones, resistencias, sentimientos, percepciones; una gama amplia de registros del mundo anclados a una subjetividad atravesada por la relación entre pasado y presente en el marco de un terreno no elegido, marcado por las circunstancias históricas. La experiencia incluye la repetición de la vida cotidiana, y al mismo tiempo, los acontecimientos decisivos, las transformaciones en las

condiciones de vida. Finalmente, y de manera fundamental, remite siempre a gente real en un contexto real (Thompson, 2002). Es en la referencia a Thompson donde la dimensión subjetiva resulta central para considerar la dimensión corporal de la experiencia, es decir, su carácter sexuado.

Por el lado de las feministas, la noción de experiencia ha sido largamente teorizada y remite de manera fundamental a poner de relieve, precisamente, la diferencia corporal y las consecuencias políticas que esto tiene para las mujeres. Desde los grupos de concienciación hasta la exposición de las marcas sexuales, corporales y subjetivas en la construcción del conocimiento, la de experiencia es una categoría ampliamente trabajada por la teoría feminista. Así, la categoría de experiencia promete, precisamente a causa de sus ambigüedades, tender puentes y pensar de modo complejo las significaciones de la experiencia entendida como subjetiva y corporal, como ubicada, como fuente de crítica y rebelión; como marcada por las relaciones de dominación. De esta manera, la experiencia puede ser recuperada como núcleo para la generación de discursos y prácticas que permitan recordar y relatar las experiencias cotidianas de dominación y resistencia situándolas en las condiciones históricas más amplias en las que se produjeron (Stone-Mediatore, 1999).

En cuanto a la teoría situada, del punto de vista o standpoint, ésta pone el énfasis en el carácter situado de la mirada y en la imposibilidad de la “objetividad” científica otorgándole valor precisamente a la explicitación del punto de vista del/a investigador/a, a su formación, recorrido, tradición disciplinar, a su clase/género/etnia, etcétera, haciendo un uso estratégico de esta puesta en discurso. En este sentido, Haraway sugiere que puede haber una manera específicamente feminista de hacer ciencia. Así, de origen marxista, la teoría feminista del punto de vista (Harding, 1986, Smith, 1974) parte del reconocimiento del carácter socialmente situado de las creencias. La situación de las mujeres les otorgaría el privilegio epistemológico en un mundo dominado por los hombres, un privilegio derivado que desde su posición marginal, las mujeres podrían ver lo que a los hombres se les escapa desde sus posiciones de poder. La “objetividad fuerte” proporcionada por el punto de vista feminista se opone a la noción tradicional de “objetividad” masculina, patriarcal, androcéntrica. Como vemos, entonces, quien investiga se presenta no como la voz invisible y anónima de la autoridad, sino como la de un individuo real, histórico, con deseos e intereses particulares y específicos. La introducción de este elemento subjetivo al análisis incrementa la objetividad de

la investigación, mientras disminuye el objetivismo que tiende a ocultar este tipo de evidencia al público (Harding, 1986).

Esta forma de relación entre el investigador y el objeto de investigación se denomina “reflexividad de la ciencia social” (Harding, 1998: 7-8). La epistemóloga argentina Ana María Bach, señala que la importancia de Harding, para el pensamiento feminista, ha hecho que su epistemología fuera entendida como una teoría del conocimiento y no como un método para hacer investigación. De este modo, la teoría prescribe empezar por la vida de las mujeres para poder identificar qué situaciones, dentro de las relaciones naturales y/o sociales, necesitan ser investigadas y qué es lo que puede resultar útil para que ellas se interroguen acerca de sus realidades. De acuerdo con Harding, la investigación en las ciencias sociales debe partir explícitamente de la ubicación social de la experiencia vivida de quienes fueron tradicionalmente acalladas y acallados. Es por eso que introducir la experiencia de las mujeres en la investigación representa una incorporación novedosa de un recurso empírico y teórico no tenido en cuenta en la Academia: históricamente la única experiencia tomada en consideración ha sido la de los varones blancos, occidentales y de clase media (Bach, 2010).

LAS PRÁCTICAS Y LOS TEXTOS: EL OBJETO

El brasileño Luiz Martino (2001) sostiene que la comunicación es una disciplina cuyo objeto de estudio son las nuevas prácticas comunicacionales. Desde esta perspectiva articulo desde hace años mis indagaciones con el punto de vista de género/feminista.

Para Martino, los medios de comunicación son la expresión más constante y evidente del objeto de la Comunicación. El autor entiende que el campo es interdisciplinario ya que varias disciplinas contribuyen a la construcción de una disciplina con un objeto de estudio singular. En este sentido, coincido con Martino en que la mirada debe estar puesta en los medios masivos de comunicación y que dependiendo de cómo se construya en cada caso el objeto podrá incluir también a los medios alternativos. Pero no será todo ni cualquier cosa estudiable desde o a través de los medios. El objeto de la Comunicación serán, desde la perspectiva que propongo, las prácticas comunicacionales desde los medios masivos y/o electrónicos y sus textos (gráficos, sonoros, visuales, audiovisuales, redes sociales, blogs, portales) desde un punto de vista situado. El objeto de la Comunicología serán, con mayor precisión entonces, los procesos y las prácticas comunicacionales y sus textos en los medios masivos y las TICs en el marco de la función de transmisión y circulación de ideología que las industrias culturales poseen.

Esta propuesta en proceso de estudio recupera desde una matriz gramsciana los aportes de la teoría crítica, la teoría situada de Haraway (1988) y la tradición de los estudios en Comunicación de la región y recibe una fuerte impronta de los estudios de género/feministas.

Llegar a este punto ha sido un proceso tras varios años de formación, elecciones personales, recorridos y circuitos en nada azarosos. Quiero decir, producir conocimiento desde estos postulados implica un compromiso vital que excede lo meramente profesional o académico. Dicho de otro modo, hacer visible y poner en juego y discusión como un elemento más de nuestras construcciones teóricas la experiencia situada trae, sin dudas, consecuencias diferenciales para nuestros aportes científicos. Como señala Ana María Bach (2010), en tanto seres humanos nuestra situación está biográficamente determinada: nacemos en el seno de algún tipo de conformación familiar y en un medio social que nos trasmite, a veces en forma deliberada y la mayoría de las veces no, los saberes de la vida cotidiana. Esos saberes se corresponden con el hecho de que vivimos en un espacio geográfico particular y en un momento históricamente determinado, hecho que delimita nuestras posibilidades, modos de elección y acción. Hacer estudios de género y comunicación produce, por otro lado, un *habitus* que inevitablemente se traslada a otros ámbitos de la vida, invadiéndolos. El hecho de trabajar a diario con textos, con palabras, con imágenes, y el hecho de poner estas palabras e imágenes en discusión, de someterlos a crítica, de desnaturalizarlos, nos permite a quienes lidiamos habitualmente con estas cuestiones, adquirir un entrenamiento extra respecto de las relaciones cotidianas entre las personas, las relaciones laborales, familiares, políticas, sociales. Tener herramientas para analizar desde y con la comunicación desde un punto de vista de género y/o feminista puede llegar a ser una elección de vida, de esas de las que una ya no puede volver, porque ya no elige dejar de ver, escuchar, darse cuenta, hacerse cargo, simplemente se han convertido en una forma de ser en el mundo. A partir de esta constatación, que partiendo de lo personal me sitúa teórica y disciplinariamente he organizado el texto que traigo a continuación. En él comparto el derrotero de pequeñas y grandes transformaciones que van desde los inicios de mis incursiones en los medios tras las imágenes y los discursos de las mujeres para comprender algunos de los postulados que sostengo hoy. Además propongo un pantallazo general en torno de qué entendemos por la articulación entre Comunicación y Género que servirá para entender también por qué y cómo nos acercamos y construimos nuestros objetos quienes estamos modelando este espacio.

EL DEVENIR DEL CAMPO: COMUNICACIÓN Y GÉNERO EN PERSPECTIVA

La relación entre estudios de género/teoría feminista y estudios de comunicación/comunicología cuenta ya con varias décadas en la Región. Claudia Laudano (2010) ha realizado una interesante sistematización donde no sólo narra los modos en que se fueron articulando ambos espacios sino que explica algunos de los avatares por los que debieron pasar la academia y el movimiento feminista hasta encontrar un espacio dentro de los estudios de comunicación. De acuerdo a lo señalado allí, el enfoque determinista de los años '70, bajo la influencia del estructuralismo, la semiología y el marxismo, propició que los análisis feministas priorizaran el estudio de las representaciones de los medios como espacios de reproducción de la ideología dominante. En ese primer momento, las revistas femeninas se convirtieron en objeto de estudio prioritario en orden a revisar los esquemas organizadores de la diferencia sexual (Laudano, 2010: 41). Michèlle Mattelart se erigió como la representante más destacada de ese período. La etapa se instituyó como la intervención fundante respecto del androcentrismo en el campo comunicacional, al tiempo que estimuló la circulación de un variado espectro de medios alternativos producidos por mujeres con miradas diferentes y lenguajes estéticos capaces de disputar los sentidos hegemónicos. En este sentido, ante la imposibilidad de modificar o acceder a los medios masivos, el movimiento de mujeres realizó una intensa producción comunicacional de tipo alternativa con características de educación popular poniendo a disposición de esas primeras feministas cartillas, volantes, emisoras radiales, editoriales, revistas, diarios. Sin embargo, su circulación fue de tipo cerrada y con escaso impacto en la escena pública masiva.

Las primeras publicaciones de corte netamente feminista que aparecieron, por aquella época, fueron *La Revuelta* y *fem*, en México, la peruana *Viva*, *Mulheiro* en Brasil, el suplemento *La Mujer* del diario argentino *El Tiempo*, *Palabra de Mujer* de Puerto Rico y la colombiana *La Manzana*, entre otras. La novedad más significativa que las aunaba era que por primera vez el sexismo era tema de tratamiento público y, en consecuencia, también la vida cotidiana junto a la violencia, el mundo del trabajo y el movimiento de mujeres.

La hipótesis de Claudia Laudano es que el punto crítico de ese primer enfoque de los estudios de comunicación y género radicó en que se visualizaba el proceso de comunicación en un sentido unívoco y uniforme. Dicho de otro modo, esta perspectiva adjudicaba a los medios la capacidad de imponer sentidos, una especie de determinismo sobre la recepción/consumo. En cuanto a la noción de sujeto/mujer,

ésta aparecía poco problematizada sin parecer necesario relevar las formas de decodificación por parte de las lectoras ya que se suponían normatizadas por la codificación y la eficacia de la manipulación de los medios. En esa primera etapa, “los trabajos se formularon en mayor medida desde la dicotomía feminidad-feminismo, siendo el último polo el lugar crítico desde donde exclusivamente se situaron los analistas [...] En síntesis, crítica feminista para feminidades comerciales” (Laudano, 2010: 46).

A partir de los tempranos ‘80 se da forma a un segundo momento cuando comienza a cuestionarse la relación entre los textos y el consumo/recepción. Los principales postulados proclaman para la época el desplazamiento desde el poder textual hacia las estrategias interpretativas de las audiencias, de la mano de Morley en la versión británica y de Landi, en la escena vernácula. Lo que se estimuló fue la investigación empírica de los contextos y las prácticas de recepción y estudios de audiencia. Llevado a los estudios de comunicación y género, Laudano señala que “el género es considerado un organizador de sentidos significativo aunque no exclusivo” (2010: 44). Es decir, este tipo de estudios permitió hacer visible que las sujetas realizaban lecturas singulares en condiciones concretas; que de alguna manera eran “engendradas por las lecturas que perfilan significaciones de género preferentes, a la vez que producen significaciones en la vida cotidiana que desbordan dichas significaciones de género” (Laudano, 2010: 45). Estos estudios trasladaron la idea del poder centrado puramente en los medios hacia el sujeto, en prácticas concretas de consumo cultural, en el marco de actividades de la vida cotidiana. Una autora representativa clave para consulta obligada fue Ien Ang y sus trabajos sobre estudios de audiencia.

La investigación pionera para revisar la época fue *Watching Dallas* en 1982, en Holanda, donde Ien Ang innovó en la metodología de investigación al romper con la supuesta objetividad en la investigación y la distancia “óptima” con el objeto ya que ella misma era una consumidora del producto. Armó un *corpus* con 42 cartas de televidentes, la mayoría mujeres. Pudo verificarse tras el estudio que el placer aparecía vinculado con las libertades del entretenimiento. Ang sostuvo además que la característica más importante fue que se centró en una “estructura de sentimiento”, a lo Williams, que pendulaba en torno a la fluctuación incesante entre felicidad e infelicidad. Una estructura del sentir “trágica”, sustentada en la idea de que la felicidad no dura para siempre sino que es precaria. Según Ang, desde un proyecto feminista que espera lucha y resistencia por parte de las mujeres, los personajes

femeninos de la serie, caracterizados por el fatalismo y la pasividad harían incompatible dicha estructura trágica de sentimientos con una sensibilidad feminista.

En relación al campo comunicacional latinoamericano, en un comienzo, la difusión de estas perspectivas generó reticencias porque desdibujaba el análisis organizado desde una lectura de las relaciones de dominación de clases y al mismo tiempo, temor a ver desplazados marcos interpretativos macroestructurales de los fenómenos de comunicación en pos de estudios etnográficos o de tipo micro.

La entrada inicial fue por el lado del estudio de las telenovelas, como el producto melodramático típico de la región, especialmente consumido por las clases populares y las mujeres. Luego se produjeron estudios exploratorios sobre recepción y consumo cultural de otros formatos como los talk shows y los reality shows. Estos estudios pusieron en circulación una noción de poder no exclusivamente mediocéntrica sino desplazada hacia los/as sujetos en prácticas concretas de consumo cultural.

El tercer momento de la periodización propuesta para entender la construcción del cruce *comunicación y género*, se ubica a partir de los años '90 y se profundiza en el nuevo siglo. Si bien coexisten perspectivas teóricas feministas diversas relacionadas con el poder, la acción, la sujeción, la subjetividad y la producción de sentidos en la vida cotidiana, se destaca una que resultó innovadora, dedicada a la producción de revistas para mujeres y jóvenes como un espacio de articulación compleja de transformaciones culturales que ocurren en distintas dimensiones de la vida contemporánea (Laudano, 2010: 48).

Se trata de la propuesta propulsada por Angela McRobbie dentro de la tradición del análisis comunicacional, proveniente de los estudios culturales británicos. Ubicar este tercer momento dentro del marco de los estudios culturales (EC) cobra mayor coherencia aún en el escenario general del derrotero de los estudios en comunicación y el gran impacto que los EC tuvieron en los '90 dentro del campo, sobre todo en América Latina¹.

1 Sobre el devenir de los EC en América Latina y su impacto en los estudios de comunicación la academia latinoamericana y argentina tuvieron su punto más álgido de debate hacia mediados de la década de los 90 y principios de la de 2000. Un diagnóstico sobre el particular puede consultarse en Fernández Hasan (2011), Balance de los Estudios Culturales en América Latina. La ruta de la Comunicación en la definición de objeto. *Nómadas*. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas. Universidad Complutense de Madrid. Disponible en http://www.ucm.es/info/nomadas/MT_americalatina/index.html

La formulación de McRobbie se basó en un supuesto previo relacionado a la idea de que las lectoras en los tempranos '90 se presentaban más reflexivas, plurales y autónomas y que este hecho había llevado a la industria editorial a ocuparse de ese nicho de manera diferencial. A partir de esta hipótesis, la autora británica retomó un estudio basado en la revista *Jackie* realizado bajo el paradigma del análisis textual con enfoque determinista y sostuvo que en el espacio interdiscursivo de la producción de los materiales, dos décadas después, aparecían periodistas en secciones diferentes y con otras jerarquías, influenciadas por el feminismo, tanto por la militancia feminista como por los estudios de género en la academia (Laudano, 2010: 48).

De las conclusiones de McRobbie, se desprende la sugestiva categoría *de comunidad imaginada* que bien puede proyectarse en la actualidad a diferentes productos comunicacionales feministas contrahegemónicos. En este sentido, la autora sugiere que a través de las páginas de las revistas se construye una comunidad imaginada donde confluyen productoras y lectoras/consumidoras. Las revistas en sí son el lugar donde coinciden y chocan al mismo tiempo, los intereses entre editores/as, anunciantes y redactoras. Simultáneamente, es un espacio que desafía a repensar la categoría de lectoras como espacio de proyección de las productoras. McRobbie sostiene, incluso, que al contratar personal para las diferentes secciones lo que se persigue es semejanza con el ideal de lectora que se cree tener (Laudano, 2010).

La propuesta mcrobbiniana contempla la indagación en los procesos de producción mediática, donde destaca los cambios en las prácticas cotidianas de las profesionales involucradas en sus contextos institucionales. De este modo incluye análisis de las rutinas laborales, en particular, de redactoras y editoras de secciones o encargadas de tomar decisiones. Para relevar a las lectoras, sugiere realizar etnografías de lecturas que puedan dar cuenta de sus experiencias, situadas y acotadas en el tiempo, conforme a una noción de subjetividad fragmentada.

En este devenir de los estudios de comunicación y género, en lo que se ha identificado como este tercer momento comienzan a jugar simultáneamente un rol preponderante las TICs. La multiplicación del flujo de mensajes y la comunicación modificó el escenario de las geografías locales en industrias globalizadas enredando el espacio de lo político y lo social, de la conversación colectiva y comunitaria, convirtiéndose en los emisores y canales de información más importantes que dicen lo que sucede a todos y todas en cualquier momento, sin dejar de lado los intereses del capital que los sostiene pero haciéndolos todavía más intangibles. El desarrollo de las tecnologías comu-

nicativas alteró de forma irreversible la naturaleza de la producción simbólica y el intercambio creando formas diferentes de interacción no siempre asociadas al hecho de compartir un lugar físico común. La explosión inusitada de posibilidades para dar a conocer una noticia, difundir conocimientos, informar novedades, hacer circular ideas, promocionar productos, bajo distintas modalidades, ha transformado radicalmente la visión que teníamos, hasta no hace mucho, tanto de la comunicación como del periodismo.

La respuesta de los feminismos fue la creación de espacios de reflexión, de dimensiones globales sobre aquellos temas de interés común, entre los que se encontraba la comunicación. Las tres reuniones previas a la Conferencia Mundial de la Mujer en Beijing², en el '95, todo un hito para el tema, anticiparon que la comunicación se erigiría como un tópico altamente relevante para la ciudadanía de las mujeres. Las conclusiones generales de todo el período indican que a 15 años de Beijing, no se aportó la necesaria perspectiva de género en el análisis, no se logró una modificación radical del rol de las mujeres como trabajadoras de los medios ni como sujetas ni como productoras de las noticias (Chaheer, 2007: 100).

En este sentido, Dafne Plou, coordinadora regional del Programa Derechos de las Mujeres de la Asociación para el Progreso de las Comunicaciones (APC), sostiene que aún perduran deudas en la medida en que todavía cuesta analizar la información con sentido de igualdad de derechos, y dejar de lado estereotipos, ataduras culturales y brechas económicas. Para Plou

si bien prima la idea de que los gobiernos no deben inmiscuirse en los contenidos de los medios de comunicación, por temor a imposiciones y censuras, hay mucho que se puede hacer desde el ámbito de la educación [...] En general han sido escasas las políticas de TIC implementadas que incluyeran la perspectiva de género. Da la impresión de que se espera que todos, niñas y niños, estudiantes, personas adultas, lleguen de la misma manera al uso de las tecnologías y a los beneficios que trae ese uso (Fernández Camacho, 2015).

Por otro lado, específicamente en cuanto a los resultados concretos de las políticas implementadas en estos 20 años, el informe Indicadores de Género para Medios de Comunicación que la UNESCO compiló junto con la Federación Internacional de Periodistas señala que los hombres ocupan la gran mayoría de los cargos directivos y gerenciales

2 Comunicación que empodera a las mujeres en Bangkok, 1994; Encuentro Regional de Comunicación y Género en Quito, 1994; Simposio Internacional sobre mujeres y medios, Toronto, 1995.

de los medios en las siete regiones del mundo (74,1% y 72,7% respectivamente); y que la imagen que se presenta en las noticias sigue siendo predominantemente masculina. En este sentido, las representaciones, las voces y los discursos autorizados son mayoritariamente masculinos (76%). En cuanto a las mujeres, aparecen prioritariamente en temas relacionados con crímenes, violencia, celebridades y entretenimiento (Fernández Camacho, 2015).

En el caso puntual del último relevamiento del Proyecto de Monitoreo Global de Medios (GPMMP) en 2015, el informe señala que el progreso de las mujeres en los medios está estancado. De allí se deriva que el 24 por ciento de las personas que se ven en las noticias, sobre las que se lee en los periódicos, o se escucha en la radio y la televisión son mujeres. Estos valores son exactamente los mismos que se registraron en el informe de 2010. En cuanto a las representaciones específicamente, la presencia femenina en las noticias está, fundamentalmente, relacionada con roles asociados a lo femenino tradicional, como los concursos de belleza. La imagen de la mujer en los medios de comunicación está básicamente relacionada con el rol estereotípico de la mujer en la familia, como madre y esposa.

Para el caso argentino, donde como señala Silvia Elizalde (2007), la producción de conocimiento sobre comunicación y género en las últimas dos décadas está en manos de especialistas, graduadas en general ya de carreras de comunicación social o ciencias de la comunicación, el punto de partida es un conocimiento del campo, que en este aspecto, sus antecesoras no tenían.

En cuanto a las problemáticas abordadas hay un consenso generalizado en que el cruce más recurrente es el de medios y género. Medios como el escenario de disputa ideológica por la hegemonía donde la teoría feminista y los estudios de género resultan herramientas para poner en cuestión la presunta armonía preestablecida entre división y visión del mundo que el discurso de los medios despliega. Sobre este telón de fondo los análisis giran en torno de las representaciones y los discursos de las mujeres en los medios; el tratamiento periodístico (sexismo, discriminación, juventudes, violencia machista, violencia mediática, delitos sexuales, derechos sexuales y reproductivos, aborto) y los procesos de recepción y usos de medios por parte de las mujeres. En los últimos años ha sido importante por su relevancia, la introducción de estudios relativos a la organización y rutinas profesionales de las empresas mediáticas. Estos estudios colaboran en la desnaturalización de la supuesta neutralidad de los medios como empresas y en la comprensión de los intereses (políticos, económicos e ideológicos) de estas empresas como actores claves de la contienda por el poder real.

PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN, HERRAMIENTAS METODOLÓGICAS Y RECORRIDO TEÓRICO: INVESTIGACIÓN EN ACTO

DEL GÉNERO COMO HERRAMIENTA METODOLÓGICA A LA TEORÍA FEMINISTA COMO MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO: LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO/DEVENIR FEMINISTA

El debate acerca del objeto en/de las ciencias de la comunicación es arduo y no está cerrado. Participamos de él a través de la construcción de nuestros propios objetos y de la puesta en discusión de los resultados de las investigaciones de las que formamos parte en ese proceso complejo que Bourdieu denominó *vigilancia epistemológica* (2002). Como decía páginas arriba, desde mi posición, siguiendo a Martino (2001), el objeto de la Comunicología son los procesos y las prácticas comunicacionales y sus textos en los medios masivos y las TICs en el marco de la función de transmisión y circulación de ideología que las industrias culturales poseen. No obstante, pude llegar a algunas de estas definiciones tras varios años de búsquedas, de recorridos borrosos, incertezas y acalorados debates. Más preguntas y más preguntas cada vez. Atisbos de respuestas, a veces. Acercarme a tientas. Retroceder. Avanzar. Detenerme. Seguir preguntándome, sola y con otros y otras.

En ese proceso de inquietudes, avanzar y retroceder, no solamente en cuanto a preocupaciones teóricas sino también en lo referido a cuestionamientos políticos y sociales que determinaban mis miradas y modificaban sustancialmente *el objeto*, las primeras preguntas tuvieron que ver con las formas de representación de las mujeres en los medios de comunicación, específicamente en la televisión y la gráfica. Me preocupaba en aquel momento qué incidencia tenía la TV sobre la formación de una cultura común compartida en relación al ejercicio de la condición ciudadana y quería saber cómo se había reconfigurado la relación público-privado a partir de la massmediatización de la cultura y los procesos de ciudadanización de las mujeres. Esa investigación nodal para mi recorrido futuro fue abriendo el paso a otros interrogantes.

Revisadas en perspectiva aquellas primeras conclusiones confirman no solamente que enfocar la mirada *en las prácticas comunicacionales y sus textos* en los medios es *el lugar* para la pesquisa en comunicología sino que muestran cuántos “datos” arrojaron, verdaderas pistas para seguir indagando. Algunas fueron retomadas en las investigaciones que siguieron. Otras, aunque no fueron continuadas, sorprenden por la vigencia que aún tienen. Veamos cómo cerraba aquella indagación:

(...) podemos decir que los temas que logran ingresar lo hacen en razón de la articulación entre agenda de los medios y agenda feminista. En este sentido, es de fundamental relevancia que las noticias se inscriban bajo el orden de lo consensuado internacionalmente. Los organismos internacionales, por un lado, resultan un aval, un respaldo, ante los embates de las fracciones más conservadoras de la sociedad y, por otro, son el horizonte donde apuntar la mirada en la comunidad globalizada a la que los medios quieren pertenecer. Por otro lado, es importante señalar, que no hay un escenario configurado por los medios para la ciudadanía de las mujeres. Lo que hay es sólo la posibilidad de ser vistas a través de este campo de visibilidad que los medios propician.

El ingreso de los/as diferentes pone en cuestión la equivalencia que funda el orden político moderno y que indica que ciudadano es el varón, blanco, propietario. Desde este lugar entonces, la tensión se juega entre la demanda de inclusión en el orden universal de la ley y la imposibilidad de absorción del conflicto, la diferencia, el orden real.

En el espacio definido por los medios para ser vistas se reedita el conflicto cristalizado en la dicotomía mujeres/madres relegadas al espacio privado vs. individuos/ciudadanas con posibilidades de inserción en el espacio público en pie de igualdad con los varones pero desde el reconocimiento de su diferencia sexual. Hasta ahora el primer par viene ganando con ventaja.

Finalmente, los medios no disponen de un escenario donde la construcción de sentido común pueda realizarse. La massmediatización de la cultura bajo la lógica del capitalismo tardío neutraliza toda perspectiva crítica y propicia el refuerzo del sentido común dominante a través de las imágenes que los medios producen y reproducen. Si bien el discurso propicia prácticas, estas prácticas exceden los discursos. En este sentido, los discursos mediáticos no trascienden la materialidad de la experiencia ya que le hablan a una ciudadanía imaginaria sólo posible si igualamos mercado y consumo, con ciudadanía, olvidando que para que haya ciudadanía, los sujetos deben compartir algo más que gustos, preferencias y productos. Algo del orden de la lengua, del pasado común, de los rituales. Pero no solamente esto. Son las prácticas, la densidad de la cultura, la materialidad de la existencia lo que hace al común compartido ineludible para la construcción de ciudadanos y ciudadanas (Fernández Hasan, 2006).

Luego de esos primeros hallazgos concentré mi atención en la cuestión de la inscripción de los sujetos subalternos en razón de la clase y el género sexual en el orden político en tanto esto, lejos de constituir un asunto de consenso, resulta objeto de agrios conflictos. Habermas (1991) y su seguidora Nancy Fraser (1992) aportaron los elementos para escudriñar en aquellos medios identificados como contrahege-

mónicos. Lo que intenté dilucidar fue si en su accionar prevalecía el separatismo del ghetto o la publicidad de ideas. Este último punto me resultaba una apuesta desafiante ya que me colocaba en el núcleo del debate por los sentidos y la lucha que en el campo de la cultura se libra por la hegemonía.

La propuesta de Fraser en torno de los contrapúblicos subalternos los definía como aquellos escenarios discursivos paralelos en los cuales los miembros de los grupos sociales subordinados crean y circulan contradiscursos para formular interpretaciones oposicionales de sus identidades, intereses y necesidades. Tal como lo indica Williams (1980), no debemos descuidar la importancia de aquellas obras e ideas que, aunque claramente afectadas por los límites y las presiones hegemónicas, constituyen rupturas significativas respecto de ellas. También, en parte, pueden ser neutralizadas, reducidas o incorporadas a pesar de lo cual sus elementos más activos se manifiestan, no obstante, independientes y originales.

Como consecuencia del trabajo con los contrapúblicos, la noción de espacio público fue cobrando cada vez más relevancia en el conjunto de mis inquietudes. En adelante, si bien el ángulo de mira siguieron siendo los medios, la intención fue observar cómo se transformó el espacio público en los últimos años, qué características fue adquiriendo como consecuencia de la aparición y establecimiento de contrapúblicos variados, y qué rol han venido jugando las TICs en el debate por la cosa pública.

El resquicio más significativo que abre Internet y las redes sociales, para su utilización como herramienta para la promoción de otro tipo de relación social, es la democratización y popularización de los métodos de acceso y distribución de información.

El grado de responsabilidad de los media en estas transformaciones no tiene que ver solamente con las innovaciones tecnológicas sino con que las TICs propician formas novedosas de interacción, nuevos tipos de relaciones sociales y de maneras de relacionarse. El desarrollo de las tecnologías comunicativas modificó de manera irreversible la naturaleza de la producción simbólica y el intercambio en las sociedades contemporáneas, creando formas alternativas de acción e interacción y nuevas maneras de ejercer el poder, no siempre asociadas al hecho de compartir un espacio real en común³.

3 Revisamos los orígenes de la esfera pública política, derivada directamente de la esfera pública literaria, con escenario en los salones, cafés y periódicos. Su primera definición es ser un espacio en el que las personas privadas hacen uso público de su razón: la esfera de las personas privadas reunidas en un público. Esta comunicación postula una igualdad de naturaleza entre sus diferentes participantes.

Progresivamente, el fenómeno de la propiedad pública se ha ido desvinculando de la idea de una conversación dialógica en un lugar físico compartido y se ha convertido en des-espacializada y no dialógica, y más vinculada al tipo de visibilidad distintiva producida por y a través de los media (Thompson, 1998). Tenemos entonces dos características del espacio público habermasiano fundamentales para reflexionar: por un lado, el hecho de que como efecto de las transformaciones en los medios a lo largo del siglo XX, ya no estemos hablando acerca de un espacio de co-presencia física; y por el otro, la conciencia política y teórica de que desde los inicios de la modernidad hubo, tanto grupos que no fueron incluidos en la esfera pública burguesa por cuestiones de raza, de género o de clase; como discursos y actividades opositores, producidos por fuera de la burguesía, por diversos movimientos populares⁴. Esta combinación de no presencia con producción de discursos alternativos a los hegemónicos es la que me incitó a explorar en las modalidades y particularidades que los medios virtuales brindan para la producción de discursos contrahegemónicos, y en la aparición de contrapúblicos críticos.

Finalmente, otro aspecto en el que me detuve fue en la articulación entre espacio público y contrapúblico feminista y en la distancia entre intercambios virtuales y prácticas reales. De acuerdo con Thompson (1998), antes del desarrollo de los medios de comunicación, los materiales simbólicos empleados por gran parte de los individuos para los propósitos de la formación del yo se adquirían en contextos de interacción cara a cara. Para la mayoría, la formación del yo estaba ligada a lugares en los que habían vivido e interactuado con otros y otras. Hoy, de acuerdo al argumento esgrimido por Thompson, el proceso de formación del yo depende cada vez más del acceso a formas mediáticas de comunicación, impresas y electrónicas. El conocimiento local, dice él, es completado, y progresivamente desplazado, por nuevas formas de conocimiento no local que se encuentran fijas en un estrato material, reproducido técnicamente y transmitido a través de los media.

Luego del alto en el camino que representó una atención especial al debate en torno del espacio público y su importancia para entender, desde la comunicología, qué sucede con un actor político que ocupa un lugar cada vez más visible –movimientos feministas/de mujeres– me encontré ante la encrucijada de decidir por cuál ruta seguir el de-

4 En este sentido, Fraser (1992) ha señalado que el potencial utópico de la concepción burguesa de la esfera pública nunca se realizó plenamente en la práctica, sino que siempre existieron públicos rivales donde las relaciones entre el público burgués y los demás públicos fueron históricamente conflictivas.

rrero del movimiento y mis propios intereses teóricos y políticos. Para ese momento había adquirido un *habitus* disciplinar riguroso y por otro lado, me definía finalmente como feminista. Ya no era yo alguien que venía de las ciencias de la comunicación y utilizaba meramente como estrategia metodológica la perspectiva de género, tal como había sucedido en mis primeros trabajos, sino que además lo hacía desde la teoría feminista y con una conciencia definitivamente feminista. Ese largo proceso de años no se produjo como un acto de enunciación discursiva sino que fue exactamente esto, un largo proceso de concienciación que me llevó a revisar no sólo mis prácticas profesionales y científicas, mi *habitus* disciplinar y mi ejercicio docente sino que abarcó también mi maternidad, mi historia como hija, como amiga, como hermana, como compañera dentro de una pareja, es decir, mi ser en situación (Beauvoir, 1949), de manera que un día pude finalmente decirme y decirle al mundo lo que he dicho al comienzo de este trabajo, y poder así sostenerlo y continuarlo como práctica, como acción y como pensamiento.

A esta altura, el camino se bifurcaba, entonces, en tres senderos, producto del estudio y análisis de los temas derivados de lo trabajado hasta el momento y como consecuencia también de mi proceso personal. Cada uno de ellos respondía a preguntas concretas y encuentros azarosos en el recorrido reciente. El primero de ellos me llevaría a un estudio de las diferencias y características de las páginas de medios virtuales constituidos como contradiscursos feministas en la idea de contraponerlos a otros, reproductores del *status quo* respecto del rol de las mujeres en la sociedad pero que se muestran aggiornando sus formatos y algunos de sus discursos, haciendo “como si” estuvieran abiertos al ideario feminista o de género, pero replicando de manera solapada la ideología dominante: desde los más tradicionales portales de suplementos de los diarios de mayor tirada como *La Nación* con su “OH! La Lá” o el suplemento *Mujer de Clarín* hasta una larga serie de portales y publicaciones on line como *Alteradas*, *Amaranta*, *Revista Luz*, *Sólo Nosotras.com*, la mexicana *Mujer Ejecutiva*, la española *MujerHoy*, por nombrar solamente un puñado de publicaciones que dan un tratamiento superficial y cargado de prejuicios a los temas de mujeres: maternidad, salud, pareja, trabajo profesional y doméstico.

El segundo sendero se concentraba en las TICs, su utilidad para el feminismo y las maneras de uso que las mujeres hacen de ellas. Las preguntas relativas a TICs venían acompañándome hacía un cierto tiempo y se derivaban del mismo trabajo de campo que llevaba adelante en los últimos años. Todo esto de la mano de una producción reciente en relación al uso que las mujeres hacen de la tecnología y del

impacto que éste tiene, tanto para el mercado como para el empoderamiento de las mujeres.

El tercer sendero aguzaba la mirada en torno de las mujeres y el feminismo latinoamericano en el contexto de las reformas neoliberales iniciadas en los '80 y sus efectos en las conceptualizaciones de inicios del siglo XXI, es decir, los movimientos feministas y de mujeres entre la desigualdad persistente y la acción global. Aquí la atención estaba centrada en los debates feministas denominados poscoloniales (Anzaldúa, 1997; Braidotti, 1995; Said, 1996); y la diversidad de cuestiones relativas al multiculturalismo y el lugar de las mujeres del llamado tercer mundo, que circulaban, no solamente pero sí predominantemente, en lo que se ha denominado el ágora electrónica.

A sabiendas de que optar por cualquiera de los tres rumbos posibles me imposibilitaba incursionar en los dos dejados de lado, decidí trabajar en el cruce teórico que me desafiaba desde el tercer eje, es decir, detenerme en el análisis teórico de la producción feminista del llamado tercer mundo, prestando atención fundamental a la producción relativa a nuestros países o producida en ellos (Falquet, 2008; Gargallo, 2008; Lauretis, 2000, Femenías, 2005) con la intención de arrojar luz sobre el estado de la producción teórica en torno a la perspectiva feminista, asiduamente revisada desde una mirada principalmente eurocéntrica. Me interesaba identificar cuáles eran los temas y problemas (o preocupaciones temáticas) que las feministas discutían, destacaban, indizaban, en esta primera década del siglo XXI en el marco de la globalización económica y cultural y teniendo en cuenta el obstáculo que representa para nosotras la teorización del feminismo blanco –anglosajón y/o continental– aquello que Mohanty llamara el feminismo occidental, poner en cuestión ciertos supuestos teóricos y revisar algunas categorías locales. Tal como indica la francesa Françoise Collin (Ciriza, 2009), si el feminismo liga a todas las mujeres en la crítica de su dependencia y en la búsqueda de su autonomía, comporta, sin embargo, concepciones políticas diversas en cuanto a la realización de sus objetivos y de los medios para lograrlos. Los desacuerdos no sólo personales, sino filosóficos, políticos y estratégicos, forman parte de la vida del movimiento en la medida en que no se ha producido un enfeudamiento de una doctrina dogmática referencial.

LA METODOLOGÍA DE LOS MÁRGENES

Sólo nos resta explicitar en breves palabras algunos pocos recaudos metodológicos que solo intentan despejar confusiones recurrentes. Quienes nos dedicamos a los temas de comunicación y género, a la complejidad disciplinar de la Comunicación, debemos adicionar la del género.

Como sabemos hacer investigación desde lo que se denomina *perspectiva de género* trae aparejadas algunas controversias. Debemos decir que encarar una investigación desde este punto de vista implica el supuesto, fáctico para mí, de la existencia de una desigual distribución de poder entre varones y mujeres que atraviesa todas las clases sociales. A partir de la perspectiva sostenida por muchas teóricas, desde el clásico *Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir (1949) hasta los debates actuales, la diferencia de género sexual pesa de manera decisiva en el lugar que un sujeto ocupe en la sociedad. De este modo, se le atribuye a cada persona, según su sexo biológico, ciertas características y roles culturales que determinan estereotipos que se confunden con propiedades naturales de un sexo determinado. La perspectiva de género pretende desnaturalizar, desde el punto de vista teórico y desde las intervenciones sociales, el carácter jerárquico atribuido a la relación entre los géneros y mostrar que los modelos de varón o de mujer, así como la idea de heterosexualidad obligatoria son construcciones sociales que establecen formas de interrelación y dictaminan lo que debemos y podemos hacer en función del lugar que la sociedad le atribuye a nuestro género.

Los estudios de género y la teoría feminista, como perspectiva de frontera, de margen, corroen los modos naturalizados de ver los objetos adquiridos a lo largo de la formación disciplinar produciendo una mirada diferente sobre los objetos considerados habitualmente y sobre la manera de tratarlos. Lo que se pone en cuestión con el punto de vista de género es la presunta armonía preestablecida entre división y visión del mundo (Bourdieu, 2000), poniendo en crisis las evidencias. Desde este punto de vista, entonces, construir objetos desde esta perspectiva particular nos lleva a observar bajo una lente que en todos los casos enfoca a la búsqueda, rastreo, agudizamiento de las preguntas, enfoques, desvíos, detenimientos, en los problemas que atañen a la desigual distribución de poder entre los sexos en nuestras sociedades; a la visibilización de la problemática y a la resolución de las dificultades que esto trae aparejado para los/as sujetos involucrados, generalmente subordinados/as y subarternizadas/os por su condición de género, clase y raza.

BIBLIOGRAFÍA

- Bach, A. M. 2010 "El rescate del conocimiento" en *Temas de Mujeres*, Año 6, N° 6, Universidad Nacional de Tucumán. Disponible en: http://www.filo.unt.edu.ar/rev/temas/t6/t6_web_art_ambach_elrescate.pdf
- Beauvoir, S. de 1949 *El Segundo Sexo* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Bourdieu, P. 2000 *La dominación masculina* (Barcelona: Anagrama).

- Bourdieu, P. y Passeron, J.C. 2002 *El oficio de sociólogo* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Ciriza, A. 2009 “Conversación con Françoise Collin. Una mirada hacia los debates y desafíos del feminismo en Francia” en *Feminaria*. Año. XVII, N° 32/33. Buenos Aires.
- Chaher, S. 2007 “Primeras aproximaciones al periodismo de género” en Chaher, S. y Santoro, S. *Las palabras tienen sexo. Introducción a un periodismo con perspectiva de género* (Buenos Aires: Artemisa).
- De Lauretis, T. 2000 *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo* (Madrid: Editorial Horas y horas).
- Elizalde, S. 2007 “Genealogías e intervenciones en torno al género y la diversidad sexual” en Elizalde, Felitti y Queirolo (coord.) *Género y sexualidades en las tramas del saber. Revisiones y propuestas* (Buenos Aires: Libros del Zorzal).
- Falquet, J. 2005 “Feminismos disidentes en América Latina y el Caribe” en *Nouvelles Questions Féministes*, Vol. 24, N° 2.
- Femenías, M. L. (comp.) 2005 *Perfiles del feminismo Iberoamericano* (Buenos Aires: Catálogos).
- Fernández Camacho, M. 2015 *Más de lo mismo con el Capítulo J, Comunicar Igualdad*. Disponible en <http://www.comunicarigualdad.com.ar/mas>
- Fernández Hasan, V. 2006 *La construcción mediática del sentido común: imágenes sobre los procesos de ciudadanización de las mujeres. Análisis desde una perspectiva de género 1985/2003*. Tesis doctoral inédita. UNCuyo.
- Fraser, N. 1992 “Repensando la esfera pública: una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente” en Calhoun, C. (comp.) *Habermas y la esfera pública* (Cambridge, Massachusetts/ London, England: The MIT Press).
- Gargallo, F. 2008 *Ideas feministas latinoamericanas* (México: UACM).
- Habermas, J. 1991 *The Structural Transformation of the Public Sphere* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press).
- Haraway, D. 1988 “Conocimiento situado: La pregunta de la ciencia en feminismo y el privilegio de las perspectivas parciales” en *Estudios Feministas*, Vol. 14, N°3.
- Harding, S. 1998 “¿Existe un método feminista?” en *Feminismo y metodología*. (Bloomington: Indiana University).
- 1986 *Feminismo y ciencia* (Barcelona: Morata).
- Laudano, C. 2010 “Mujeres y medios de comunicación: reflexiones feministas en torno a diferentes paradigmas de investigación” en

- Chaher y Santoro *Las palabras tienen sexo II. Herramientas para un periodismo de género* (Buenos Aires: Artemisa Comunicación Ediciones).
- Martino, L. 2001 “Elementos para una epistemología de la comunicación” en Vasallo De Lopes, Immacolata y Fuentes Navarro (comps.) *Comunicación, campo y objeto de estudio* (Guadalajara: ITESO).
- Mohanty, C.; Russo, A. y Torres, L. 1991 *Third World women and the politics of feminism* (EEUU: Indiana University Press).
- Smith, D. 1974 “Women’s Perspective as a Radical Critique of Sociology” en *Sociological Inquiry* 44.
- Thompson, E. P. 2002 “Prefacio” en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Barcelona: Crítica).
- 1998 *Los media y la modernidad* (Madrid: Paidós).
- Stone-Mediatore, S. 1999 “Chandra Mohanty y la revalorización de la experiencia” en *Hiparquia*, X, pp. 85-107.
- WACC 2015 *Proyecto monitoreo global de medios 2015. ¿Quién figura en las noticias?*
- Williams, R. 2000 *Palabras clave, un vocabulario de la cultura y la sociedad* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Williams, R. 1980 *Marxismo y literatura* (Barcelona: Península).

Natalia Fischetti y Pablo Chiavazza

NARRATIVAS

ARTE Y CIENCIA EN LOS MÁRGENES DE LA ACADEMIA

*Las paredes están llenas de trazos que resumen y enseñan
cómo puede alcanzar lo que está fuera de su alcance.
Los demás cavernícolas mofándose le gritan
“¿Qué significan todos esos estúpidos dibujos?
¡Basta de ficciones científicas! ¡Limpia la caverna!”*

(Ray Bradbury. *Lo que ocurrió, lo que
acontece y lo que va a suceder*)

PROPONER

Julio Cortázar comienza sus *Clases de literatura* (Berkeley, 1980) con “Los caminos de un escritor”. Su primera clase está destinada a relatar, a narrar su recorrido vital-literario, inescindibles. La escritura es una con la vida, la vida es la literatura, la vida es arte. Su recorrido por las etapas de su obra (estética, metafísica e histórica) son etapas autobiográficas pero también, y quizá debiéramos decir “sobre todo”, son etapas sociales y políticas.

Si han podido leer algunos libros míos que abarquen esos períodos, verán muy claramente reflejado lo que he tratado de explicar de una manera un poco primaria y autobiográfica, verán cómo se pasa del culto de la literatura por la literatura misma al culto de la literatura como indagación del destino humano y luego a la literatura como una de las muchas formas de participar en los procesos históricos que a cada uno de nosotros nos concierne en su país. Si les he contado esto -e insisto en que he hecho un poco de autobiografía, cosa que siempre me avergüenza -es porque creo que ese camino que seguí es extrapolable al conjunto de la actual literatura latinoamericana que podemos considerar significativa (Cortázar, 2013: 24)

Se trata de tomar conscientemente una posición, que por supuesto es móvil y que se halla siempre en tránsito y en contexto, pero que al mismo tiempo implica responsabilidad en nuestras prácticas:

Me di cuenta de que ser un escritor latinoamericano significaba fundamentalmente que había que ser un latinoamericano escritor; había que invertir los términos y la condición de latinoamericano, con todo lo que comportaba de responsabilidad y deber, había que ponerla también en el trabajo literario. (Cortázar, 2013: 24)

“Me di cuenta...” es quizá la frase movilizadora de nuestro aporte aquí hacia una metodología decolonizadora. Queremos proponer que estas narrativas, estos relatos autobiográficos, estas experiencias artístico literarias, pueden tornarse también la piedra de toque de las investigaciones en humanidades y ciencias sociales. Si los argumentos de corte más científicista no pueden eludir los elementos narrativos (Williams, 2000), quizá podamos nosotros invertir el argumento y decir que son los elementos narrativos los que confieren científicidad a una ciencia responsable y comprometida, una ciencia situada (Haraway, 1995), saberes localizados y críticos (Richard, 2001). Del mismo modo, apostamos a que es la explicitación de los recorridos, del camino de la investigación científica, con sus puntos muertos, sus bifurcaciones, sus desvíos y recodos los que dan sentido a las producciones. Los resultados, con un afán de objetividad y neutralidad de corte moderno y positivista, suelen ocultar, invisibilizar, borrar e incluso olvidar los trayectos, las elecciones y las decisiones que hicieron posible arribar a las conclusiones, al texto que se fija de una investigación científica.

Afirma Nelly Richard (2001) que la crítica cultural busca rearticulaciones críticas del discurso teórico que reclaman para sí una condición de margen respecto a los campos disciplinarios constituidos y también de margen del aval institucional, por lo que entra y sale del mapa académico, lo bordea. Ella denuncia que en la máquina universitaria se revisan contenidos pero no las formas. Nos propone entonces la crítica académica y una política del trabajo intelectual desde posiciones de escritura y variaciones de estilo que ponen a los saberes en desorden por un antidisciplinamiento teórico. Se trata de transitar y re-diagramar teorizaciones fronterizas, fronteras de especialización entremedio de las disciplinas organizadas y travesías disciplinarias en el filo de las disciplinas académicas. Nos invita a nuevas prácticas teóricas: afrontar errancias y desvíos poéticos, asumir el riesgo creativo de lo incierto, lo tentativo, lo inexacto, en la pluralidad sinuosa de conceptos-metáforas. Volver al texto, valorar la incertidumbre del

pensar y la textualidad crítica (vs. el reduccionismo del *paper*). La impropiedad de sus textos consiste en el uso de metáforas salvajes, gestos transversales y saberes fragmentarios. La crítica cultural se propone como una práctica, un modo de hacer, una estrategia de intervención teórico-discursiva. “A la crítica cultural le interesaría tomar partido a favor de las significaciones antihegemónicas -no centrales- que emergen de escrituras y lecturas en pugna con la tradición oficial, el *canon* dominante, la normativa institucional, y que apelan a una política y a una estética de los bordes, de los márgenes y de las fronteras.” (Richard, 2001: 145).

Si la narrativa autobiográfica es marginal en la academia de ciencias, es en esa frontera en la que proponemos trabajar; transgrediendo límites, interviniendo, sospechando, desde prácticas teóricas que son políticas porque rompen con las dicotomías subjetivo/objetivo; experiencia/creencia; sentimiento/pensamiento; inmediato/general; personal/social. Son narrativas, memorias, genealogías que apelan a estructuras del sentir, significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente (Williams, 2000), a estructuras de la experiencia, que es social y política, tal como plantea Cortázar su/la experiencia de la literatura latinoamericana.

El arte también puede ayudar en este sentido a poner en cuestión las clasificaciones y categorías de una ciencia dominante que si bien pueden ser muy efectivas en la tarea de comprender ciertos procesos, condiciones y relaciones, dejan zonas enteras de la vida social en la penumbra. ¿No es acaso el efecto del mejor arte internarse en esa penumbra, interrogando lo que apenas puede verse? ¿Acaso la producción estética crítica no pone a la vista, resalta y compone un conjunto de experiencias que las categorías dominantes no alcanzan por completo? Creemos que existe un arte crítico capaz de realizar estas operaciones y que constituye una referencia fundamental (en cuanto forma artística) para un pensamiento crítico que asuma la aventura de inventar categorías que permitan sondear esos espacios y tiempos que se encuentran a la sombra de las categorías científicas hegemónicas. De cualquier manera, podríamos decir que la incorporación de discursos y narrativas no científicas al trabajo científico es algo que todo investigador hace, aún cuando las reglas del informe tiendan a omitir y enterrar esa experiencia. Para nosotros, de lo que se trata es de enfrentar esa “contaminación”.

Se trata de esbozar aquí las líneas que justifican el trabajo en “Un terreno preferentemente ensayístico, donde se cruzan varias disciplinas -teorías del lenguaje y del discurso, la semiótica visual, el psicoanálisis, la teoría política, la crítica literaria y cultural- trazando zonas fronterizas que plantean nuevos interrogantes sin temor al desdibuja-

miento de los límites.” (Arfuch, 2013: 25) El espacio fronterizo en el que se habilite la escritura científica narrativa será capaz de dar cuenta de nuestras trayectorias y travesías académicas y al mismo tiempo vitales, personales y sociales. Asumimos que la visibilización de estos recorridos iluminan y dan nuevo sentido a nuestros hallazgos en la investigación científica.

Se trata también de considerar las formas estéticas no sólo como objeto de la ciencia, sino como formas de producción de sentidos, de significados en los que se mezclan las experiencias y sentimientos con la estructuración meditada de los significantes. Pensar de qué manera nos permitimos incorporar a la reflexión crítica de una ciencia comprometida el valor cognitivo de la producción artística. Y quizás, en ese movimiento de dislocación ser capaces de afrontar y ensayar reflexiones sobre nuestro presente (único tiempo en el que es posible recordar el pasado e imaginar un futuro posible). De ser cierto lo que afirma Perry Anderson cuando indica que las artes visuales modernas son “...el sismógrafo más sensible de los cambios culturales...” (Anderson, 2000: 129), mucho podría aprender la ciencia de las formas estéticas. Si éstas insisten intensamente en componer una imagen del mundo, apiñando –al decir del historiador del arte T.J. Clark– significativos materiales históricos y sociales, la distancia que separa a las ciencias sociales de las artes no sería de grado: más bien se trataría de dos formas de abordar la extrañeza del mundo, no en sentido abstracto, sino en el sentido prosaico de la existencia cotidiana, concreta y mundana. Una forma de reconocernos en toda nuestra infinidad de prácticas y pensamientos como productores de nuestra vida social y política.

CONVERSAR

...la multiplicidad del acto de escribir...

Nos propusimos buscar una posible alternativa teórico-metodológica al disciplinamiento y la normalización en la producción de saberes (artísticos y científicos). Nos propusimos plantear una crítica y abogar por la búsqueda de alternativas para la presentación de resultados (científicos sobre todo) que habitualmente esconden e invisibilizan la historia misma de su producción en nombre de saberes positivos (neutrales, objetivos, universales) y en nombre del predominio del producto como mercancía. Para ello creemos que es necesario asumir un posicionamiento que implique imbricar niveles de producción (histórico, social, político, autobiográfico) en la creación científica, tal como enseña el arte. Conversamos acerca de cómo la selección de los

autores, el problema, los casos, las obras, los textos, en fin, la metodología, es política y que las categorías que usamos para tal selección deben ser puestas en cuestión desde el momento en que se presentan como límites de “lo pensable”.

Proyectamos la idea de comparar normas/reglas/disciplinas/standares de producción de saberes artísticos y saberes científicos en función del mercado/academia/circulación. Decidimos seleccionar textos de escritores latinoamericanos que se encuentren en espacios transdisciplinarios de producción (Grüner, Echeverría, Richard, Escobar, Zalazar) y ponerlos en tensión con una selección de artistas locales (Tejón, Cabrera, Lavoisier) y algunas de sus producciones y de sus testimonios.

Estamos escribiendo a dos voces luego de, pero también antes y durante, extensas conversaciones en las que se entremezclan, se entreveran saberes, lecturas, recuerdos y también historias locales, relatos personales, dialógicos, culturales. Aún con nuestras formaciones disciplinares diferentes, compartimos cierto enfoque crítico, que buscamos también explicitar en el diálogo y que nos permite recorrer un espacio común. Desde una imagen, sería algo así: si estamos tensionando saberes epistemológicos y estéticos, lo hacemos desde una cuerda crítica que nos permite la transversalidad, la transdisciplinariedad. Discutimos si lo que hacemos puede seguir llamándose “epistemología” y “estética”, dado que nos encontramos desde lecturas y escrituras, teorías y prácticas fuera del *canon*, buscando un margen de la academia en la que nos formamos, y acordamos en que es el adjetivo “crítica” de ambas disciplinas con el que nos sentimos identificados. La crítica nos remite a la historia, al conocimiento situado, a la dialéctica y a cierto modo de producción de los saberes.

Nuestra apuesta supone poner en juego prácticas de escritura otras, tales como escribir en los márgenes (literalmente), tensionar escritura-imagen, escribir narrativamente e incluso autobiográficamente. Desdibujar la forma y el contenido, la teoría y la práctica, para producir un texto de algún modo desrigidizado, vivo, que sea capaz de poner en juego nuestra narrativa/experiencia/interpretación a partir del diálogo/encuentro entre nosotros, con los textos y con los artistas/cientistas sociales. Es por ello que quisimos explicitar nuestra experiencia de escritura conjunta en tanto una práctica de escritura (desde disciplinas distintas, aunque del “mismo palo”) en quiebre con una academia tradicionalmente individualista en humanidades y ciencias sociales. Proponemos producir saberes en situación, desde narrativas capaces de historizar, de desnaturalizar el discurso hegemónico (del mercado, de la productividad eficiente, de la moda).

Buscamos incorporar en nuestras producciones científicas relatos críticos que, desde un margen cronotopológico, nos permitan fracturar y diluir las dicotomías arte/ciencia; forma/contenido; teoría/práctica; imagen/letra. Para ello nos parece necesario inscribirnos en una tradición, trazar una genealogía, narrar desde el margen en tanto espacio de creación capaz de habilitar nuevos saberes. En palabras de Foucault:

En realidad se trata de hacer entrar en juego los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, jerarquizarlos, ordenarlos en nombre del conocimiento verdadero y de los derechos de una ciencia que está detentada por unos pocos. Las genealogías no son pues retornos positivistas a una forma de ciencia más meticulosa o más exacta; las genealogías son precisamente anti-ciencias. (Foucault, 1980: 138).

Conversamos acerca de que también nosotros queremos cuestionar aquellas dicotomías para así producir saberes que reivindicquen la crítica. Las clasificaciones que cuestionamos resultan altamente convenientes para la preservación del orden social en lo que a las representaciones del mundo se refiere: obedientes a los tiempos y espacios asignados a cada cosa. La crítica, al partir de este cuestionamiento, podría ser una crítica de categorías clasificatorias, taxonómicas. La tradición desde la cual nos posicionamos es la que propone como punto de partida el encarar “nuestros problemas” como latinoamericanos sujetos a un orden neocolonial. Si desde el centro del sistema (o desde la “función centro” al decir de Nelly Richard, 2001b) son producidas las categorías y conceptos para luego ser distribuidos a través del sistema académico, editorial y mediático, configurando una serie de patrones interpretativos que tendemos a sobreimprimir a nuestra realidad, nuestra propuesta tiende a invertir los términos y buscar desde la identificación de “nuestros problemas”, de nuestra situación y nuestras necesidades, las categorías, conceptos e imágenes adecuados que nos permitan enfrentarlos. Tal como ha indicado Nelly Richard, la falacia es afirmar que nuestro problema sería el contenido del arte y de la ciencia y que los problemas de la forma serían más bien un asunto de elaboración estética y epistemológica de los grandes centros. En sus palabras:

Ejercer el pensamiento crítico en la brecha –siempre móvil– que separa las prácticas periféricas del control metropolitano es uno de los desafíos más arduos que espera a los estudios culturales latinoamericanos en estos tiempos de globalización académica, es decir, de descentramientos y recentramientos múltiples de las articulaciones entre

lo local y lo translocal. De tal ejercicio depende que lo latinoamericano sea no una diferencia diferenciada (representada o “hablada por”), sino una diferencia diferenciadora que tenga en sí misma la capacidad de modificar el sistema de codificación de las relaciones identidad-alteridad que busca seguir administrando el poder académico metropolitano. (Richard, 2001b: 191)

En esta línea se inscribe también el trabajo de Oscar Zalazar (2015) quien, retomando las posiciones de Arturo Roig propone partir de los problemas en común, nuestros problemas: la lucha por fundar una ciudad democrática y plural, la politicidad situada de Nuestra América, surcada por el dilema de las modernizaciones que destrozan tradiciones y poblaciones, por el genocidio contra la “barbarie”, por el colonialismo. Estos problemas son de hecho estructurados en el conjunto de discursos históricos que conforman nuestra cultura. Por lo tanto, los problemas de la filosofía y de la ciencia guardan una estrecha relación con la historización de dichos discursos (donde incluso deben incorporarse ellos mismos como otras tantas formas de objetivación de la facticidad social). Esto supone reinsertar los discursos, las narraciones, las imágenes en la historia y la sociedad que las produjo desde una perspectiva dialógica, es decir, como narraciones que se enfrentan, se responden, se cuestionan o se niegan entre sí. La ciencia aparece entonces como un discurso social e histórico junto con otros que enfrentan los mismos problemas existenciales en un “universo discursivo” (definido por Arturo Roig (1981) como “el conjunto de discursos, reales o posibles, producidos en una época dada (sincronía) o a través de un tiempo determinado (diacronía), que manifiestan un mundo de diferentes sujetos y lenguajes”). Pensamos que es en ese espacio en tensión en el que podemos dar impulso a un pensamiento crítico y situado.

Desde esta perspectiva, los textos expulsados por la ciencia por ser demasiado “literarios” o “artísticos”, reingresan en igualdad de condiciones como estructuraciones de una experiencia situada histórica y socialmente.

Acentuando la problemática que nos mueve a escribir estas líneas debemos indicar que de lo que se trata es del ingreso de lo que permanece en los márgenes del discurso de la ciencia en la práctica misma de la ciencia. No mirar desde fuera, sino saberse implicado, situado, enfrentado en una problemática existencial que significa el punto de partida sentido y pensado, situado y crítico de la reflexión. “...la reflexión para nosotros –indica Zalazar– parte del acontecimiento, del diálogo y del conflicto” y no de una inicial “ruptura epistemológica” que operaría como punto de inicio conceptual para una ciencia “que

separa la certeza científica y la verdad de la mera ideología y la opinión” (Zalazar, 2015: 150). El acontecimiento disruptivo, la conflictividad inscrita en la facticidad social, sería entonces el verdadero punto de partida. Aquél “me dí cuenta que ser un escritor latinoamericano significaba fundamentalmente que había que ser un latinoamericano escritor” de Cortázar con el que comenzábamos este texto, cobra pleno sentido al comprender esa experiencia como constitutiva de un saber crítico y situado.

La narrativa autobiográfica, las ficciones, las formas artísticas en general pueden ser comprendidas, no como un tipo de producción simbólica “a parte”, insignificante para el saber científico, o como simples objetos de éste, sino como otras tantas vías de entrada a los problemas que enfrentamos como sujetos históricos en un contexto determinado. Es decir, otra vía de estructuración de la experiencia inscrita en la facticidad de lo social, a la cual, en definitiva, sólo podemos acceder mediante la narrativización. No es necesario que insistamos, llegados a este punto, en el hecho de que la escritura en ciencias sociales es una forma de narrativizar que supone la mayoría de las veces un ocultamiento del sujeto que narra (científico) tras la idea de que su relato ha sido hallado en los acontecimientos mismos. Tal ocultamiento, en definitiva, no hace más que encubrir algún tipo de interés político. Ninguna forma de narrar es “hallada” en la realidad. Se trata de opciones que tomamos (las más de las veces inconscientemente) de una serie disponible. Y esas opciones deberían ser consideradas (con sus límites) como verdaderas formas de conciencia.

Podríamos entonces reclamar –como ha sugerido Fredric Jameson– una historización radical de las hermenéuticas que operan naturalizadamente en nuestro trabajo. Esto significa que hoy por hoy, reflexionar desde las ciencias sociales implica no sólo analizar y explicar las representaciones que nos hacemos del mundo, sino además comprender la historicidad de los códigos o claves interpretativas que utilizamos para objetivar dichas representaciones. Encarar nuestros problemas teniendo presente una operación semejante puede proporcionarnos la oportunidad de reconocer los límites históricos de nuestro propio pensamiento y, por lo tanto, al tenerlos a la vista, ser capaces de presionar contra ellos.

TENER EXPERIENCIA DE LOS MÁRGENES

Es bien sabido: toda obra de arte o, más en general, todo acto de consecuencias estéticas, aunque no lo haga necesariamente de manera espectacular o escandalosa, como lo hace la fiesta, introduce de manera esencial recortes espacio-temporales de excepción dentro del *continuum* pragmático-funcional que caracteriza a todo

espacio-tiempo habitado por la vida productivista. La mimesis o teatralidad —esto es, el uso poético de la palabra, el movimiento dancístico del cuerpo, la musicalización del sonido, el reacomodo arquitectónico del espacio— “desentona”, interfiere, es disfuncional y choca con la buena marcha productiva de la vida cotidiana. (Echeverría, 2009: 54)

El testimonio y la narrativización de la experiencia de la artista Marita Lavoisier se mueve en el sentido de lo que hemos venido proponiendo. Hemos querido entonces rescatar la voz de la artista, con la cual conversamos a principios de 2016. Buscábamos entonces su testimonio con el fin de definir los contenidos para una muestra dedicada al arte mendocino de los años 70, sin embargo la charla excedió con creces ese objetivo, convirtiéndose en un diálogo que hoy retomamos desde la perspectiva que hemos ensayado más arriba.

Su formación académica comienza en los años 70 en la por entonces denominada Escuela Superior de Artes Plásticas de la Universidad Nacional de Cuyo. “En esa época, en la década de los setenta, nosotros, los que estudiábamos arte [...] no teníamos la cabeza desesperada en ser artistas, en ver dónde íbamos a exponer, o cómo se iba a cotizar mi obra. Eran cosas impensables para nosotros.”

De ese modo fue asumiendo sus compromisos:

Yo venía de una familia conservadora, educada en una clase media-alta en mi niñez y mi infancia, pero yo fui una persona impregnada por el devenir del setenta, más allá de la historia familiar, que no es tan importante”. Ese “devenir” es la forma de amalgamar las diferentes facetas de lo vivido, un “...devenir social, que es político, que es a nivel molecular te diría, que no sé como entra, que es una pulsión de un momento, de un acontecer de un momento histórico que vos no sabés cómo penetra”. Lo que movilizaba entonces “no era el deseo de querer ser artista” “era un deseo de querer vivir algo, o comprender algo. Y algo te afectaba y vos a la vez afectabas a través de ese hacer.

La mutilación de los afectos. En las actuales circunstancias históricas, la actitud de dejarse afectar (en sentido fuerte) y afectar a los demás a través del arte parece clausurada por la irrupción de la lógica de mercado en las prácticas artísticas. “Lo que fui experimentando en carne propia todos estos años, fue esa lamentable contaminación del mercado en el espacio de lo que es el arte”. Es que la disposición a “entregarse para ser afectado [y] producir una movilidad interna fue mutilado. Si vos me preguntás a mí, desde el arte, lo que más veo con tristeza es esa mutilación”. En este sentido, explica Marita, el arte ya no potencia para existir, para decidir ni para hacer, sino que entristece y frustra porque está estructura-

do sobre la competencia característica de la lógica neoliberal que “se chupa las pulsiones”. Y sentencia: “es una colonización”, una forma de normalizar y con ello una forma de definir un espacio de pertinencia para el arte fuera del cual éste no tendría autorización para intervenir. “Entonces el problema que nosotros tenemos actualmente, los artistas, es cómo rompemos esa lógica”. El disciplinamiento de las artes bajo una lógica de mercado aparece como el problema clave que debe enfrentarse, y ese enfrentamiento se hace visible desde una experiencia existencial en los márgenes. “En este momento estoy preocupada en ver cómo se puede romper con esa normalización, desde la frontera, porque nos han echado a la frontera, estamos marginales [porque] si yo quiero estar en el ámbito artístico tengo que transar con todo esto que te estoy diciendo [el mercado, la mutilación de los afectos, la competencia], por eso no estoy”. Y posicionarse desde el margen no es sólo una situación a la cual se ve sujeta involuntariamente “yo no soy víctima –sostiene– es una decisión absolutamente elegida”.

Mirá, nosotros hicimos un trabajo en el barrio La Lonja con los programas de inclusión del Rectorado. Se acercaron a un grupo de mujeres que se habían organizado para luchar por el acceso a lotes. “Se trataba de un hacer de manera comunitaria donde se pueda empezar a producir esto de afectar y vos ser afectado, y en esa afectación empiecen las cabezas a devenir en otras cosas, como puntos de bifurcación hacia otras cosas”, entonces “empiezan a aparecer nombres, empiezan a aparecer frases, empiezan a aparecer historias y empieza a armarse un mapa, una cartografía de diferentes momentos y de sus diferentes intensidades”. El conocimiento universitario aparece puesto en igualdad de condiciones con el “sentido común”. “No era ir a enseñar nada, sino ir a acompañar un proceso. Entonces nosotros dijimos: bueno, hagamos con algo que ya saben hacer. Vamos a hacer dos murales de tres por cuatro en tela, donde empiece a aparecer todo esto. Y va a ser comunitario porque es enorme, se va a empezar a bordar [porque] todas saben bordar, pegar botones, hacer collages con tejidos, todas tienen fotos que se pueden reproducir en tela y poner. Bueno... no te puedo decir lo que salió, una cosa impresionante”. Desde entonces, esos dos paños son las que acompañan siempre a ese conjunto de mujeres en sus luchas. “No son letreros que digan “queremos un terreno”, los paños te sacan lágrimas porque en ellos está la historia despiadada de su carne”.

¿Qué es esto? ¿es arte, es política, es ciencia social? ¿puede aprender algo la ciencia social de esta retotalización de lo que el modo de producción ha segmentado en partes asignándoles sus tiempos y lugares normalizados?

Ha salido del mundo artístico, colonizado por el mercado, donde las prácticas han adquirido una lógica de competencia que no le interesa. Su desplazamiento es un desplazamiento crítico de la normalidad temporal y espacial de las prácticas, que ha supuesto una especie de cruce entre la teoría social y la teoría estética, pero partiendo de los problemas concretos de comunidades concretas. Desfetichizando esos lugares ha logrado establecer un espacio alternativo para un tipo de práctica que no puede ser inscripta con facilidad ni en el mundo de las ciencias ni en el mundo de las artes. Se trata de un espacio de tensión. No es que estos cruces sean una novedad, pero ellos encuentran visibilidad en espacios sociales muy definidos: museos, centros de conferencias, congresos, etc. Lo particular de la práctica de Lavoisier es que no se hallan estos cruces en esos lugares disciplinados, sino en la vívida denuncia y reclamo de quienes han objetivado su experiencia histórica y social y demandan ser escuchadas en sus propios problemas.

Experiencias como la narrada por Marita Lavoisier ponen en tensión las clasificaciones a las que nos hemos habituado y en este sentido, nos vemos movidos a repensar lo epistemológico. Ese espacio de tensión es producto de una ruptura con clasificaciones propias de un proceso social e histórico alienado, que separa la vida en secciones, las jerarquiza y las hace administrables, dejando “cada cosa en su lugar”. Un proceso que toma a la cultura como una forma de camuflaje del poder que da por sentado “...que los individuos del mundo de la cultura no interfieren en aquellos asuntos para los que el sistema social no los ha autorizado” (Said, 2004, 13). La ruptura de las clasificaciones hegemónicas es producto de una historización de los sistemas de representación mediante los cuales estructuramos la experiencia del mundo [Marita nos indica con claridad que es “la lógica neoliberal” la que opera]. En el caso de Marita, la narrativa de la experiencia, la representación a partir de los saberes de la comunidad, estructuran la problemática vivida en un proceso que da sentido a la propia historia. La ciencia social tensiona sus categorías con la producción de imágenes visuales y narrativas. Marita no parte de una revolución teórica sino, tal como ella misma sostiene de “una pulsión de un momento, de un acontecer”.

FORMAS

(Nos) invitamos a relatar, narrar, biografar todo aquello que acompaña el desarrollo de nuestros caminos de investigación, en el margen de lo estricta y restringidamente académico y científico (donde el arte y la experiencia estética tienen un lugar clave), en la explicitación de nuestra posición en el contexto social y político, en la explicitación de

nuestros sentires. Relatar los encuentros y desencuentros, los temores, los errores, los dolores, los sueños, aciertos y alegrías: los entremeses de la investigación en los vaivenes de la academia y de la vida.

I. NARRAR

Un jueves en la Casita Colectiva (Mendoza) nos reunimos con Nazareno y Macarena para conversar con Natalia en su muestra de grabados. Ella nos narra de sus mujeres, las de su vida, las de su historia. Juntas componen una muestra artística, plástica, visual, de xilografías y dibujos que juegan al tiempo y abren preguntas a la memoria y la identidad. Ella me cuenta de cada una, me cuenta de ella. Despliega un árbol genealógico y con él exhibe sus inquietudes por su pasado familiar, por el resguardo de la historia familiar, por la lucha del recuerdo ante la pérdida y el olvido de quiénes fuimos y de quienes somos. La historia de su abuela más querida cobra predominio en el relato general. Chilena, pobre, trabajadora, exiliada por amor en la Argentina, pobre y trabajadora siempre, hasta el Alzheimer que la alcanza lenta y constantemente. La memoria y el olvido, el pasado y el presente nos hacen trucos, aparecen y se esfuman, como el gato de Alicia. La historia de su familia se resguarda en las recetas de cocina, nos cuenta. Las mujeres guardan los secretos y los transmiten en el sabor de las comidas. Ella colecciona fotos, monedas y recuerdos familiares desde que era niña y eso, quizá, la mantiene en esa inocencia fresca de quienes conservan siempre la sorpresa de la mirada infantil en los ojos. Las mujeres que nos muestra tienen todas el mismo cuerpo de mujer que se expone, se desnuda a través de los pliegues de un vestido común, que no oculta en una misma imagen ahora un útero, ahora una vagina. A mis preguntas por los por qué, por las ideas que ella tiene detrás de lo que se ve, ¿por qué mujeres? (yo pienso en el feminismo como teoría), ¿por qué la historia familiar? (yo pienso en la identidad y la memoria como conceptos), ella contesta con narrativas autobiográficas y con relatos familiares

que vuelven irrelevantes mis supuestos teóricos.
Es en esto en lo que quiero pensar.
Pienso que es la narrativa misma la que comunica la poiesis con
la teoría.
Siento que es el relato biográfico el que compone una expresión
de arte visual,
que se mueve por sí mismo en ese recorrido personal
que, por lo mismo, conmueve la fibra vital, autobiográfica,
de quienes, como yo, recorreremos la muestra.



Natalia Cabrera: "Amanda Insotroza" xilografía y dibujo (2016).

II. CRUZAR PUENTES

Cruzo un puente en el museo y el tiempo y el espacio se desdibujan. Escucho gritos que se desdoblán en cuerpos que aclaman mi mirada. Veo en blanco y negro la sangre de la humanidad. Veo pájaros que vuelan, mil colores, y zapatos que vuelan. No pertenezco al mundo del arte. No tengo los ojos empapados de pinceladas ni las manos manchadas de pintura por lo que desde mi mundo de palabras tengo que cruzar un puente, dejar atrás los argumentos discursivos de la letra que se graba y caminar con otro ritmo, caminar con todo mi cuerpo dispuesto a un paisaje nuevo. Mi cruce por el puente hacia la muestra es, sin embargo, aunque a posteriori, ineludiblemente narrativo.

Elijo la narrativa y hasta el relato autobiográfico como facilitadores del cruce, del tránsito por una urdimbre que no puedo descomponer ni tampoco comprender claramente cómo está compuesta. Demasiados nudos, demasiados hilos. Una trama que teje el pasado con el presente, a la historia con la política, a la pintura con la sociología y sobre todo, algo que no esperaba sentir, que la muestra que estoy caminando es también un tejido en el que vislumbro nudos de mi propia vida.

“Lo político de la poética. Arte mendocino de los años 70.” (mayo de 2016, Museo del área fundacional, Mendoza) Acudo a mi perfil detectivesco, a mi oficio de investigadora, al análisis, a las preguntas, para intentar comprender la trama. Tiro de los hilos que lo componen como si desarmándolo pudiera por fin explicarlo. La mesa de disección. ¿“Lo político”? ¿“la poética”? ¿“el arte”? ¿“Mendoza”? ¿“los años 70”? Lo político y la poética cargan la impronta de su origen griego, aristotélico. Lo político hace referencia a la vida en la polis, la ciudad, el ordenamiento de la ciudad. La poética se remonta a la póiesis, a la producción, a lo artístico, me explica Pablo, el artífice de la muestra. Así deshilachado ya no veo la tensión de los nudos, los cruces, los puentes. Es que cuando entré en el laberinto de paredes negras y de imágenes sentí el escalofrío de mi propia historia, signada por haber nacido en el 76, fecha de clausura de las producciones artísticas allí presentadas. Como si asistiera a un tiempo de denuncias, de resistencias, de luchas y también de utopías, de armonías, de otros mundos posibles, que se vieron cerradas, obturadas en 1976, hace 40 años, toda mi vida.

Como si ésto que veo desplegado aquí hubiera sido forzado a cerrarse sobre sí mismo en forma de una gran bolsa negra con un inmenso nudo. Hay personas, colectivos, movimientos, que han abierto agujeros en la bolsa y esa luz que entra en haces nos está permitiendo ver aquello que fue apagado. Donde dice “lo político” yo leo “la crítica”, en la tensión entre la denuncia de lo establecido y la apertura a otras posibilidades para la vida social, para la vida. Leo, siento la muestra en la tensión, en ese nudo crítico de una historia contada en sentido fuerte, bien plantada en el presente, leyendo un pasado que nos narra, hacia un futuro que queremos transformar, porque ya no queremos vivir en una bolsa negra, que se vende y se compra.

¡Mi propia vida leída en una muestra de artistas plásticos mendocinos!

¿qué otra cosa puede ser la poética si no es esta poesía que me susurra al oído? Escucho la voz de Luis Ciceri a mis 18 en el primer piso de la esquina de Arístides y Tiburcio donde tenía su taller. Me enseñaba a dibujar rostros con el oficio y la paciencia de los maestros. La pintura suya que tengo ante mí ahora conlleva ese movimiento crítico que hace del tiempo el aire que nos mueve. Veo allí rota la bolsa, mis múltiples rostros, la desidentificación en la que devengo humana. Ércoli me susurra poesías del espacio, que se expande y de pronto tengo la alegría de ver grandes los pájaros que vuelan en mi propia casa, pequeños, dibujados con las mismas manos y la misma alegría que miro cada día. Una política de la libertad. Han sido muchas emociones en este espacio tiempo múltiple y entonces aparece el Chalo, sin aviso, allí, en un rincón, mirándome desde hace un rato ya, desde una forma que no asociaba a él, un dibujo tan impactante como sus mesas y sus enormes serpientes listas para devorarnos. Y veo entonces su barba, lo veo allí, en los trazos del grafito.

Conversaciones en los puentes. La obra es el puente que nos ofrece un espacio para conversar en situación de apertura, de escucha, de entusiasmo, de alegría y también de dolor. La obra es el puente que teje otros puentes. Veo al Guernica por todas partes y se huele el hedor de la guerra. Crucé por Picasso hasta Raúl Capitani y se me entrañó su relato de nosotros mismos. Latinoamérica duele y resiste el colonialismo, el imperialismo, el ultraje, la tortura. El pueblo padece la industrialización, la explotación y el saqueo. Estamos todavía en ese punto ciego, en ese espacio tiempo que nos clausuraron.

La muestra en conjunto es una obra de arte en tramas dibujadas, pinceladas, talladas en nuestra propia carne y en el cuerpo social, transido de puentes rotos, que buscamos reconstruir.

III. CIRCULAR EN LOS MÁRGENES

Escribo ésto como ejercicio para pensar de qué manera pueden estar anclados en la historia los saberes heréticos: en la historia local encontrar las huellas de prácticas y saberes que circularon en los espacios marginales por los que transitó una intelectualidad popular. Se puede trazar una historia a partir de estos márgenes: se trata de los circuitos de bares, pizzerías, casas donde se congregaban artistas e intelectuales no reconocidos, herejes. Desde el escape de la ciudad hasta la voluntad de transformar la ciudad, la bohemia local (como de seguro otras bohemias locales de otras localidades) se traza un arco que vincula intelectual, política y afectivamente a varias generaciones desde los años 20 hasta los 80. Puede trazarse una genealogía de esas bohemias. Benjamin se ocupó de este tema, habría que revisarlo, porque la bohemia fue un movimiento intelectual-artístico y por la misma forma en que se configuró el mundo moderno desembocó en la conspiración,

trenzó la estética con la política y con ello hizo frente a la compartimentación de los saberes hegemónicos. Las huellas de esos saberes gestados en las mesas de café, en las milongas y en las peñas tuvieron más amplias consecuencias en la vida social de lo que sospechamos.

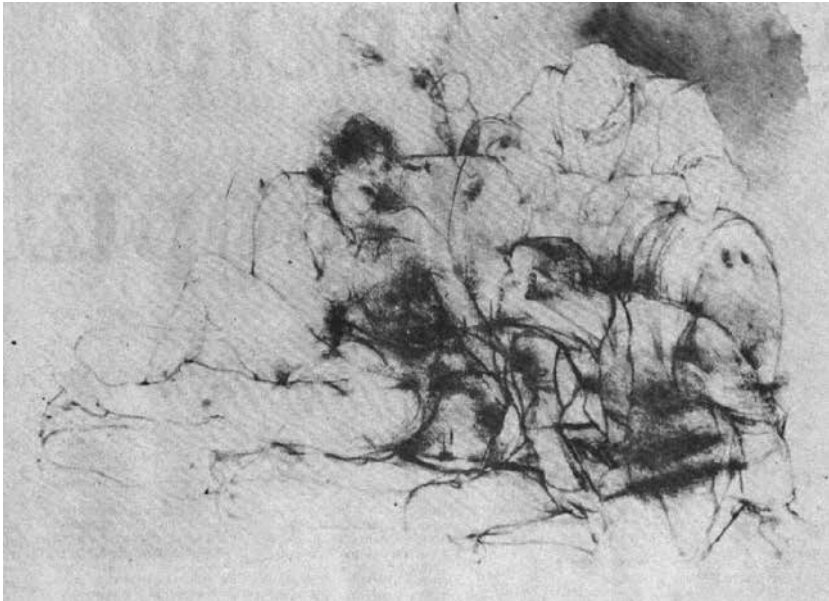
IV. (DES) DIBUJAR



Eduardo Tejón "Sin título". Imagen aparecida en Diario Mendoza el 15 de febrero de 1981, ilustrando una entrevista de Edgardo Robert a Eduardo Tejón titulada "El dibujo como manera de reflexionar".

Sin crítica no hay obra, sin crítica no hay discurso. Sin crítica no se debate el sentido. Sin crítica no se cuestiona. No se piense aquí en la crítica legitimadora del mercado, que lleva sólo la etiqueta de "crítica" por tradición; piénsese en la crítica como esa forma de repensar la imagen y los textos en su clave política. Para Nelly Richard (201b), la crítica [de arte latinoamericana] aparece como un "tercer espacio" en el que se debería articular tácticamente los problemas estéticos (y epistemológicos, decimos nosotros) de las formas con los problemas político-sociales propios de un enfoque cultural.

Por eso los dibujos de Eduardo Tejón operan críticamente: no porque den respuestas netas, ni exhiban discursos claros: todo lo contrario, porque las líneas insistentes, casi azarosas, que conforman sus composiciones dejan puntos oscuros, dudas en la representación, vacíos de sentido que aspiran a ser pensados. Formas indecidibles. En ellas opera en cierta forma el azar, en el sentido de la pérdida de control sobre la técnica y en las huellas de esa pérdida. En el marco de una organización social autoritariamente controlada en relación a lo que puede verse y decirse (es decir, en relación a lo político), el pequeño caos en que nos introducen esas obras pareciera indicarnos que no puede controlarse todo y sus incongruencias formales se constituyen como verdaderos espacios de reflexión, de problemáticas a resolver.



Eduardo Tejón "Sin título". Imagen aparecida en Diario Mendoza el 15 de febrero de 1981, ilustrando una entrevista de Edgardo Robert a Eduardo Tejón titulada "El dibujo como manera de reflexionar"

V. TRANSFORMAR

Proponemos otro movimiento: en el siguiente panfleto de Eduardo Tejón, cambiar la palabra arte por ciencia y releer y releer...

IN-PONENCIA O PONENCIA PANFLETARIA:

"El Arte y la Utopía también existen"

"Cuanto más las nuevas generaciones pasen frente al alfabeto fluorescente o a los cristales líquidos de las pantallas electrónicas, tanto más sentirán la necesidad de detenerse a leer un bello poema".

Umberto Eco (Los Andes, 20/5/1990)

En el imperio de la escasez, destinar tiempo y gastos en las disciplinas artísticas puede parecer superfluo a muchos. Porque seguramente el Arte se encuentra, aludiendo al título parafrásico de este texto, "al sur" en su mundo de intereses. Pero somos muchos también los que pensamos que el arte es indispensable para el desarrollo de las mejores cualidades del hombre. Por lo común, este hombre de carne y hueso se encuentra acosado por problemas urgentes, muchos de ellos ciertamente prioritarios y otros inventados para mantenerlo mal-ocupado. De ahí que el espacio posible para lo lúdico, lo no-práctico, lo estético, sea muy estrecho. También por eso el objeto cultural con más probabilidades de ser frecuentado será el menos problematizante, el pasatiempo.

Sin embargo, el Arte no puede renunciar a su tarea o siquiera disminuir su vocación de hacer visible, no puede abandonar el gesto de expresión que deviene en (verdadera recuperación
★ del mundo), en Re-Presentación.

Quedará abierto al debate los modos y la medida en que pueda el arte transformar la realidad. Podemos constatar, eso sí, que la realidad transforma al arte. Es natural que esto ocurra, desde el momento que el arte se nutre de la realidad y finalmente forma parte de ella. También porque el arte debe explorar siempre nuevos caminos y renovar su lenguaje. Lo cual no significa que consienta en subordinarse a la (aparente) racionalidad tecnológica.

Queremos reafirmar entonces el valor de lo artístico, más acá de los medios técnicos, de los soportes o "encarnaciones" de las obras. Valoramos el hecho artístico por elemental que sea. Destacamos la importancia del pensamiento lateral frente a la tiranía del cerebro compulsivamente lógico, la validez de la intuición y de la asociación libre. Al ejercitarse la creatividad, en pugna con la materia intransigente, reclaman sus derechos la Ilusión y la Utopía. Lo estético está en el camino de lo ético. En palabras de Carlos Alonso (entrevista en La Nación, 29/9/1985): "El sentido más importante de la cultura es extender el espacio sensible de las personas a todos los aspectos de su vida. En la medida que crezca ese espacio sensible, va a ser más difícil doblegar las conciencias, va a ser más difícil que se consienta la intolerancia, el atropello".

★ Merleau-Ponty.

Eduardo Tejón
Profesor de Dibujo de la U.N. de Cuyo.
Encuentro de Estudiantes de Arte.
Mendoza, 1990.

"El arte y la utopía también existen", texto presentado por Eduardo Tejón, artista y Profesor de la Facultad de Artes y Diseño de la Universidad Nacional de Cuyo, en el marco del Encuentro de Estudiantes de Arte realizado en Mendoza en 1990.

LOS DESPLAZAMIENTOS NOS HACEN

Nos hemos desplazado en la apuesta de que el conocimiento se produce en esos “espacios vacíos”, en esos márgenes donde entran en tensión los sistemas conceptuales (Jamenson, 1995). Nuestra intención ha sido tensionar los modos de producción científico y artístico para así expandir el límite del primero (y creemos que del segundo también). Esa tensión delimita un espacio “vacío”, un hiato entre ciencia y arte. Richard (2001b) habla de un arte crítico como aquél que se introduce en los “pliegues” de los sentidos consolidados. La propuesta llama a caminar fuera de ruta, allí donde predomina la sensibilidad y no el concepto. Allí donde la metáfora cobra protagonismo para poner en diálogo los saberes en sus distintas formas y lenguajes. Quizá en esa interrelación discursiva, fuera de los cánones disciplinares, pueda surgir la posibilidad para la praxis crítica.

Hemos buscado narrar experiencias, conceptualizaciones y prácticas realizadas por quienes, desde los márgenes de las ciencias y de las artes, han logrado enfrentar la normalización y la colonización de nuestras formas de vida. No las incorporamos con el simple fin de someterlas a la evaluación científica, sino más bien para repensar la ciencia desde esas prácticas y experiencias que tienden a poner en jaque la segmentación de los saberes y sus supuestos lugares legítimos de producción.

Hemos transitado algunos encuentros en los márgenes fronterizos de los géneros y las disciplinas. Una entrevista sobre los 70, una muestra de arte visual de los 70, dibujos de los 80, un panfleto de los 90, grabados recientes... buscando qué respuestas han dado en diferentes momentos y desde diferentes formas al problema epistemológico de rebasamiento de los límites disciplinarios que nos ocupa. Frente a nuestra pulsión escritural de desplazamiento, los desplazamientos nos han escrito, nos han movilizad.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, P. 2000 *Los orígenes de la posmodernidad* (Barcelona: Anagrama).
- Arfuch, L. 2010 *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Arfuch, L. 2013 *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Bajtín, M. 2000 *Yo también soy (Fragmentos sobre el otro)* (México: Taurus).
- Clark, T. J. 1981 *Imagen del pueblo. Gustave Courbet y la revolución de 1848* (Barcelona: Gustavo Gili).

- Cortázar, J. 2013 *Clases de literatura. Berkeley, 1980* (Buenos Aires: Alfaguara).
- Eagleton, T. 2016 *Esperanza sin optimismo* (Buenos Aires: Taurus).
- Echeverría, B. 2003 *Arte y utopía. Introducción a: Walter Benjamin, La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica (trad. de Andrés E. Weikert)* (México: Ed. Itaca).
- Echeverría, B. 2009 *De la Academia a la Bohemia y más allá* (UNAM, Ed.) *Theoría*. Revista del Colegio de Filosofía. (19), 47-60.
- Escobar, T. 2004 *El arte fuera de sí* (Asunción: FONDEC).
- Fischetti, N. 2016 “La escritura cyborg. Subversiones y multiversiones desde una epistemología feminista” en *Religación*, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades; Quito; vol. I p. 62 – 76
- Fischetti, N. y Alvarado, M. 2015 “Inscripciones Feministas. Notas críticas sobre la (re)producción del conocimiento” en *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, Vol 20/nº 45, pp. 145-184.
- Foucault, M. 1980 *Microfísica del poder* (Madrid: La piqueta).
- Garramuño, F. 2015 *Mundos en común. Ensayos sobre la inespecificidad en el arte* (Buenos Aires: FCE).
- Grüner, E. 1999 “Ese crimen llamado arte. Arte y política” en *Razón y revolución* (5).
- Haraway, D. 1995 “Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial” en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (Madrid: Cátedra).
- Harvey, D. 1998 *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Jameson, F. 1989 *Documentos de cultura, documentos de barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico* (Madrid: Visor).
- Jameson, F. 1995 *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial* (Barcelona: Ediciones Paidós).
- Jauss, H. R. 2002 *Pequeña apología de la experiencia estética* (España: Ediciones Paidós Ibérica).
- Rancière, J. 2009 *El reparto de lo sensible. Estética y política* (Santiago de Chile: LOM Ediciones).
- Rancière, J. 2011 *El espectador emancipado* (Buenos Aires: Manantial).
- Richard, N. 2001 *Residuos y Metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)* (Santiago: Cuarto propi).

- Richard, N. 2001b “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana” en *Cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO).
- Richard, N. 2007 *Fracturas en la memoria. Arte y pensamiento crítico* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Roig, A. 1981 *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. (México: Fondo de Cultura Económica).
- Said, E. 2004 *El mundo, el texto y el crítico* (Bueno Aires: Debate).
- Williams, R. 2000 *Marxismo y literatura* (Barcelona: Península).
- Zalazar, O. 2015 *Releer Os Sertões. Historia de las ideas latinoamericanas y discurso de las culturas populares en Euclides da Cunha* (Mendoza: EDIUNC).

SOBRE LOS AUTORES

Alejandro De Oto

Investigador Independiente de CONICET y profesor en Universidad Nacional de San Juan. Filósofo e historiador se doctoró en el Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, ha sido *Research Fellow* en Brown University y participado del *African Series Seminar* de University of Cape Town como conferencista, entre otras actividades. Es miembro de distintas asociaciones académicas. Es autor de varios libros. *El más destacado es Frantz Fanon. Política y poética del sujeto poscolonial (México)* que recibió en 2005 el premio “Frantz Fanon Prize for Outstanding Book in Caribbean Thought” de la Caribbean Philosophical Association.

Mariana Alvarado

Doctora en Filosofía (FFyL-UNCUYO). Especialista en constructivismo y educación (FLACSO). Como investigadora adjunta (INCIHUSACCT-Mendoza) desarrolla su que-hacer investigativo en la frontera discursiva que vincula epistemologías feministas latinoamericanas e historia de las ideas. Ha sido parte de la creación del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de Filosofía en la Escuela (FFyL, UNCuyo). Es miembro del IDEGEM (UNCUYO) y asociada al Programa In-

terdisciplinario de Estudios Descoloniales (Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Educación / UNMdP / Bs. As. Argentina). Practica la docencia en la Cátedra de Eistemología (FCPyS, UNCUYO).

Karina Bidaseca

Pensadora feminista descolonial. Postdoctora en Cs. Sociales por Universidad de Manizales/CINDE-USP/COLEF/FLACSO y CLACSO. Investigadora Independiente CONICET (IDAES/UNSAM). Profesora adjunta de sociología UBA y UNSAM. Coordina el Programa Sur-Sur de CLACSO y el Programa Poscolonialidad, pensamiento fronterizo y transfronterizo en los estudios feministas. Su último libro es “Escritos en los cuerpos racionalizados. Lenguas, memoria y genealogías (pos) coloniales del feminicidio” (España).

Claudia C. Anzorena. Doctora en Ciencias Sociales (FCS -UBA)

Actualmente se desempeña como investigadora adjunta del CONICET. Desarrolla su actividad en el INCIHUSA – CONICET, específicamente en el Grupo de Estudios de Género y Teoría Crítica. Sus temas de investigación giran en torno a las relaciones entre mujeres, Estado y ciudadanía. Actualmente indaga sobre las relaciones entre demandas feministas y resistencias Estatales en el campo de las políticas dirigidas hacia las mujeres en Argentina. Es miembro del Consejo Directivo del IDEGEM (Instituto de Estudios de Género y Mujeres) de la Universidad Nacional de Cuyo, y del Grupo Asesor de la Sociedad Civil de ONU Mujeres para América Latina y el Caribe.

Es autora del libro “Mujeres en la trama del Estado. Una lectura feminista de las políticas públicas” (Mendoza, Ediunc, 2013).

Paula Ripamonti

Doctora y Profesora en Filosofía. Especialista en Docencia Universitaria y postitulada en Investigación educativa con orientación socio-antropológica. Profesora adjunta efectiva de UNCUYO y titular del Instituto Superior de Formación Docente 9-001. Beca de estudio posdoctoral en Instituto de Filosofía- CSIC (Madrid, España). Actualmente es responsable de proyectos (SECTyP y PICTO-UNCUYO) del campo de la filosofía política y la historia de las ideas latinoamericanas y Trayectorias escolares desde singularidades resistentes (INFD-ME, Argentina) del campo educativo. Referente de la UNCUYO en el Proyecto Observatório Internacional da Profissão Docente (OIPD)- MERCOSUR, Universidad Federal de Mato Grosso (Brasil). Ha publicado en co-edición el libro *Pensar y hacer: el oficio del Instructor popular en la educación argentina de fines del siglo XIX*. También es editora responsable de *Saberes y prácticas. Revista de Filosofía y educación*.

Valeria Fernández Hasan

Doctora en Ciencias Sociales con mención en Comunicación. Investigadora Adjunta del CONICET y docente de la UNCUYO. Directora del equipo de investigación “Observatorio de medios, género y delito: Narrativas periodísticas, tramas discursivas y construcciones de sentido en los medios de comunicación mendocinos. Docente de cursos de grado y posgrado. Cuenta con publicaciones nacionales e internacionales en el marco de su línea de trabajo. Desde 2000 incursiona en el cruce de Comunicación y Género. Actualmente pesquisa sobre violencia mediática, prácticas discursivas y narrativas feministas. Es miembro de la Red PAR (Periodistas de Argentina en red por una comunicación no sexista) y de NiUnaMenos Mendoza.

Natalia Fischetti

Investigadora asistente de CONICET Argentina, con lugar de trabajo en el INCIHUSA, CCT-CONICET Mendoza. Es Dra. en Filosofía (UNCórdoba), Magister en Metodología de la Investigación Científica (UNLanús) y Profesora en Filosofía (UNCUYO). Es docente de posgrado de cursos de epistemología y metodología de la investigación. En el marco de la carrera de investigación desarrolla el proyecto “Modos de producción del conocimiento. Perspectivas críticas y feministas de la epistemología, la tecnología y la metodología en el pensamiento latinoamericano contemporáneo”, cuyo objetivo consiste en indagar en alternativas y ampliaciones teórico-metodológicas al disciplinamiento y la normalización en la producción de saberes en Latinoamérica.

Pablo Chiavazza

Doctorando en Ciencias Sociales. Licenciado en Historia del Arte (FFyL, UNCUYO) Coordinador del Archivo Documental del MMAMM (Museo Municipal de Arte Moderno de Mendoza). Especialista en archivística. Experto en conservación y restauración de obras de arte. Actualmente forma parte del equipo de conservación y restauración de las obras del Museo Emiliano Guizañu Casa de Fader.

Los escritos aquí presentes pueden agruparse desde varias entradas, las cuales no son sino un ordenamiento relativamente arbitrario pero indican, de manera general, el rango de problemas que abordamos. Por un lado trabajamos con temas y problemas de investigación ligados especialmente a la crítica teórico-política del colonialismo. Por otro, se da una discusión de la mano de los feminismos contemporáneos. En otro momento, y en conexión, desde perspectivas críticas y en el marco del Pensamiento Latinoamericano aparecen cuestiones vinculadas a cómo, qué, quiénes y desde dónde preguntamos, en qué contextos y espacialidades, cómo nos vinculamos con ciertos materiales y de qué manera los intervenimos, qué dominios generamos con su manipulación, cómo trabajamos con ellos en relación con eso que llamamos, desde la crítica cultural, práctica-teórica y que en su versión más básica es construir conceptos correlacionados sobre prácticas discursivas.

En este libro ponemos a disposición claves epistémicas para revisar las condiciones de producción y de legitimación del conocimiento, su extensión y circulación, las formas en las que nuestras lecturas (muchas veces sesgadas) impactan sobre los materiales concretos de investigación y los modos en los que algunas categorías obturan la experiencia de pensar ciertos problemas.

Patrocinado por



Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

ISBN 978-987-722-294-4



9 789877 222944